

El paquete parlante

Gerald Durrell



Lectulandia

Simón y Pedro se van de vacaciones a Grecia, a casa de su prima Penélope. Un día van de excursión a la playa con un bote inflable. Estando en la orilla aparece un paquete flotando del que salían unas voces. Al coger un paquete y abrirlo descubren en su interior una jaula, completamente amueblada, como si fuera una casa. En esa jaula había un loro y una araña discutiendo. Dulcimila y Loro, así se llamaban la araña y el loro, estaban hablando del país que venían: Mitología. Éste se regía por tres libros parlantes y Loro era el guardián de las palabras. Mitología estaba en peligro ya que los Basiliscos se habían apoderado del país. Es entonces cuando los niños deciden ayudarles a salvarlo. A partir de entonces empiezan a ocurrirles todo tipo de aventuras.

Lectulandia

Gerald Durrell

El paquete parlante

ePub r1.0

Titivillus 12.04.2018

Título original: *The Talking Parcel*
Gerald Durrell, 1974
Traducción: María Luisa Balseiro
Ilustraciones: Alicia Sancha
Diseñador de la cubierta: Liza James

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



*Este libro está dedicado a mi ahijada
Deirdre Alexandra Platt*

Querida Deirdre:

Aquí tienes el libro que te prometí; espero que te guste.

La próxima vez que nos veamos no te molestes en preguntarme si todo lo que pasa en el libro es verdad, porque he jurado guardar el secreto. Pero sí te puedo dar algunas pistas.

Te puedo decir, por ejemplo, que el primo de Loro que vivía en la India era un pájaro de carne y hueso, y que no sólo viajaba en un Rolls-Royce, sino que también tenía pasaporte internacional. Si alguna vez vas a Grecia, encontrarás a madame Hortense sentada en unos raíles, exactamente igual que yo la he descrito y podrás tomar un tren de carbón que sube por el valle hasta la entrada misma de Mitología. Y finalmente, si miras en un libro de Edward Topsell titulado La historia de los cuadrúpedos, verás que, en efecto, las comadreas eran el remedio contra los basiliscos.

Siendo verdad todo esto ¿cómo no vas a creer lo demás?

Tu padrino que te quiere,

GERRY



Capítulo 1

El paquete parlante

Simón y Pedro llegaban a Atenas para pasar una temporada con su prima Penélope. Al abrirse las puertas del avión, sintieron una oleada de calor como si se metieran en un horno, y el resplandor del sol les hizo cerrar los ojos. Acostumbrados como estaban al tiempo lluvioso y frío de Inglaterra, el cambio les pareció fenomenal; con los ojos entornados, se estiraban y parpadeaban como gatos delante de la chimenea, escuchando extasiados el sonido chispeante y crepitante del griego que todo el mundo hablaba a su alrededor.

A primera vista el tío Enrique daba un poco de miedo, porque era un señor muy grande, una especie de aguilucho gigante, con una nariz enorme, una gran mata de pelo blanco y unas manos descomunales que agitaba sin parar. Simón y Pedro se quedaron maravillados de que un ser con la pinta del tío Enrique pudiera ser padre de una chica tan guapa como Penélope, que era muy delgada, con grandes ojos verdes y el pelo color caoba.

—¡Conque ya estáis aquí! —dijo el tío Enrique, clavando en ellos una mirada feroz—. Bueno, bueno. Me alegro mucho de veros. Me alegra comprobar que sois un poco menos repulsivos que cuando os vi por última vez... de recién nacidos. Parecía dos crías de ratón, colorados por todas partes y feísimos.

—Papá, no seas grosero —dijo Penélope.

—¿Grosero?, ¿grosero? —dijo el tío Enrique—. No pretendo ser grosero, es la pura verdad.

—¿Eso es vuestro equipaje? —preguntó Penélope.

—Sí —respondió Pedro—: esas dos maletas y el bote.

—¿Bote? —dijo el tío Enrique—. ¿Qué bote?

—Un bote inflable que nos regaló papá —explicó Simón.

—¡Hombre, qué buena idea que os lo hayáis traído! —exclamó el tío Enrique—. ¡Ha sido un detalle muy inteligente por vuestra parte!

Los niños se esponjaron de satisfacción, y pensaron que a lo mejor, en el fondo, el tío Enrique no era tan temible. Una vez recogido el equipaje, lo amontonaron en el maletero del gran coche descapotable del tío Enrique, y bajo el sol ardiente emprendieron la marcha por un paisaje que pronto se cuajó de olivos plateados y cipreses oscuros que se recortaban como lanzas sobre el cielo azul.

La villa del tío Enrique era un caserón destartado, subido a un montículo que se alzaba sobre el mar, y en los emparrados que daban sombra a sus amplias terrazas había los racimos de uvas más grandes que los niños habían visto hasta entonces. La casa tenía los muros encalados y unas enormes contraventanas verdes que, entornadas, convertían las habitaciones en espacios frescos, sombríos y verdosos como un acuario. El cuarto de los niños era inmenso, con suelo de baldosas y una puerta de cristales que daba a la terraza emparrada.

—¡Sopla! —exclamó Pedro, entusiasmado—. ¡Todas las mañanas me voy a comer un racimo de uvas antes de desayunar!

—Y además hay un huerto con naranjas, higos y mandarinas —dijo Penélope—, y melones, albaricoques y melocotones.

Estaba sentada en una de las camas, viendo cómo sus primos deshacían las maletas.



—Todavía me cuesta trabajo creer que estemos aquí —dijo Simón.
—Y a mí —dijo Pedro—; pero hace tanto calor que debe ser verdad.
Penélope se echó a reír:
—Pues llega a hacer mucho más.

—Entonces, hay que bañarse —dijo Pedro.

—Eso pensaba yo que hiciéramos esta tarde —dijo Penélope—. Después de comer. Justo aquí abajo hay una playa inmensa y es estupenda para nadar.

—Y podemos llevar el bote —dijo Simón.

—¡Genial! —dijo Pedro—. Haremos un viaje de exploración.

Conque, acabado el almuerzo, los tres se pusieron sus trajes de baño, cogieron el bote y la bomba para inflarlo, y por una ladera pedregosa, en la que se respiraba un aroma delicioso a tomillo y a arrayán, descendieron hasta la ancha playa, de una blancura deslumbrante, que por un lado y otro se extendía hasta el horizonte. El agua azul estaba tranquila como un lago y transparente como el cristal. Hubo que sudar mucho para inflar el bote, y cada dos por tres los niños interrumpían la tarea para refrescarse con un chapuzón en el mar. Pero al fin acabaron de bombear y el bote quedó flotando en el agua baja, como una regordeta nube azul. Todos subieron a bordo, tomando consigo el equipo de viaje indispensable que Penélope se había empeñado en llevar: una gran sombrilla de playa y una bolsa con limonadas. Seguidamente, con Simón y Pedro en los remos y Penélope en el timón, empezaron a bordear la costa. El sol pegaba fuerte, y desde los olivos de la orilla llegaba el débil chirrido de las cigarras. Cuando llevaban avanzado medio kilómetro, los niños dejaron de remar y se enjugaron el sudor de la cara.

—¡Qué calorazo! —dijo Pedro.

—Sí —asintió Simón—. Yo estoy asado.

—Podemos dejarlo ya —sugirió Penélope—. Al fin y al cabo es vuestro primer día y es verdad que hace calor. ¿Por qué no acampamos en alguna parte?

Simón se volvió a mirar. A unos cientos de metros había un banco de arena bajo y largo que se adelantaba desde la playa, formando una pequeña cala.

—¿Qué os parece ese sitio? —propuso—. Podemos anclar ahí, junto al banco de arena.

Remaron hasta la cala y anclaron el bote en el agua tranquila. Luego instalaron la sombrilla, que arrojaba una sombra apenas mayor que una seta, y Penélope abrió tres botellines de limonada. Agradeciendo el poquito de sombra, se tumbaron y bebieron con avidez. Luego, atontados por el calor y cansados de tanto remar, los dos niños se quedaron dormidos, con la cabeza apoyada en los brazos. Penélope se acabó su limonada y dormitó un poco, y después decidió trepar por la duna para ver cómo era la parte siguiente de la playa. Casi no se podía andar de lo caliente que estaba la arena, pero Penélope llegó hasta arriba y miró. La playa parecía prolongarse hasta el horizonte, pero a lo lejos el calor producía tal resplandor que en realidad no se distinguía nada. Ya iba a volver a refugiarse bajo la sombrilla, cuando vio una cosa en el agua.

Al principio pensó que sería un tronco sin ramas, pero era demasiado grueso. Flotaba hacia tierra, empujado por olitas diminutas originadas por una ligera brisa que se había levantado. Poco a poco fue acercándose a la orilla, justo al pie de donde

estaba Penélope, y ésta vio que era un paquete grande de papel de estraza, atado con un cordel morado. El paquete se detuvo en la orilla, y Penélope iba ya a bajar rápidamente de la duna para investigar, cuando el paquete habló:

—¡Hola, qué es esto! —dijo el paquete, con una voz algo chirriante—. ¡Tierra, tierra al fin! ¡Ya era hora, rayos! ¡Ya tenía todas las tripas revueltas de tanto sube y baja, sube y baja!

Incapaz de dar crédito a sus oídos, Penélope contempló el paquete con atención. Parecía un paquetón de papel de estraza absolutamente vulgar, atado con un cordel morado, de un metro de alto por algo más de medio metro de ancho. Su forma recordaba vagamente una colmena de las de antes.

—El mareo es horrible —continuó el paquete—. Mi bisabuela era tan propensa que muchas veces se mareaba en la bañera.

«¿A quién podrá estar hablando? —pensó Penélope—. No será a mí».

En ese mismo instante salió otra voz del paquete. Era una vocecilla dulce y cantarina, como el tintinear de una esquila:

—¡Oh, déjame en paz con tu abuela y el mareo! —dijo con irritación—. Yo estoy tan mareada como tú. Lo que quisiera saber es ¿y ahora qué hacemos?

—Hemos llegado —dijo la primera voz, la chirriante—, gracias a mi brillante navegación. Ahora esperaremos que nos rescaten.

Estaba claro que el paquete era demasiado pequeño para contener un ser humano, y mucho menos dos; sin embargo, era innegable que eran dos las voces que salían de él. Todo aquello era muy inquietante, y Penélope pensó que se quedaría más tranquila si Pedro y Simón la ayudaban a resolver el misterio, así que dio media vuelta y bajó la duna a todo correr, hasta la sombrilla donde los niños seguían dormidos, tan felices y ajenos a la aventura que estaba empezando.

—¡Pedro, Simón, despertaos! —susurró Penélope, sacudiéndoles—. *Despertaos*, es muy importante.

—¿Qué pasa? —preguntó Simón, incorporándose entre grandes bostezos.

—Dile que se largue —masculló Pedro—. Quiero dormir, hace mucho calor para jugar.

—¡No es un juego! —susurró Penélope, indignada—. Tenéis que despertaros. He encontrado una cosa curiosísima al otro lado del banco de arena.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Simón, estirándose.

—Un paquete —dijo Penélope—. Un paquete grande.

—¡Vaya, hombre! —gimió Pedro—. ¿Y para eso nos despertamos?

—¿Qué tiene de raro un paquete? —preguntó Simón.

—¿Habéis encontrado alguna vez un paquete que *hable*? —preguntó sarcásticamente Penélope—. Ese no es el tipo de cosas que me suelen ocurrir a mí.

—¿Que habla? —balbuceó Pedro, ya completamente despierto—. ¿*Que habla*? Tú ves visiones. Te habrá dado una insolación.

—¿Un paquete parlante? —dijo Simón—. ¡Menos cuentos!

—¡No son cuentos, y no me ha dado ninguna insolación! —dijo Penélope, enfadadísima—. Y además habla con dos voces.

Los niños la miraron de hito en hito. Era evidente que no estaba contando cuentos, e igualmente evidente que no le había dado una insolación.

—Oye, Pempi —dijo Simón, un poco tranquilo—, ¿estás segura de que no ves visiones?

Penélope pataleó de rabia.

—¡Por supuesto! —susurró con vehemencia—. Sois *tontos los dos*. Es un paquete que tiene dos voces y está hablando solo. Si no me creéis, venid a verlo.

Con cierta desgana, porque todavía pensaban que Penélope podía estar tomándoles el pelo, los dos niños la siguieron por la una. Al llegar a lo alto, ella se puso un dedo sobre los labios y susurró: «Sssh...». Luego se tumbó boca abajo y siguió avanzando a rastras. En seguida tres cabezas, una rubia, otra morena y otra color caoba, se asomaron a la cresta de la duna. Al pie estaba el paquete. A su alrededor se rompían olitas diminutas, y los niños lo contemplaron estupefactos, porque el paquete se había puesto a cantar para sí a dos voces:

La panahoria, la panahoria
es lo mejor que recuerda la historia.
La vaca en el prado y el asno en la noria
crecen robustos con la panahoria.

Con panahorilla, con panahorilla,
¡qué rico flan, qué exquisita tortilla!
El perro, el gato, la yegua y la ardilla,
todos se pirrian por la panahorilla.

Con panahorueta, con panahorueta,
sale mejor el pastel de la abuela.
El viejo, el joven y el niño de escuela
deben sus fuerzas a la panahorueta.

—¿Lo oís? —susurró Penélope, triunfante—. Lo que os dije.

—Es increíble —dijo Pedro—. ¿Tú qué crees que puede ser? ¿Una pareja de enanos?

—Tendrían que ser enanos muy pequeños para caber ahí dentro —dijo Penélope.

—Bueno, no podemos saber lo que es —dijo Simón, con mucho sentido práctico— hasta que lo desenvolvamos.

—¿Y cómo sabes que a lo que sea le va a gustar que lo desenvolvamos? —preguntó Pedro, preocupado.

—Antes sí que dije algo de rescate —dijo Penélope.

—Bueno, se lo podemos preguntar —dijo Simón—. Por lo menos habla nuestro idioma.



Bajó de la duna a grandes zancadas, seguido por los otros, y se acercó al paquete,

que, ignorando su presencia, siguió cantando:

Con panahorita, con panahorita,
no hay que decirle a nadie que repita.
La cabra que topa, el lirón que dormita,
son entusiastas de la panahorita.

Simón se aclaró la voz.

—Perdone —dijo—, lamento interrumpirle, pero...

La panahorina, la panahorina
es primordial en la buena cocina.
El más tierno asado, la salsa más fina,
se hacen volando con la panahorina.

—Perdone —volvió a decir Simón, mucho más fuerte que la primera vez.

Hubo un silencio por el paquete dejó de cantar.

—¿Qué ha sido eso? —susurró al fin la vocecilla, débil y asustada.

—Una voz —dijo la voz chirriante—. Estoy casi seguro de que era una voz, a menos, claro está, que fuera un trueno o un tifón o un maremoto, o tal vez un terremoto, o...

—¡PERDONE! —insistió Simón, esta vez a voz en grito—. ¿Quieren ustedes que les desenvolvamos?

—Lo ves —dijo la voz chirriante—, ya te dije que era una voz. Es una voz que se ofrece a desenvolvernos. ¡Qué atenta! ¿Le decimos que sí?

—Pues claro —dijo la vocecilla—. ¡Llevamos tanto tiempo a oscuras!

—Muy bien —dijo la voz chirriante—. Le permitimos que nos desenvuelva.

Los niños se congregaron en torno al paquete. Simón sacó su navaja y cortó con cuidado el grueso cordel morado, e inmediatamente se pusieron a quitar el papel entre todos.

Una vez quitado todo el papel, quedó al descubierto lo que parecía ser una enorme cubretetera acolchada, bordada en hilo de oro con un dibujo muy apretado de hojas y flores.

—Esto... ¿quieren ustedes que les quitemos la... la cubretetera? —preguntó Simón.

—¿Cubretetera? —repitió con indignación la voz chirriante—. ¿Cubretetera, voz ignorante? *No es una cubretetera*. Es una cubierta protectora contra los vientos nocturnos y las inclemencias del tiempo, hecha de auténtica seda de oruga arco iris, ni más ni menos.

—Ah, lo siento —dijo Simón—. Bueno, lo que sea, ¿quieren ustedes que se la

quitemos?

—Naturalmente —dijo la voz chirriante—. No escatime esfuerzos por llevar a buen término este rescate.

En lo alto de la cubretetera había una especie de lazada de cordón trenzado, y tirando de ella Simón levantó toda la cubierta. Debajo había una jaula grande, dorada y redondeada por su parte superior, pero totalmente distinta de cuantas jaulas habían visto los niños, porque estaba amueblada con muebles en miniatura, de una elegancia extremada. Además de dos perchas de madera de cedro y un columpio, había una hermosa cama con dosel y cortinas de terciopelo rojo, cubierta con una colcha de parches muy bien cosida, hecha de pedacitos pequeñísimos de sedas y damascos de todos los colores, y una mesita de comedor estilo Luis XV con su silla, y una vitrina muy elegante, con el frente de cristal y llena de bonitas porcelanas decoradas a mano. Había también un espejo de cuerpo entero con marco dorado y un cepillo y un peine de marfil colgados junto a él, y un sofá muy confortable tapizado de terciopelo azul turquí, y a su lado un clavicémbalo de palo de rosa.

En el sofá estaba repantigado el loro más extraordinario que jamás vieran los niños. Su plumaje era morado, dorado, verde, azul y rosado, y refulgía, brillaba y hacía aguas como un ópalo. El pico era grande, liso y curvo, tan negro que parecía de carbón, y los ojos eran del color de la vincapervinca. Pero lo más sorprendente de aquel animal eran las plumas, porque cada una de ellas, en lugar de ser lisa, sobresalía y hacía un rizo, como el pelo de un caniche. Esto le daba el aspecto de un árbol de extraño colorido en primavera, en el momento en que revientan los capullos. Tenía puesto un bonete de seda verde, con una larga borla negra, también de seda. Junto al sofá donde estaba recostado había una mesita, y sobre ella otra jaula, pero ésta era diminuta, como un dedal, y en su interior estaba sentada una araña dorada muy reluciente, con una cruz verde, color de jade, en la espalda. Era evidente que la voz cantarina era la de la araña y la chirriante la del loro.

—¡Así que era *eso*! —dijo Pedro.

—¿Eso? —repitió el loro, incorporándose indignado—. ¿Cómo «eso»?

—¡Un loro! —exclamó Penélope, encantada.

—Simplemente un loro, un vulgar loro parlante —dijo Simón.

—¿Cómo no se nos habrá ocurrido?

—¡UN MOMENTO! —dijo el loro, tan fuerte y con tal ferocidad que los niños enmudecieron.

—Un momento —continuó en tono más moderado, una vez conseguido que le prestaran atención—. Vamos a ver si corregimos un poco todo eso de «un» loro, ¿eh?

—Perdone —dijo Penélope—. No pretendíamos ofenderle.

—Pues me habéis ofendido —dijo el loro.

—Pero usted sí es un loro, ¿no? —preguntó Pedro.

—¡Y venga! —dijo el loro muy enojado—. ¡Ya estamos otra vez con lo de un loro! Yo no soy *un* loro, soy EL LORO.

—Perdone, pero me parece que no le comprendemos —dijo Penélope, hecha un lío.

—Cualquiera, o mejor dicho cualquier loro, puede ser un loro —explicó el loro—. Pero yo soy el Loro. Bastan las iniciales para darse cuenta.

—¿Las iniciales? ¿Qué iniciales? —preguntó Simón, despistadísimo.

—Las mías —dijo el loro—. Haces unas preguntas totalmente ridículas.

—Pero ¿qué iniciales son? —preguntó Penélope.

—Sácalas tú misma —dijo el loro—. Me llamo Leodovaldo Olegario Remigio Otón.

—¡Ah, claro, sale «LORO»! —dijo Penélope, encantada—. ¡Qué iniciales tan bonitas!

—Gracias —dijo el loro modestamente—. Por eso no soy un loro, sino el Loro. Podéis llamarme Loro, de tú.

—Gracias —dijo Penélope.

—Esta de aquí —continuó Loro, señalando con el ala la jaulita— es Dulcimila, mi araña cantora.

—Mucho gusto —dijeron los niños.

—Mucho gusto —dijo Dulcimila.

—Mucho gusto —dijo Loro.

—Debo decir —dijo Penélope con aire pensativo— que comprendo que seas el Loro. No quisiera ser maleducada ni nada semejante, pero hablas mucho mejor que la mayoría de los loros. O sea, más inteligentemente, entiéndeme. O sea, que parece que tú sabes lo que estás diciendo, cosa que la mayoría de los loros no saben.

—Por supuesto —dijo Loro—. ¿Y vosotros sabéis por qué la mayoría de los loros no saben lo que dicen?

—¿Por qué? —preguntó Simón.

—Porque les enseñan a hablar los seres humanos: una manera muy reprobable de aprender.

—¿Y tú cómo aprendiste? —preguntó Pedro.

—A mí me enseñó el diccionario —dijo Loro muy ufano.

—¿El diccionario? —dijo Penélope, incrédula—. ¿Cómo puede enseñar a hablar un diccionario?

—¿Y cómo no? —replicó Loro—. Lo malo de la mayoría de los loros, si no de todos, es, como digo, que les han enseñado a hablar los humanos: por eso no saben lo que dicen, porque los humanos nunca les explican lo que les están enseñando.

—No se me había ocurrido pensar en eso —dijo Pedro.

—¿Qué loro sensato, sano, normal, inteligente y digno se pasaría la vida diciendo «lorito bonito» si supiera *lo que eso significa*? —preguntó Loro con voz que le temblaba de pasión—. ¿Qué ave decente, honesta, tímida, recatada, pudorosa, se dedicaría a invitar a desconocidos totales a «rascar al lorito» si supiera lo que eso significa?

—Dicho así, parece casi una crueldad —dijo Penélope meditabunda.

—Sí —asintió Simón—, como esas cosas horribles que se les enseña a los niños pequeños: «yaya», «pabú», «guauguau» y demás.

—¡Exactamente! —dijo Loro, triunfante—. Vamos a ver, ¿qué niño normal iría por ahí saludando con la palabra «múú» a cada miembro de los ungulados que se encuentra, si supiera lo que eso significa?

—¿A cada miembro de qué? —preguntó Pedro.

—Se refiere a las vacas —dijo Simón, que era más vivo que Pedro para las palabras enrevesadas.

—Nada, nada —prosiguió Loro—: la única manera de aprender a hablar es que le enseñe a uno un diccionario, y yo tuve la extraordinaria suerte de ser educado por un diccionario extenso, bondadoso y completo, por el Diccionario, en realidad.

—¿Cómo se puede ser educado por un diccionario? —preguntó Penélope, desconcertada.

—En mi país se puede —dijo Loro—. El Diccionario es el libro más humano que tenemos, junto con el Gran Libro de los Hechizos y el Herbario de Herpisandro.

—Me parece que no te entiendo —dijo Penélope.

—Eres una niña singularmente obtusa y obstinada —dijo Loro—, además de inconsecuente, incoherente e incomprensible.

—No veo motivo para que te pongas grosero otra vez —dijo Pedro. No había entendido la mitad las palabras, pero no le gustaba cómo sonaban y se sentía en la obligación de defender a su prima.

—¿Grosero? —dijo Loro—. ¿*Grosero*? Yo no me estoy poniendo grosero, simplemente estoy sacando a tomar el aire a algunas palabras, pobrecitas. Forma parte de mi trabajo.

—¿Sacar a las *palabras* a tomar el aire? —preguntó Simón—. ¿Cómo es eso?

—Es el Guardián de las Palabras —dijo de pronto Dulcimila, con su vocecita cantarina—. Es un puesto muy importante.

—Cuando necesitemos que nos interrumpas, ya te lo pediremos —dijo Loro, mirándola con severidad.

—¡Perdona! —dijo Dulcimila, echándose a llorar—. Sólo pretendía ayudar; sólo pretendía señalar tus méritos; sólo pretendía...

—¿Quieres callarte de *una vez*? —rugió Loro.

—Bueno, muy bien —dijo Dulcimila, retirándose al fondo de su jaula y empezando a empolvase la nariz—. Cogeré un berrinche.

—El recurso del berrinche —dijo Loro—: típico de una araña del sexo femenino.

—¿Qué es eso de sacar las palabras a tomar el aire? —preguntó Simón.

—¿Qué significa ser «Guardián de las Palabras»? —preguntó Pedro.

—Pues sí, es verdad —dijo Loro—, pero no es nada del otro jueves. Habéis de saber que en nuestro país la vida se rige por tres libros. Son libros parlantes, claro está, no como esos libros aburridos, vetustos y vulgares que tenéis vosotros. Uno es

el Gran Libro de los Hechizos, otro es el Herbario de Herpísandro y el tercero es el Diccionario Gigante. A mí me educó el Diccionario, y por lo tanto fui nombrado Guardián de las Palabras.

—¿Y eso en qué consiste? —preguntó Penélope.

—Ah, es un puesto muy importante, sin duda alguna —dijo Loro—. ¿Tu sabes cuantas palabras hay en nuestro idioma?

—No —respondió Penélope.

—Cientos —dijo Pedro.

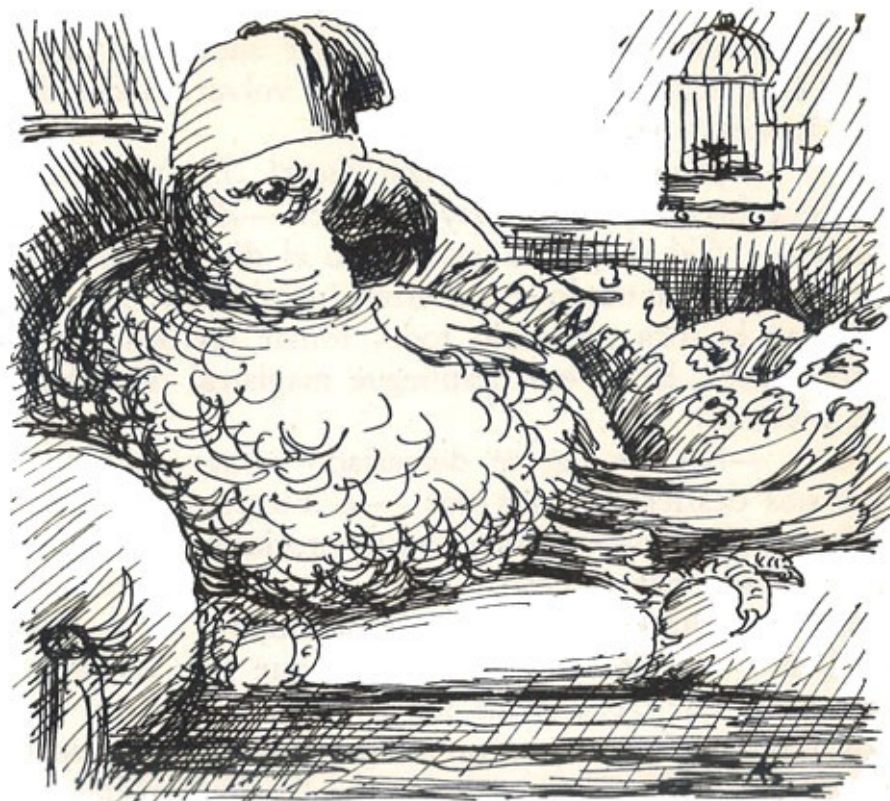
—Más bien miles —dijo Simón.

—Por ahí va la cosa —dijo Loro—. Doscientas mil, para ser exactos. Pues bien, la persona media usa las mismas palabras día tras día, hoy, mañana y pasado.

Al llegar a ese punto se le llenaron los ojos de lágrimas; se sacó de debajo del ala un pañuelo muy grande de lunares y se sonó el pico.

—¡Así es! —continuó entre sollozos—. ¿Y qué creéis que les pasa a todas las palabras que no se usan?

—¿Qué les pasa? —preguntó Penélope, con los ojos como platos.



—Pues que, si no se las cuida y se les permite hacer ejercicio, se desvanecen y acaban por desaparecer, las pobrecitas —dijo Loro—. En eso consiste mi trabajo. Una vez al año tengo que ponerme a recitar el Diccionario, para garantizar que todas las palabras hagan el ejercicio imprescindible; pero en el transcurso del año procuro utilizar todas las que pueda, porque en realidad las pobrecillas no tienen suficiente con una sola salida anual. ¡Se aburren tanto, ahí sentaditas entre las páginas!

—El tiempo pasa —dijo de repente Dulcimila.

—Creí que estabas emberrenchinada —dijo Loro, lanzándole una mirada asesina.

—Ya he terminado —dijo Dulcimila—. Ha sido un berrinche precioso, pero el tiempo pasa.

—¿Qué pretendes decir con eso de que el tiempo pasa? —dijo Loro con malos modos.

—Pues que no nos vamos a pasar todo el día aquí sentados, oyéndote conferenciar sobre las palabras —dijo la araña—. Es hora de volver. Recuerda que tenemos mucho que hacer.

—¡Tenemos mucho que hacer! ¡Tenemos mucho que hacer! ¡Lo que hay que oír! —dijo Loro iracundo—. ¡Tú! sí que te pasas todo el día ahí sentada en tu jaula, cantando y emberrechinándote, y es a mí a quien le toca planearlo todo, tomar las decisiones importantes, hacer ese despliegue magistral de valentía y astucia...

—No me parece demasiado astuto conseguir que nos destierren a los dos —le interrumpió Dulcimila con desdén—. Vamos, no es precisamente lo que yo entiendo por astucia.

—¡Bravo, bravo, échame la culpa a mí! —gritó Loro—. ¿Cómo iba yo a saber que nos atacarían de noche, eh? ¿Cómo me iba a imaginar que los sapos nos envolverían en un vulgar paquete de papel de estraza y nos tirarían al río, eh? Cualquiera que te oyera creería que fui yo quien animó a los basiliscos a tomar el país, so..., so... estúpida y trasnochada araña cantora, so...

—¡Me emberrenchinaré! —chilló Dulcimila, empezando a sollozar—. ¡Cogeré un berrinche *de una hora!* Nuestro contrato no te permite insultarme más de una vez a la semana, y hoy ya lo has hecho *dos veces*.

—Bueno, está bien, está bien —dijo Loro, un poco acongojado—. Lo siento; venga, si no coges otro berrinche te daré una empanadilla de moscardones cuando volvamos.

—¿Me lo prometes? —preguntó Dulcimila.

—Sí, sí, te lo prometo —dijo Loro irritado.

—¿Y no podría ser una empanadilla de moscardones y un suflé de saltamontes? —insistió Dulcimila, mimosa.

—No, no podría ser —dijo Loro secamente.

—Bueno —suspiró la araña, y otra vez se puso a empolvase la nariz, tarareando en voz baja.

—¿Qué es todo eso de los sapos? —preguntó Pedro, que estaba estupefacto.

—Y de los basiliscos —añadió Penélope—. ¿Qué son?

—¿Qué país han tomado? —preguntó Simón.

—¿y por qué os han desterrado? —preguntó Penélope.

—¡Silencio! —vociferó Loro—. ¡Silencio, silencio, *silencio!*

Los niños enmudecieron.

—Así está mejor —dijo Loro—. En primer lugar, ¿queréis desatar la puerta?

Rápidamente Simón sacó la navaja, cortó el cordel morado que ataba la puerta y la abrió.

—Gracias —dijo Loro, y saliendo se subió a lo alto de la jaula.

—Ten cuidado no te enfríes —gritó Dulcimila—. No te has puesto la capa.

Loro se hizo el sordo. Se ajustó cuidadosamente el bonete, que durante la ascensión se le había ladeado sobre un ojo, y miró a los niños de arriba abajo.

—Bueno —dijo por fin—. ¿Queréis saber las respuestas a todas esas preguntas?

—Sí, por favor —dijo Penélope.

—¿Puedo fiarme de vosotros? —preguntó Loro.

—¡Eso ni se pregunta! —respondió Simón, ofendido.

—Está bien —dijo Loro—. Lo que os voy a contar es secreto absoluto, ¿entendéis? Ni una palabra a nadie.

Los niños prometieron solemnemente no divulgar nada de lo que les dijese Loro, y se acomodaron alrededor de la jaula para escucharle.



Capítulo 2

Viaje en tren a Mitología

Veréis —empezó Loro—: fue por las fechas en que Hircio Horacio Salsiflán acabó la carrera de mago. Como era de esperar tratándose de un séptimo hijo de un séptimo hijo de un séptimo hijo, sacó el número uno de su promoción y recibió, entre otros galardones, la Medalla Merlín.

—¿Es lo mejor que se puede conseguir? —preguntó Penélope.

—Significa que eres casi tan buen mago como Merlín, y Merlín fue el mejor de todos. Pues bien, al salir Hircio Horacio de la Universidad de la Magia, con su premio debajo del brazo (que eran los tres libros que ya he mencionado, más un gorro puntiagudo y una varita mágica), su antiguo profesor le rogó que se especializara en algo, para de ese modo hacerse un nombre dentro de la profesión. En el país había un exceso de magos de tercera clase, todos mascullando los mismos hechizos de siempre, y el profesor de Hircio Horacio pensaba que, con su talento, su ex alumno podía llegar muy lejos. En fin, que, después de meditarlo, Hircio Horacio decidió dedicarse a los animales mitológicos, porque por entonces no había nadie trabajando en ese tema.

—¿Qué es un animal mitológico? —susurró Penélope a Simón.

—Un animal imaginario, como una serpiente de mar —le susurró a su vez Simón.

—Al poco tiempo —prosiguió Loro—, cada vez que alguien quería saber cuántos dedos de los pies tiene un dragón, o cuál es la longitud de la cabellera de una sirena, automáticamente se dirigía a Hircio Horacio Salsiflán, porque él era la primera autoridad sobre el tema. De hecho, mucha de la información contenida en la Historia de los Cuadrúpedos de Topsell procedía de Salsiflán, pero Topsell no reconoció su deuda. Celos profesionales, sencillamente.

Loro se detuvo, se buscó debajo del ala y sacó una diminuta caja de rapé de oro; tomo una pizca de rapé y estornudó violentamente en su pañuelo de lunares.

—Ya te dije que sin la capa te ibas a enfriar —gritó Dulcimila enfadada—. ¿Por

qué no utilizas el sentido común?

Loro se hizo el sordo y continuó:

—Al cabo de algunos años, sin embargo, Hircio Horacio se encontró de pronto con que el negocio caía en picado, por así decirlo. Ya no iba la gente a pedirle un cuerno de unicornio o un frasquito de cenizas de fénix para protegerse del rayo. Y el motivo de aquello, según pronto descubrió, era que la gente ya no creía.

Loro hizo una pausa y les miró muy serio.

—No lo entiendo —dijo Simón, frunciendo el ceño—. Si empezamos diciendo que los animales eran mitológicos, es que no existían.

—¡Niño necio! —dijo Loro—. Existían cuando la gente *creía* en ellos.

—Yo no veo que una cosa pueda existir simplemente porque yo crea en ella —contestó Simón, cabezota.

—Tú solo no, un montón de gente —dijo Loro—. Atiende: hubo una época en que nadie creía en las máquinas de vapor o en los barcos de palas, ¿no? Por eso no los había, pero después un montón de gente empezó a creer en las máquinas de vapor y en los barcos de palas, y... ¡catapún!

—Ha sonado un trueno —gritó Dulcimila.

—En seguida hubo tantas máquinas de vapor y barcos de palas que casi no se podía uno mover. Pues con los animales mitológicos pasó lo mismo —siguió Loro—. Mientras hubo el suficiente número de gente que creía en ellos hubo muchos, pero en cuanto que la gente empezó a dejar de creer, pues... ¡catapún!..., su población fue menguando.

—Ya llevo oídos dos truenos —gritó Dulcimila—. Entra, no sea que te caiga encima un rayo.

—Haz el favor de callarte —dijo Loro con impaciencia—. ¿Por qué no te pones a tejer algo?

—¿El qué? —preguntó Dulcimila.

—Cualquier cosa —dijo Loro.

—Me tejeré una toca —dijo Dulcimila—. Siempre he tenido ganas de tener una toca.

—En poco tiempo, la situación se puso tan mal —continuó Loro— que Hircio Horacio estaba desesperado: de unicornios sólo quedaban cuatro parejas, serpientes de mar no se encontraban ni buscándolas con lupa... era espantoso; y todo porque la gente ya no creía.

—¿Y qué hizo el señor Salsiflán? —preguntó Penelope, fascinada.

Loro miró cuidadosamente a su alrededor para asegurarse de que no les oía nadie y, llevándose un ala al pico, susurró con voz ronca:

—Creó un país llamado Mitología.

—Pero ¿dónde está? —preguntó Penélope.

—¿Y de qué manera arreglaba eso las cosas? —preguntó Pedro.

—Esperad, esperad, *esperad* —dijo Loro—. Cada cosa a su tiempo.

—¿Tú no habrás visto el modelo que tenía para una toca de punto, verdad? —gritó Dulcimila.

—¡No! —respondió Loro con ferocidad—, *no lo he visto*.

Durante un rato estuvo dando zancadas por encima de la jaula, con las alas a la espalda, y luego se paró.

—Bueno, pues he aquí que, un buen día, Hircio Horacio encuentra Mitología de manera totalmente casual. Iba andando por el monte y llegó a una cueva. Entró en ella por curiosidad y se encontró con que conducía a una caverna subterránea gigantesca, con un mar interior enorme, salpicado de muchas islas. Al instante se dio cuenta de que aquello era exactamente lo que hacía falta. Lo cierto era que el mundo estaba dejando de creer y superpoblándose tan de prisa que ya casi no quedaba sitio para los animales reales, conque mucho menos para los mitológicos. Así que Hircio Horacio ocupó aquello, y con ayuda de unos cuantos hechizos muy potentes lo hizo muy habitable, verdaderamente muy habitable. Entonces se trasladó allí a todos los animales mitológicos que quedaban, y a cada uno se le dio una isla o un trozo de mar, y todos se instalaron muy a gusto. La cosa es que mientras todos creímos *los unos en los otros*, estuvimos seguros.

Loro hizo una pausa para enjugarse una lágrima y sonarse el pico con violencia.

—Te dije que te ibas a enfriar —gritó Dulcimila—. Pero ¿tú me haces caso? ¡Quiá, no señor!

—Nuestro gobierno, si se quiere llamarlo así —prosiguió Loro—, estaba formado por los tres Libros Parlantes y el propio Hircio Horacio Salsiflán, y muy buen gobierno que era, justo y bondadoso. Como ya os he dicho, a mí me nombraron Guardián de las Palabras, y entre mis obligaciones estaba la de salir al mundo real una vez cada cien años, más o menos, y hacer un informe de lo que pasaba por ahí. Pues bien, Dulcimila y yo acabábamos de pasar una temporada con mi primo el de la India. Mi primo es el loro del maharajá de Jaipur: como ya os podéis figurar, es un esnob terrible, con pasaporte internacional, Rolls-Royce y toda la pesca, pero me tiene informado sobre la situación en el Lejano Oriente. En fin, que volvimos de ese viaje, y ¿qué diréis que nos encontramos?

Los niños esperaron, conteniendo la respiración.

—Nos encontramos —dijo Loro con voz profunda, afligida y solemne— con que los basiliscos se habían sublevado. Y no sólo eso, sino que habían robado los tres Libros Parlantes del Gobierno. ¿Os podéis imaginar algo más horrible, horrendo u horripilante?

—No —dijeron los niños, y lo dijeron sinceramente, porque tal como Loro lo contaba parecía de verdad el fin del mundo.

—Naturalmente que no —dijo Loro con gesto de aprobación.

—Pero, por favor —dijo Penélope—, antes de seguir adelante, ¿nos podrías explicar qué es un basilisco?

—Sí, Loro, por favor —dijeron Simón y Pedro.

—Bueno —dijo Loro—; bueno, debo confesar aunque los habitantes de Mitología creemos en el respeto mutuo, debo confesar que a mí *nunca* me gustaron los basiliscos. Son unos animales ruidosos, ordinarios y presuntuosos: con eso más o menos quedan retratados. Y descuidados además, siempre echando fuego por las narices e incendiándolo todo... peligrosos. En cuanto a su aspecto, yo diría que es poco atractivo. Vienen a tener el mismo tamaño que vosotros, con cuerpo de gallo, cola de dragón y escamas en vez de plumas. Claro que el colorido de las escamas, que son rojas, doradas y verdes, les presta cierta vistosidad, para el que aprecie ese tipo de cosas. A mí, personalmente, me resulta horriblemente chillón y chabacano.

—Pero ¿para qué echan fuego por las narices? —preguntó Pedro.

—La verdad es que no lo sé —contestó Loro—. Sencillamente los inventaron así, pero resulta la mar de peligroso, os lo aseguro. Hircio Horacio les iba a construir un castillo especial, incombustible, para que vivieran en él. El primero que tuvieron lo quemaron totalmente a las veinticuatro horas de ocuparlo. Ahora viven en el castillo que H. H. ocupaba hasta que se mudó a las Cuevas de Cristal, y supongo que acabarán quemándolo también.

—¿Y no es demasiado arriesgado tenerlos por ahí sueltos? —preguntó Penélope.

—Si se controla su número, no —respondió Loro—. Nunca permitíamos que hubiera más de diez docenas.

—¿Y cómo lo hacíais? —preguntó Simón.

—Era una de las leyes —dijo Loro—. Tantos unicornios, tantas mandrágoras, tantos basiliscos, y así sucesivamente. No había otro remedio: de no ser así, nos habrían desbordado. Tened en cuenta que en Mitología sólo cabe cierto número de animales. Eso sí, los basiliscos siempre pretendían ser más, siempre estaban yendo a H. H. con alguna historia de que no tenían quien les lavara la ropa. Bueno, en realidad es un poquito complicado. Es que los basiliscos sólo nacen de los huevos que ponen los dos gallitos de oro. Son unas aves muy bobas, sin ninguna conversación: lo único que hacen es pasarse la vida diciendo kikirikí de una manera muy fatua. En fin, que cada cien años ponían un huevo.

—Pero yo creía que las únicas que ponían huevos eran las gallinas —dijo Penélope, hecha un mar de confusiones.

—Las gallinas ponen huevos de donde salen otras gallinas —puntualizó Loro—. Los gallitos de oro ponen huevos de donde salen basiliscos.

Aquella respuesta dejó tan confusa a Penélope que decidió no volver a hacer preguntas.

—Una vez que los gallitos de oro han puesto un huevo de basilisco, ya no tienen nada más que hacer —explicó Loro—. Sueltan un par de kikirikís jactanciosos y les pasan todo el asunto a los sapos.

—¿Los sapos? —dijo Penélope, ya completamente aturdida.

—¿Qué tienen que ver los sapos? —preguntó Simón.

—Pues sencillamente, que ellos son los que incuban los huevos —dijo Loro—.

No sirven para otra cosa, los tales sapos: son unas criaturas insensatas y chapuceras. Lo único que saben hacer bien es incubar huevos de basilisco. Bueno, si seguís interrumpiéndome todo el rato, no acabaremos nunca.

—Perdón —dijeron los niños muy contritos, y se callaron.

—Bien —dijo Loro—. Pues los basiliscos pensaron que, si lograban apoderarse del Gran Libro de los Hechizos, él les diría la fórmula para que los gallitos de oro pusieran un huevo de basilisco cada día. Así que se aliaron con los sapos, que son unos animales atolondrados y que en seguida se dejan mangonear, y entre todos no sólo secuestraron los gallitos de oro, sino que robaron los tres Grandes Libros del Gobierno. Cuando volvimos Dulcimila y yo, se habían encerrado en su castillo y estaban fabricando huevos de basilisco como si aquello fuera una...

—Una granja avícola —sugirió Simón.

—Exactamente. En la última cuenta eran ya veinticinco huevos: estaban haciendo uno al día. Así que toda Mitología se llenará de basiliscos si no hacemos algo, o mejor dicho si yo no hago algo. Veréis, es que en los últimos doscientos años aproximadamente H. H. se ha vuelto muy torpe y olvidadizo con la edad, y cada vez me va dejando a mí mayor parte de la marcha de los asuntos. Pero yo no puedo hacer nada sin los Grandes Libros. Dulcimila y yo estábamos pensando ir a ver a los memos de los basiliscos para hacerles entrar en razón, pero en mitad de la noche fuimos asaltados por esos indocumentados, informes e insolentes sapos, que nos envolvieron en un vulgar paquete de papel de estraza y nos tiraron al río. ¡A mí, Loro! Me hiere la sangre sólo de pensarlo. Van a ver lo que es bueno cuando les ponga las alas encima.

—¿Y el señor Salsiflán? —preguntó Penélope—. ¿Qué ha sido del pobre señor?

—El pobrecillo está desesperado —dijo Loro—. La última vez que le vi estaba en su cueva de mago, cargando con una dragona histérica.

—¿Una dragona? —preguntó Pedro, que empezaba a marearse un poco con tanto animal extraño.

—Tabita, el último de los dragones —explicó Loro—. Encantadora a su manera, pero una inutilidad. Dejó que los basiliscos se llevaran sus huevos. Por supuesto, cuando cayó en la cuenta de lo que había hecho, le dio la histeria. Son unos animales con muy poca resistencia, los dragones.

—¿Y tú no crees que deberíais volver cuanto antes? —preguntó Penélope, muy alarmada—. Quiero decir antes de que esos basiliscos salgan de los huevos.

—Claro que sí —dijo Loro—, pero no puedo hacerlo sin ayuda.

—Nosotros te ayudaremos —se apresuró a decir Penélope—. Haremos lo que haga falta, ¿verdad, Pedro..., Simón?

—Sí —dijeron los dos gemelos a coro—, lo que haga falta, lo que tú nos digas.

—¡Qué buenos sois! —dijo Loro, secándose una lágrima—. Sois demasiado buenos.

—A mí no me importaría ir con vosotros —dijo Pedro, belicoso— y ayudaros a

darles una buena paliza a esos basiliscos.

—Eso —dijo Simón—, y a esos sapos odiosos.

—¿No podríamos volver con vosotros? —preguntó Penélope—. Quiero decir que os podríamos echar una mano.

—¡Mis queridos jóvenes! —dijo Loro, absolutamente abrumado por la emoción—. Sois demasiado amables, demasiado generosos. Claro que podéis venir. Os agradecería mucho vuestra ayuda.

—Hecho —dijo Pedro, poniéndose en pie de un salto—. Pues manos a la obra. ¿Cómo se va?

—En tren —dijo Loro.

—¿En tren? —repitieron los tres niños, asombrados.

—Sí —dijo Loro—. Al principio sólo había una pista forestal que llegaba hasta la entrada del país. Luego, hacia mil ochocientos ochenta, pusieron un tren, de vía estrecha, naturalmente. Como la vía pasaba justamente al lado de la entrada, tuvimos que confiarle nuestro secreto a la locomotora. Es una locomotora francesa, pero muy buena persona. En realidad, a mí se me ha olvidado por dónde está esa entrada; generalmente empleo alguna de las otras, pero la locomotora lo sabe. Está ya retirada, naturalmente, y vive en la aldea de Diakofta.

—¡Pero si yo la conozco! Está en nuestra aldea, quiero decir en la aldea más próxima a nuestra villa —chilló Penélope muy excitada—. ¿Te refieres a esa maquinita de carbón tan mona que hay en una especie de plataforma cerca de la estación?

—La misma —dijo Loro—. ¿Qué tal está?

—Estupendamente —dijo Penélope—. Es un *encanto*.

—A la diésel no le hemos enseñado nunca la entrada —dijo Loro—. De las diésel no te puedes fiar, pero *madame* Hortense es otra cosa. Ya no las hacen así. Si vamos esta misma noche, ella nos llevará hasta la entrada de Mitología. Desde allí hay que continuar a pie, siguiendo el curso del río.

—Si hay un río, ¿por qué no vamos en bote? —preguntó Simón.

—Ah, eso sería si lo tuviéramos —dijo Loro.

—¡Es que sí lo tenemos! —exclamó Pedro, triunfante—. Está al otro lado de esta duna.

—No bromees —dijo Loro débilmente.

—No es broma —dijo Penélope—. Ve a verlo.

Loro despegó de su jaula dorada y planeó por encima de la duna, refulgiendo al sol como un arco iris. En seguida reapareció y volvió a aterrizar en lo alto de la jaula.

—No deberías echarte esos vuelos a tu edad —gritó Dulcimila—. Te lo tengo dicho.

—Es magnífico —dijo Loro, sin aliento—. Es magnífico, justamente lo que necesitamos: inflable y además de un color tan bonito. Niños, estoy encantado de haberos encontrado.

—Nosotros también —dijo Penélope.

—Vamos a hacer planes —dijo Loro—. Yo propongo lo siguiente: si fuerais tan amables, podríais escondernos a Dulcimila y a mí, en la jaula, por algún sitio cerca de la carretera, y luego venir a medianoche a recogernos; vamos a Diakofta y convencemos a *madame* Hortense para que nos lleve hasta la frontera de Mitología. Desde allí seguimos en el bote. ¿No os parece un plan morrocotudo?

—Fetén —dijo Simón, sonriendo de oreja a oreja.

—Simón y yo nos ocuparemos de las armas y todo eso —dijo Pedro.

—Y Penélope puede ocuparse de la comida y del botiquín.

—¡Atiza! —dijo Simón, cayendo de repente en una cosa—. ¿Y cuánto vamos a tardar?

—Varios días, calculo —dijo Loro—. ¿Por qué?

—¿Y qué hacemos con tu padre, Pempi? —preguntó Simón—. ¿Qué le decimos?

—Eso no es problema —contestó Penélope—. Me había dicho que cuando vinierais podríamos irnos a hacer camping en la playa. Le decimos que nos vamos de camping. Yo me ocupo.

—Pues ya está. ¡En marcha! —dijo Pedro entusiasmado.

Con mucho cuidado subieron la jaula de Loro por el monte y la escondieron a poca distancia de la carretera, dentro de un macizo de arrayán. Después volvieron a casa en el bote, lo desinflaron y lo subieron a la villa. Como había prometido Penélope, el tío Enrique no tuvo inconveniente en que se fueran a acampar a la playa.

—Hay luna llena —explicó Penélope— y es posible que pasemos varias noches, así que no estés preocupado.

—No, en absoluto —respondió el tío Enrique—. A mí me encantaba acampar con luna llena cuando tenía vuestra edad. Pues nada, a pasarlo bien.

Subieron los tres al dormitorio de los niños para prepararlo todo. Simón hizo tres lanzas con cuchillos de cocina bien afilados atados cada uno a una caña, y Pedro hizo tiradores con ramas de olivo bifurcadas y una goma fuerte que encontró Penélope. Tenían además tres linternas, una brújula, un botiquín con emplastos, vendas y algodón, y tres cajas grandes de cerillas. Loro les había asegurado que habría gran cantidad de comida cuando llegasen a las Cuevas de Cristal, donde vivía H. H. Así que cogieron sólo lo necesario para veinticuatro horas y sólo cosas que no hubiera que guisar, como pasas, nueces y chocolate. Luego se sentaron en la cama a esperar que fuera medianoche.

Cuando dieron las doce salieron de la casa sin hacer ruido y bajaron por la carretera iluminada por la luna, llevando consigo las armas y suministros y el importantísimo bote. En las matas de arrayán donde habían dejado a Loro vieron desde lejos un extraño resplandor, como el de una hoguera, y al acercarse más vieron que Loro había encendido dos velas de los candelabros que iluminaban el clavicémbalo y estaba tocando una canción muy melodiosa y delicada, mientras Dulcimila tarareaba en voz baja. Era una escena tan bonita, con la luz de las velas

reflejándose en los barrotes dorados de la jaula y en la madera barnizada del clavicémbalo y de los demás muebles, y la música suave y la vocecilla tierna de Dulcimila, que les dio pena interrumpir a Loro, pero no tuvieron más remedio.

—¡Hombre, ya estáis aquí! —exclamó Loro al verlos, y, recorriendo todo el teclado con la punta del ala para poner fin a la canción, cerró el clavicémbalo—. Muy bien, pues andando.

Cargando con la jaula de Loro, con él sentado en lo alto, los niños emprendieron la marcha hacia la aldea de Diakofta, que estaba como a un kilómetro y medio. Llegados a la aldea atravesaron las calles silenciosas hasta la pequeña estación de ferrocarril, y allí, toda oronda sobre una especie de plataforma, posada sobre dos trozos de raíl, estaba *madame* Hortense, que más parecía un juguete enorme que una locomotora de verdad.

—Es ella, efectivamente —dijo Loro—. Parece haber cogido un poco de herrumbre desde la última vez que la vi. O a lo mejor es sólo efecto de la luna.

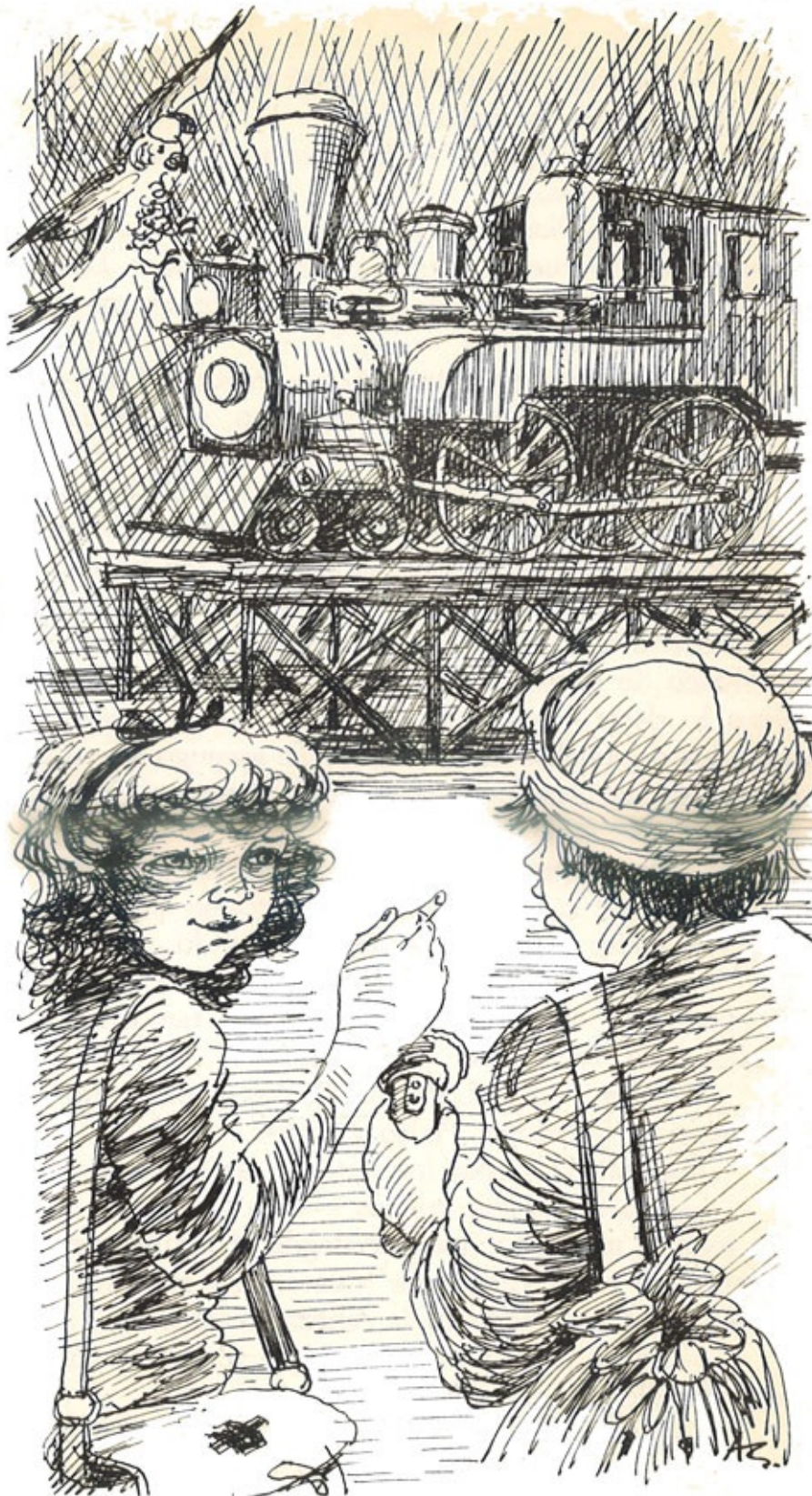
—Estoy segura de que no tiene herrumbre —dijo Penélope—. Cuando yo la vi estaba perfectamente engrasada y cuidada; estaba en un estado de conservación magnífico.

—Bueno —dijo Loro—, voy a despertarla.

Dicho y hecho: se adelantó de un vuelo y aterrizó en uno de los topes de *madame* Hortense.

—Despierta, Hortense, repollito —exclamó Loro—. Abre esos ojazos y vámonos de viaje.

Como si saliera de un sueño profundo, *madame* Hortense soltó un chillido breve y agudo, que hizo que Loro casi se cayera del susto.



—¡Socogo! ¡Auxilio! —gritó *madame* Hortense—. ¡Han vuelto los guiminales!

—¡Calma, calma! —dijo Loro—. ¡Vas a despertar a todo el pueblo!

—¡*Mon Dieu*, pego si egues tú! —dijo *madame* con voz ronca y fuerte acento francés—. ¡*Mon Dieu*, me has dado un susto mogtal, a quién se le ocugue venig así en plena noche!

—¿Quién creías que era? —preguntó Loro—. ¿La primera locomotora de Stephenson, que venía a hacerte una visita?

—¡Ay, *mon perroquet*, tú siempre de broma! —dijo *madame* Hortense—. Sabes perfectamente que una locomotora tan atrevida como yo, en tan perfecto estado, llama mucho la atención, ¿no es verdad? La otra noche tuve que pedir auxilio. Había dos hombres del Museo de Ciencias de Londres, que intentaban, ¿cómo lo decís vosotros?, gaptarme. Así que pité y pité, y los del pueblo me salvaron. Te aseguro que una máquina de mi clase no se guinde así como así. Yo no soy como esas estúpidas diésel.

—Por supuesto que no —dijo Loro—. Eres indudablemente la locomotora más preciosa que yo he visto, y ya sabes que yo tengo mucho mundo.

—¡Ay, *perroquet*, tú siempre tienes la palabra oportuna para una dama, siempre tan galante, tan simpático, *mon brave perroquet*!

—Mira —dijo Loro—. Te voy a presentar a estos amigos: Penélope, Pedro y Simón.

Madame Hortense los miró de arriba abajo.

—Los niños son guapos —dijo por fin—, sobre todo el moreno; me gustaba al pequeño maquinista que tuve. ¡Pego esa niña...! Es muy fea, y cuánta vergüenza tiene en la cabeza, pobrecita.

—Es mi pelo, y es normal que tenga ese color —dijo Penélope indignada.

—Bueno, bueno, no hemos venido a organizar un concurso de belleza —dijo Loro, con ademán apaciguador—. Venimos a pedirte un favor, Hortense mía querida.

—Si es para ti, *mon brave perroquet*, lo que tú quieras —dijo *madame* Hortense.

—Estupendo —dijo Loro—. Pues llévanos a Mitología.

—¿Qué dices? —chirrió *madame* Hortense—. ¿Salgo de mi cómoda plataforma y voy a bajar al valle? ¿Yo? ¿Con lo cansada que estoy? ¿Yo, a mi edad, cogiendo vapor? ¡Ah, non, non, non! ¡Jamás! De ninguna manera, eso no me lo puedes pedir.

La discusión se prolongó durante largo rato. Loro colmó de elogios y de mimos a la pequeña locomotora, y los niños, a su vez, le dijeron lo guapa que era, lo animosa que era, y lo importante que era para Mitología, lo cual era la pura verdad.

—Bueno —dijo al fin *madame* Hortense—: yo lo haré, pero no puedo bajar de esta confortable plataforma que me hicieron especialmente para mí.

—¡Uy, eso es fácil! —dijo Pedro— ponemos un par de tablones, y con su agilidad y su destreza la bajamos en un periquete.

—¡*Mon Dieu*, sabe halagarme como tú, *perroquet*! —dijo *madame* Hortense—. Bueno, si es el destino, es el destino. Tenga esos maderos y empecemos.

Rápidamente Pedro y Simón llevaron unos tablones y construyeron una especie de rampa desde los raíles donde se apoyaba *madame* Hortense hasta el suelo. Luego todos se pusieron detrás de ella y empezaron a empujar.

—¡*Sacre couchette*! —gritaba *madame* Hortense—. ¡Más fuerza, más fuerza,

tenéis que empujag! Venga, otga vez.

Por fin sus ruedecillas se agarraron, y entre muchos chirridos y resoplidos se deslizó por la rampa abajo, hasta llegar al suelo y quedarse allí jadeando.

—Maravilloso —dijo Pedro—. Unos poquitos metros más, *madame*, y estará usted en una estupenda y comodísima vía.

—¡Hay que veg! —decía *madame* Hortense entre boqueada y boqueada—. ¡Las cosas que hago yo pog este *perroquet*!

Mientras Pedro y Simón ayudaban a *madame* Hortense a subirse a la vía, Penélope y Loro recorrían los apartaderos en busca de combustible para la maquina. No había carbón, pero por fin encontraron un montón de troncos de olivo y se los fueron llevando en brazadas, echándolos al tender de la locomotora.

—Con cuidado, con cuidado, no agañéis la pintuga —jadeaba *madame* Hortense—. Me la han guepasado casi toda el otgo día.

Por fin el tender tuvo madera bastante, y, llena la caldera de *madame* Hortense en el grifo de la estación, todo estuvo listo para la marcha. Al subirse fue cuando los niños se dieron cuenta de lo diminuta que era en realidad *madame* Hortense, porque después de metidos Loro y su jaula en la cabina quedaba el sitio justo para los tres niños apretujados y sus pertenencias.

—¿Estáis todos aguiba? —preguntó *madame* Hortense—. Entonces, Pedgo, ¿tendgás la bondad de encendegme la caldega?

—Con mucho gusto, *madame* —dijo Pedro.

Lo cierto es que tanto Simón como él eran entusiastas de los trenes, y ya solamente el viajar a bordo de *madame* Hortense les habría emocionado, conque conducirla era un verdadero honor. Con mucho cuidado prendieron un pedazo de papel y le pusieron por encima astillas y trozos de corteza de olivo. Luego apilaron los troncos sobre las brasas, y en seguida rugió el fuego en el hogar.

—¡Ah, *nom de wagon-lit*! —exclamó *madame* Hortense, aspirando grandes bocanadas de humo y soltándolas por la chimenea—. ¡No hay nada como una buena humaguada cuando se tienen los negvios de punta!

Pronto se calentó la caldera, y *madame* Hortense emitió el triunfal «uhú-uhú-uhú-shshsh».

—Excelente —dijo Loro, admirado—. Tienes una voz excelente, mi querida Hortense.

—¡Aduladog! —dijo *madame* Hortense—. ¡Uhú-uhú-fsssss!

—Ahora, Pedro —dijo Loro—, tú aflojas una pizca ese freno de ahí, y tú, Simón, le das a *madame* un poquito más de vapor.

Las ruedas empezaron a girar, al principio muy despacio y luego cada vez más deprisa.

—¡Más vapog, chuf-chuf, chuf-chuf, chuf-chuf! —gritó *madame* Hortense—. Quitad chuf-chuf, chuf, chuf-a-chuf chuf chuf chuf, el fgueno, chuf-chuf, más vapog, chuf-a-chuf chuf-a-chuf, chuf-a-chuf, chuf-a-chuf chuf. *Alors, mes braves*, ya

estamos en magcha. ¡*Vive la France!* Chufa-chufa, chufa-chufa, chufa-chufa, chufa-chufa, chufa-chufa...

—¡Maravilloso! —grito Simón—. ¡*Vive madame Hortense!*

—¡Hip, hip, hurra! —gritó Loro.

—¿Te has tomado la pastilla? —chilló Dulcimila a Loro—. Ya sabes que siempre que vas en tren te mareas.

Envuelto en nubes de vapor, rechinando, crujiendo y traqueteando por la vía adelante, el trenecito fue cogiendo velocidad. La caldera resplandecía como un rubí, y Pedro y Simón no dejaban de atiborrarla de nuevos troncos de olivo. Ante ellos se alzaban los montes, morados y negros a la luz de la luna.

El viaje valle arriba fue de lo más emocionante. La pequeña vía iba serpeando entre imponentes murallones de piedra, y cruzaba hondos barrancos en donde grandes cascadas blancas brillaban a la luz de la luna, y el río se precipitaba entre las peñas, ramificándose como las garras gigantescas de un ave extraña. Bajo las oscuras moles se veían las luces verdes de las luciérnagas, y por encima del fragor de las muchas cascadas, y del crujido y traqueteo del avance de *madame Hortense*, se oía el quejumbroso «toink, toink» de los mochuelos en los árboles.

—Estamos empezando a subig, chufa-chufa, chufa-chufa, *chufa-chufa* —jadeó *madame Hortense*—. ¡Más vapog!

Pedro y Simón amontonaron más y más troncos, y el fuego se hizo más vivo: echaba tantas chispas, que el trenecito iba dejando tras de sí una estela como la de un cometa.

—¡Ah, ja, ja, ja! —reía Loro mientras *madame Hortense* corría cada vez más deprisa, con sus ruedecitas cantando sobre los raíles—. Por todos los demonios, eres una joya, mi querida Hortense. Siempre me gustó viajar en tren, pero contigo es una experiencia decididamente celestial.

—¡Aduladog! —jadeó *madame Hortense*, y soltó un par de agudos «píi, píi» con su silbato, para que se viera lo contenta que estaba.

Cuando ya habían subido la mitad de la pendiente, la locomotora se detuvo, jadeando y boqueando en medio de una nube de vapor.

—¡*Sacre couchette!* —dijo sin aliento, mientras el vapor se alzaba a su alrededor como una nube de plata a la luz de la luna—. Aquí descansaguemos un momento, y me podéis dag algo de bebeg.

Pedro y Simón hicieron turno para traerle agua de una cascada cercana. Al poco rato, ya con la caldera llena, *madame Hortense* se sintió con fuerzas para seguir.

—Ya no falta mucho, ¿no, Hortense? —preguntó Loro, mientras subían otra vez a la cabina.

—No, sólo un poquito más —replicó la locomotora, y empezó a resoplar por la cuesta arriba.

Pronto la vía se hizo llana, y a cada lado quedó un hondo barranco en el que el río se escurría entre las peñas y espumeaba, borboteaba y centelleaba a la luz de la luna.

Frente a ellos se alzó una mole cortada a pico, en la que se adentraban dos túneles, como dos negras bocas. En ese punto la vía se bifurcaba y desaparecía en los dos túneles.

Madame Hortense se paró al llegar a las agujas.

—Haced el favog de bajag y cambiag las agujas —jadeó—. El nuestgo es el túnel de la izquíegda.

Pedro y Simón bajaron a la vía, y entre los dos, porque la palanca estaba muy fuerte, cambiaron las agujas. Luego volvieron a subir.

Lentamente *madame* Hortense avanzó, pasó retemblando sobre las agujas y después cogió velocidad.

El túnel se veía cada vez más grande, cada vez más cerca, como el bostezo de un gigante, y Penélope —no porque le diera miedo, sino porque parecía que era lo que había que hacer en tales casos— cogió de la mano a Pedro y a Simón. «Fffuúsh», se metieron en el túnel y *madame* les sobresaltó a todos soltando dos silbidos ensordecedores.

—¡Oye! —gritó Loro—, ¿y eso a qué viene?

—Es pog los mugciélagos —explicó *madame* Hortense—. Los pobgues están colgados del techo, y si no les aviso se asfixian.

El paso por el túnel resultaba bastante siniestro, porque no había más luz que la que salía de la caldera de *madame* Hortense, de modo que sólo vagamente se vislumbraba el techo, erizado de estalactitas como puntas de flecha y rezumando gotas de agua. Al poco tiempo, *madame* Hortense soltó otro pitido agudo con su silbato.

—Pog favog, ig echando el fgueno, poco a poco —gritó—. Hemos llegado.

Lentamente Pedro y Simón echaron los frenos, y con muchas boqueadas y resoplidos el trenecito se detuvo.

—Viajeros para Mitología, preparados. Mitología, apeadero —gritó Loro, y su voz resonó y reverberó en el túnel.

—Vaya sitio húmedo y desagradable —dijo la voz de Dulcimila—. Deberías ponerte la capa. Si te constipas, luego no me echas a mí la culpa.

Se apearon y descargaron el equipo y la jaula de Loro. Luego se congregaron alrededor de *madame* Hortense para despedirse de ella.

—Eres un tren maravilloso —dijo Penélope—, y ha sido un viaje estupendo. Muchísimas gracias.

—No hay de qué, *chérie* —dijo *madame* Hortense—. Todavía segvimos para algo los viejos, ¿*n'est ce pas*?

—*Madame* Hortense, ha sido un honor viajar con usted —dijo Pedro.

—Un honor y un *privilegio*, *madame* —dijo Simón.

—Me habéis guiado muy bien —dijo la locomotora—, lo que se dice muy bien.

—Hortense —dijo Loro—, yo, mis amigos y toda Mitología te quedamos hondamente agradecidos. No olvidaremos lo que has hecho por nosotros.

—Mi queguido *perroquet* —dijo *madame Hortense*—, tú sabes que póg ti yo haguía cualquier cosa.

—¿Podrás hacer bien el viaje de vuelta? —preguntó Loro.

—Clago que sí, mon brave: bajagué, ¿cómo lo decís vosotgos?, en punto muego. Ahoga todo es cuesta abajo. ¿Vosotgos sabéis el camino? Es el túnel que sale a la izquierda, a unos quince metgos.

—Vale —dijo Loro—. Nos vamos, pues. Adiós, querida Hortense, y gracias otra vez.

—Adiós, *mon perroquet*, y mucha suegte —suspiró *madame Hortense*, en medio de una sentimental nubecilla de vapor.

Encendiendo las linternas, el grupo avanzó unos cincuenta metros por el túnel.

—Aquí está —dijo de pronto Loro—. La entrada de Mitología.

Dirigiendo hacia allí las linternas, los niños vieron una grieta en la roca de la pared: una grieta como de un metro de ancho por dos de alto, que parecía una estrecha puerta de iglesia.

—Este es el puesto fronterizo —explicó Loro—. Cinco minutos más de camino, y estaremos en Mitología.

Como este segundo túnel era estrecho, tuvieron que ir en fila india. Pedro iba el primero, con una linterna y la jaula de Loro. Después iba Penélope (con Loro posado en un hombro), cargada con los comestibles, el botiquín y las armas. Simón marchaba el último, transportando el bote.

—Id con un poco de cuidado —susurró Loro con voz ronca—. No lo creo muy probable, son unos animales tan descuidados..., pero cabe la posibilidad de que hayan puesto un centinela de guardia, para asesorarse de que no vuelvo.

Doblaron un recodo del pasaje, y Pedro se paró tan de repente que Penélope chocó con él y Simón chocó con Penélope.

—¿Qué pasa? —preguntó Penélope.

—Shh..., sh... —susurró Pedro—. Hay luz allá delante.

—Déjame ver —dijo Loro, saltando del hombro de Penélope al de Pedro.

En silencio y conteniendo el aliento esperaron a que Loro oteara la lejanía. Por fin dijo:

—No, no pasa nada, no es una luz. Es la salida. Lo que se ve es el amanecer.

—¿El amanecer? —dijo Pedro—. ¿Estás seguro, Loro? No son más que la una y media. Todavía falta mucho para que amanezca.

—En Mitología no —dijo Loro—. Aquí está amaneciendo todo el día, menos cuando es de noche.

—¿Qué quiere decir eso de que «está amaneciendo todo el día»? —preguntó Penélope.

—Pues verás —empezó Loro—. Cuando H. H. estaba estudiando para mago solía tener que levantarse al amanecer, y en seguida se dio cuenta de que era la hora más bonita del día: todo fresco y apacible, y los colores y todo tan reluciente después de

una buena noche de descanso. Así que, cuando inventó Mitología, decidió que estuviera amaneciendo todo el día, menos durante ocho horas de noche. En seguida verás lo que quiero decir.

Por fin se acabó el túnel, y a la salida, guiñando los ojos, se pararon a contemplar el panorama que se extendía ante ellos. Allá arriba, el cielo (o lo que parecía ser el cielo) tenía una delicada tonalidad verde jade, que por unos sitios y otros se aclaraba hasta un azul desvaído. Flotaban en él escuadrillas de nubecitas gordezuelas y de aspecto acogedor, en amarillo pálido, rosa claro y blanco. El sol (o lo que parecía ser el sol) estaba justamente sobre el horizonte, estacionario, tendiendo sobre todas las cosas una hermosa y delicada red de luz dorada. A poca distancia, un riachuelo de aguas color jerez claro caía en una serie de elegantes cascadas sobre un lecho de piedras rojas, como de barro cocido, y al pie de cada cascada había un remanso profundo y plácido lleno de peces azules con las aletas y la cola color escarlata, que se movían perezosos. La hierba que los niños pisaban era morada como la flor del brezo, muy blanda y elástica, y parecía recién segada. Estaba salpicada de innumerables flores multicolores, con pétalos que semejaban de cristal, y esparcidos entre ellas había grupos de setas amarillo limón, decoradas con pintas negras. Más allá, en el valle, se extendía un bosque de árboles de grandes hojas azules y troncos color chocolate, que de lejos parecían muy nudosos e irregulares. Ya en el horizonte, casi oculto por las neblinas de la mañana, se veía lo que los niños supusieron que debía ser el gran mar interior que Loro les había descrito, y que bajo la luz del alba brillaba y relucía como el champán.

—¡Es *precioso!* —exclamó Penélope, respirando hondo—. Jamás me imaginé que fuera así.

—Mirad qué colores —dijo Simón—. ¿Verdad que son *fabulosos?*

—Y el cielo —dijo Pedro—. Esas nubes parece como si las hubieran colocado a propósito.

—Lo están —dijo Loro—: colocadas de una manera y de otra cinco veces al día, para que no nos aburramos. También tenemos cuatro puestas de sol diferentes, una en cada esquina, como si dijéramos, de modo que los aficionados a las puestas de sol rojas no tienen más que mirar en una dirección, y los que las prefieren color limón, o amarillas, o verdes miran en las otras. Es muy cómodo.

—Para mi gusto es una *preciosidad* —dijo Penélope—. No me extraña que estés orgulloso.

—Bueno, bueno —dijo Loro, azarado—. Ten en cuenta que llevo mucho tiempo viviendo aquí. Se le toma cariño a todo esto. Por eso no me gustaría ver a esos infames basiliscos de amos y señores.

—Naturalmente —dijo Pedro—; y cuanto antes nos ocupemos de eso, mejor. ¿Qué tenemos que hacer ahora, Loro?

—Veamos —respondió juiciosamente—: si seguimos este riachuelo, llegaremos a donde se une con el río principal, y allí podemos echar el bote al agua. Después, si la

memoria no me falla (debería darme de cachetes por no haber traído un mapa), viajamos río abajo, atravesando el Valle de los Fénix, hasta llegar a los Montes de las Minovacas y los Prados de los Unicornios. Allí estamos ya al pie de las Cuevas de Cristal, y queda sólo un paseíto bastante corto. Ahora bien, he de advertiros que en el Valle de los Fénix hay dos tramos de rápidos bastante fastidiosos, y no veo manera de evitarlos. ¿Supongo que sabréis manejar ese bote?

—No pasará nada —dijo Pedro muy confiado.

—*Esperemos* que no pase nada —dijo Simón—. Remando los dos, debemos arreglárnoslas para atravesar lo que sea.

—Pues en marcha —dijo Loro—. Vamos a ir todo lo pegados a los árboles que podamos, por si acaso hubiera algún basilisco por estos barrios. Y si veis alguno, acordaos de que arrojan fuego hasta una distancia de dos metros y medio.

—¡Dos metros y medio! —exclamó Penélope—. ¡Qué barbaridad, eso es como un lanzallamas!

—Exacto —dijo Loro—. Por supuesto, antiguamente podían matar también con la mirada, pero eso lo suprimimos al crear Mitología, porque, realmente, «ya estaba bien», como dijo H. H. Ya era bastante aguantar que fueran por ahí quemando cuanto encontraban a su paso por respirar sin cuidado, como para que encima lo matasen todo con la mirada.

—Yo no entiendo por qué les dejásteis venir a Mitología —dijo Penélope—. ¿Para qué queréis tener unos seres tan horribles?

Ah, no, es que no se pueden hacer distingos —dijo Loro—. Aunque a algunos otros, y ése es mi caso, se les concedió un permiso especial, creamos Mitología para los animales fabulosos, y no podíamos mostrar ningún favoritismo. Únicamente podíamos controlar su número, eso sí, y ya sirvió de algo, y tenerlos en sitios donde hicieran el menor daño posible. La lástima es que hayan querido salirse del tiesto. Pero, en fin, yo confío en que con vuestra ayuda se solucione la cuestión.

Mientras hablaban habían ido bajando por el valle, siguiendo las cascaditas y el arroyuelo, y ahora llegaban ya a los primeros árboles diseminados en el lindero del bosque. Los niños los contemplaron atónitos.

—¡Ah! —dijo Loro—. Os sorprenden, ¿eh? Ya me lo esperaba. Son árboles taponeros. Es que en el mundo exterior todo este asunto de los tapones de corcho es muy prehistórico, si se me permite hacer una crítica. Primero hay que quitarle al árbol la corteza, y luego cortarla para hacer los corchos. Es un procedimiento muy trabajoso. Por eso, cuando llegamos aquí, H. H., con uno de los incontables hechizos que usaba por aquel entonces, decidió crear árboles taponeros, que ahorrasen cierta cantidad de tiempo y de energía. Aquí, como veis, los tapones salen directamente de la corteza del árbol, y en diferentes tamaños.



Paseando la vista en derredor, los niños comprobaron que lo que decía Loro era totalmente cierto. Sobre el tronco y las ramas de cada árbol crecían tapones de corcho de muchas formas y tamaños: los había diminutos, como para frasquitos muy pequeños; había tapones de champán y de botellas de vino, y otros grandes, aplastados y gruesos, como para cerrar tarros de compota o mermelada, o tal vez de

miel.

—Os aseguro que se ahorra mucho tiempo —prosiguió Loro—. En cuanto está hecha la mermelada, o lo que sea, basta salir a uno de estos bosques de árboles taponeros y cortar los tapones que hagan falta, de la forma y el tamaño convenientes. Además vuelven a salir casi al momento, de manera que siempre hay existencias. Pasa un poco como con la hierba, que crece otra vez en cuanto que se la comen los unicornios o las minovacas, y nunca rebasa esa altura, que es la mejor y la más cómoda, porque así no se pone toda húmeda ni se enreda en los tobillos. Y las flores también son otro invento de H. H. Es un mago con muchísima inventiva, desde luego. Coged alguna flor y veréis lo que quiero decir.

Penélope se agachó y reunió un ramillete pequeño de aquellas flores multicolores tan bonitas.

—Huélelas —dijo Loro.

Penélope se las acercó a la nariz, y pensó que jamás en su vida había olido nada tan dulce y delicioso como el aroma de aquellas florecitas.

—Son perennes —dijo Loro—. Las pones en la mesita de tocador y duran toda la vida, y toda la vida están oliendo, además; pero si te cansas de verlas, no tienes más que tirarlas. Anda, tíralas donde te parezca.

Penélope tiró las flores sobre la hierba morada, e inmediatamente cada una de ellas se puso de pie, echó unas diminutas raicitas como hilos que se clavaron en la tierra, y, ¡oh maravilla!, donde antes había un ramillete de flores desperdigado quedó un pequeño arriate.

—No despilfarres, y siempre tendrás —dijo Loro, guiñando un ojo—. Lo mismo pasa con los árboles. Si quieres hacer fuego, cortas un par de ramas del primer árbol que encuentres, y casi al instante vuelven a crecer. Así se evita ese horrible aspecto amputado que tienen los árboles en el mundo exterior. Por eso aquí todo parece tan nuevo y lozano.

Siguiendo siempre el curso del riachuelo, atravesaron el bosque taponero y salieron de él junto a la orilla del río principal. Era un río muy ancho, y sus lentas aguas doradas eran tan transparentes que, mirando desde la orilla, los niños vieron cangrejos verdes y blancos como la porcelana que paseaban por el fondo, y garapitos de rayas rojas, negras y amarillas que nadaban de acá para allá, unos y otros muy atareados en sus cosas.

—¿De aquí es de donde zarpamos? —preguntó Pedro.

—Sí —respondió Loro—. Desde aquí hay unos cinco kilómetros hasta el Valle de los Fénix, y luego aproximadamente otros ocho hasta los Montes de las Minovacas.

Simón dejó en el suelo el bote y lo extendió, y seguidamente Pedro, Penélope y él se turnaron para inflarlo. Cuando por fin estuvo dispuesto lo bajaron al agua dorada, metieron en él la jaula de Loro y todo el equipo, subieron a bordo y se apartaron de la orilla. De todas las escenas vividas en Mitología que más tarde recordaría Penélope, la que con más fuerza se grabó en su memoria fue seguramente aquel primer viaje río

abajo, hacia el Valle de los Fénix. Las orillas, con su hierba morada sembrada de capullos multicolores; los extraños y contrahechos árboles taponeros, de cuyas ramas más altas pendían largos colgantes de luminoso musgo verde grisáceo y grandes frondas de algo así como orquídeas color coral y verdes; el suave murmullo del agua, y, al asomarse por la borda, las largas cintas de algas amarillas y los cangrejos y los afanosos garapitos bajo el bote: fue una experiencia mágica.

Pero al cabo de un rato el bosque taponero se fue aclarando hasta desaparecer del todo, y entraron en un paisaje distinto, una región pelada con las mismas piedras como de barro cocido que ya antes llamaran la atención de los niños, y en cuyas grietas y fisuras crecían extraños cactus de las más insólitas formas y colores.

—Ya estamos cerca del Valle de los Fénix. Habría sido mejor venir con alguna clase de protección —dijo Loro.

—¿Protección? —repitió Penélope—. ¿Qué quieres decir? ¿De que tendríamos que protegernos?

—Los fénix en sí son la mar de inofensivos —dijo Loro—, pero es por la cantidad de cenizas que caen.

—¿Cenizas? —dijo Pedro—. ¡No me digas que además de los basiliscos hay otros animales que echan fuego!

—No, no, no —dijo Loro—. No, en absoluto. No, son los fénix, pobrecillos. Como sabéis, el fénix vive unos quinientos años, pasados los cuales se sienta en su nido, que inmediatamente empieza a arder y quema al animal, y de las cenizas sale un nuevo fénix. Ya que tienen el buen sentido de controlar su población de esa manera, H. H. pensó que lo más sencillo, para evitar los inconvenientes de los incendios forestales, sería darles un valle de cría para ellos solos, y ése es el valle que tenemos que cruzar. Lo cierto es que es un espectáculo francamente espléndido, pero, como ya he dicho, hay cantidad de cenizas y brasas por el aire. Habrá que estar un poco atento.

Pedro y Simón remaban despacio pero con regularidad. De cada recodo del río al siguiente las orillas rocosas iban siendo más altas, y la corriente más veloz.

—Ya estamos llegando —dijo Loro—. Ya estamos llegando. Por cierto, ¿no tendréis algún pañuelo grande o cosa que se le parezca?

—Pañuelo, sí —dijo Penélope—. Yo llevo uno.

—Pues pónitelo a la cabeza, por si acaso. No querrás que se te chamusque tu bonito pelo, ¿verdad? —dijo Loro.

Tan de repente que el cambio les pilló a todos desprevenidos, el río se estrechó y empezó a correr muy deprisa, y las orillas se hicieron altísimas.

—¡Rápidos a la vista! —gritó Loro.

En efecto, unas peñas rojas se alzaban como colmillos en medio de la corriente, y las aguas doradas pasaban borboteando, espumeando y burbujeando a su alrededor. Pedro y Simón las pasaron moradas para maniobrar el bote sin estrenarse, pero lo consiguieron, y en seguida llegaron a un tramo más tranquilo, porque la garganta por donde discurría el río se había ensanchado.

—¡Puf! —dijo Pedro, enjugándose la frente—. Creí que nos quedábamos ahí incrustados.

—Menos mal que ya pasó —dijo Simón.

—¿Que ya pasó? —dijo Loro—. Eso no era más que el primer tramo de rápidos. Queda otro más adelante, pasado el valle.

En ese momento el bote dobló un recodo y entró en el Valle de los Fénix, y ante los viajeros se abrió un panorama tan increíble que Simón y Pedro dejaron de remar para contemplar extasiados, lo mismo que Penélope, la extraña vista que ofrecían las dos márgenes del río.

A un lado y a otro, diseminados por el valle, estaban los fénix, como enormes águilas multicolores y centelleantes, con las alas extendidas como los cormoranes cuando se posan en las rocas para secarse. Debajo de cada una de las aves titilaba y parpadeaba el fuego de su nido. Periódicamente, uno de los nidos hacía erupción como un volcán. Grandes lenguas de fuego rojo-anaranjadas, azules y amarillas envolvían al ave sentada, abrasándola y reduciéndola inmediatamente a ceniza. Quedaba así tiesa, como un copia perfecta de su antiguo ser, hecha de ceniza gris y blanca. El fuego menguaba entonces, y poco a poco el fénix se desmoronaba: primero eran tal vez unas cuantas plumas de un ala las que se desprendían, y luego toda el ave cenicienta, con un sonido que era como un gran suspiro suave, se resquebrajaba y se desplomaba sobre el nido ardiente. Había una breve pausa, y en seguida las llamas empezaban a elevarse otra vez, y en sus profundidades se veía agitarse a un pequeño bebé fénix de colorines, que aleteaba y se retorció hasta que por fin lograba abrirse paso entre las llamas y salía como un cohete por el aire, para volar feliz y contento de un extremo a otro del valle, como una golondrina, junto con otros centenares de fénix. Pero, como había anunciado Loro, había cierto peligro, porque, cada vez que un fénix se convertía en ceniza, se desmoronaba y caía en el nido, salían volando chispas y brasas encendidas en todas direcciones, que caían silbando en el río alrededor del bote.

—¡Es precioso, Loro! —exclamó Penélope, mirando cómo los bebés de fénix salían trabajosamente de sus nidos llameantes y revoloteaban, refulgentes y hermosos, por todo lo ancho del valle.

—Jamás vi cosa igual —dijo Pedro—. ¿O sea, que cada vez que uno de esos grandes se convierte en ceniza y cae al nido, crea otro?

—En realidad es la misma ave —dijo Loro—. Es lo que se llama una metamorfosis. Por eso H. H. les dio este valle. Su número no aumenta, ¿comprendéis? Viven quinientos años y luego se queman, según estamos viendo, y salen de eso renovados. Producen un efecto muy bonito, y no hacen ningún daño a Mitología. Se alimentan básicamente de néctar, y son muy decorativos.

Aunque mantenían el bote en medio del río, desde una y otra orilla les llegaba el calor de los nidos en llamas. Tardaron como una media hora en atravesar la zona de anidamiento; después el río volvió a estrecharse poco a poco.

—Ahora viene lo más difícil —dijo Loro, con gesto preocupado—. Nos queda un tramo de rápidos antes de llegar a aguas tranquilas. Si lo pasamos, ya no habrá problema.

—¿Está todo bien sujeto, Pempi? —preguntó Simón.

—Sí, todo. Las cosas de dentro de la jaula de Loro, no sé.

—Por eso no te preocupes —dijo Loro—. Hace siglos que está todo bien amarrado.

Según hablaban el bote había ido acercándose a la orilla, sin que ni Pedro ni Simón se dieran cuenta. En el mismo borde había un nido gigantesco, con su correspondiente fénix tieso y con las alas extendidas, ya convertido en ceniza por las llamas. De repente, el bote chocó contra la orilla, justamente al pie del nido.

—¡Cuidado! —gritó Pedro.

—¡Vira, vira rápido! —gritó Simón, con los ojos clavados en el ave colosal que se alzaba sobre ellos.

Pero ya era demasiado tarde. En aquel preciso instante el monstruoso fénix ceniciento empezó a desintegrarse, y con un tremendo «Fffuuash» cayó en el nido, envolviendo el bote y sus ocupantes en una nube de pavesas encendidas y chispas de todos los colores.

—¡Dale hacia afuera, dale hacia afuera! —gritó Simón a Pedro—. ¡Rápido, rápido!

A toda velocidad sacaron el bote hacia el centro del río, pero estaba tan lleno de brasas que ya no se podía hacer nada. De pronto sonó un reventón y un silbido, y sintieron que el bote se hundía.

—¡Cuidado! —gritó Pedro—. ¡Cuidado!

La corriente atrapó el bote, que se desinflaba a toda velocidad, y lo arrastró río abajo, y de repente la embarcación desapareció. Penélope cayó al agua, y antes de poder volver a la superficie se sintió arrastrada, dando tumbos, hacia la masa oscura y rugiente del segundo tramo de rápidos.



Capítulo 3

Minovacas y unicornios

Cuando volvió en sí, Penélope se encontró tendida en un banco de arena, con la cabeza apoyada en el regazo de Pedro. Simón, inclinado sobre ella con gesto muy preocupado, le frotaba las manos, y Loro paseaba arriba y abajo, mascullando entre dientes.

—Ya vuelve en sí —dijo Simón, con evidente alivio.

—¿Estás bien, Pempi? —preguntó Pedro, angustiadísimo.

—Penélope queridísima, háblanos —dijo Loro mirándola muy serio, con sus azules ojos llenos de lágrimas y todo su brillante plumaje empapado de agua del río.

Tenían todos un aspecto tan afligido y acongojado que a Penélope le dieron ganas de echarse a reír, pero no se atrevió.

—Claro que estoy bien —dijo, incorporándose; se encontraba un poco mareada, y le dolía la cabeza—. Bien, salvo que me siento como si me hubiera tragado medio río y me hubieran arrastrado por todos los rápidos.

—Una descripción notablemente acertada —dijo Loro—. Eso es exactamente lo que te ha ocurrido.

—¿Dónde estamos? —preguntó Penélope, mirando a su alrededor.

—Después de hundirse el bote, la corriente nos arrastró por los rápidos —dijo Pedro—. Tú te quedaste enganchada en unas peñas por debajo del agua, y Simón y yo tuvimos que bucear para rescatarte, pero al fin pudimos sacarte a nado hasta este banco de arena.

El banco de arena, uno de los muchos que había en la zona, era largo y estrecho, y se extendía casi a todo lo ancho del río. Con gran asombro y contento de los niños, todas sus pertenencias habían ido a parar a él, incluido el bote, ya inservible.

—¿Y qué vamos a hacer ahora, sin el bote? —preguntó Simón.

—Todo se arreglará en cuanto que encontremos minovacas —dijo Loro con enojo.

—¿Qué es eso de las minovacas? —preguntó Penélope, que, sin demasiado éxito, intentaba escurrirse un poco la ropa.

—Ni idea —dijo Pedro—. Loro está con ellas como si hubiéramos venido hasta aquí sólo para buscarlas.

—Mi querido Pedro —dijo Loro severamente—: si te digo que las minovacas son, con mucho, uno de los inventos más importantes de H. H., y que sin duda alguna son los animales *más* importantes de Mitología desde el punto de vista agrícola y económico, tal vez comprendas por qué nos es tan vital encontrarlas.

—No —dijo Pedro.

—Eres un niño singularmente cerril —dijo Loro con la misma severidad—. Os voy a dejar aquí para ir en busca de un rebaño. Tened la bondad de esperar hasta que vuelva.

Así diciendo, entró en la inundada jaula y abrió el armario Luis XV.

—Si sales así de empapado te enfriarás —dijo Dulcimila—; y a tu edad no te puede hacer ningún bien andar volando por toda la comarca.

—Anda, cállate —dijo Loro agriamente—. Se supone que eres mi araña cantora y ama de llaves, no mi carcelera. ¿Dónde me has puesto el catalejo?

—Está donde tú lo dejaste, ahí en el armario, y esa no es manera de hablarme. Yo aquí, hecha una esclava todo el día, y ¿qué pago me das a cambio, eh? Tú me dirás. Lo único que haces es intentar ahogarnos a todos y dar mucho más quehacer. Mira cómo está todo... todo chorreando, la alfombra para tirarla... La cama la tendré que sacar para que se airee. Pero tú, ¡qué te vas a preocupar, para qué! No señor, lo único que se te ocurre es irte a volar por toda la comarca con el catalejo. Parece mentira, a tu edad. Te portas como un pollo.

Por fin, de entre la extraña colección de ropa y otras cosas que llenaba su armario, Loro consiguió extraer un bonito catalejo de latón, que cogió cuidadosamente con el pico.

—Expedición de reconocimiento —explicó a los niños, articulando las palabras con cierta dificultad—. Vuelvo en seguida. Yo que vosotros, tomaría algo de desayuno.

Diciendo esto alzó el vuelo y se alejó, mostrando en sus alas, bajo la luz del sol, todos los colores del arco iris.

A Penélope le pareció buena idea lo del desayuno, porque una vez que reanudaran la marcha no se sabía cuándo volverían a tener ocasión de comer. Así pues, repartió entre los tres una tableta grande de chocolate, junto con un puñado de pasas y almendras para cada uno. Sorprendentemente, al empezar a comer se dieron cuenta de que tenían muchísima hambre. Dulcimila rehusó compartir el chocolate o los frutos secos.

—¿No tendréis por ahí algún saltamontes, verdad? —preguntó con añoranza—. ¿O un par de moscas?

—Pues no, lo siento —dijo Penélope.

—Da igual, tampoco contaba con ello. No te preocupes.

Saciada el hambre, esparcieron sus cosas sobre la arena para que se secaran. Acababan de poner fin a esa operación cuando oyeron una voz que gritaba: «Hola, hola, aquí estamos», y Loro efectuó un aterrizaje muy limpio sobre la arena.

—Excelentes noticias —dijo sin aliento, quitándose el catalejo del pico y echándoselo bajo el ala—. Tenemos un rebaño de minovacas a unos ochocientos metros. La primera vez no las vi, porque las muy bobas estaban todas pastando debajo de los árboles.

—Bueno, ¿y qué hay que hacer ahora? —preguntó Pedro.

—Ir por gelatina —respondió Loro.

—¿Gelatina? —repitió Simón—. ¿Has dicho «gelatina»?

—¡Sí! —dijo Loro, impacientándose—. Pedro y tú venís conmigo, y Penélope puede quedarse aquí con Dulcimila.

—Ni hablar —dijo firmemente Penélope—; si vais a caza de minovacas o de gelatina o lo que sea, yo quiero ir también.

—Bueno, de acuerdo —dijo Loro—. Que se quede Dulcimila.

—No quiero —dijo Dulcimila—. ¿Y si viene un cocodrilo?

—Sabes perfectamente que aquí no hay cocodrilos —dijo Loro.

—Mira, Dulcimila, si te quedas, Loro te apreciará todavía más —se apresuró a decir Penélope.

Dulcimila lo pensó un momento.

—Está bien —dijo por fin—, me quedaré, pero tened en cuenta que no os esperaré más de tres días.

—En marcha, pues —dijo Loro—. Vosotros tendréis que vadear hasta la orilla. Por ese lado hay poca profundidad. Luego os enseñaré dónde está el rebaño.

Los niños vadearon el río desde el banco de arena, dejando a Dulcimila al cuidado de sus cosas, e iniciaron la marcha por la pradera morada sembrada de flores, en dirección al lejano bosque taponero.

—¿Qué son las minovacas? —preguntó Penélope a Loro, que iba posado en su hombro.

—Son unos animales *utilísimos* —dijo Loro—, pero he de confesar que su creación fue más accidental que premeditada. Era allá por los primeros tiempos de Mitología, cuando H. H. andaba todavía muy atareado creando cosas útiles, como los árboles taponeros, por ejemplo. Pues bien, estaba intentando inventar una vaca que diera un suministro inagotable de leche, pero tenía que utilizar el minotauro mitológico como punto de partida, para que casara con todo lo demás. Dio la desdichada casualidad de que en aquel preciso día había perdido las gafas, y, en consecuencia, mezcló por error tres o cuatro hechizos. Al final fue una suerte, pero entonces el pobre H. H. se llevó un enorme disgusto. El caso es que desde entonces han demostrado ser todo un éxito.

Avanzaban entre los árboles, guiados por el tintineo de un cencerro y unos suaves

mugidos, el sonido de un rebaño normal de vacas en un prado. Al fin salieron a un claro, y allí estaba el rebaño de minovacas. Los niños las contemplaron atónitos.

—Un poco sorprendentes a primera vista, ¿verdad? —dijo Loro con orgullo.

—¿*Sorprendentes*? Son lo más raro que he visto en mi vida —dijo Pedro.

—Parece como si estuvieran hechas de trozos de toda clase de cosas —dijo Penélope.

Básicamente, las minovacas eran unos caracoles gigantes de color verde oscuro, con preciosas conchas doradas y verdes sobre el lomo; pero, en lugar de cuernos de caracol, tenían la cabecita gorda de una ternera recién nacida, con dos cuernecitos de color ámbar y una cascada de pelos rizados cayendo entre ellos. También tenían los ojos grandes y acuosos, y se movían despacio sobre la hierba morada, pastando exactamente igual que las vacas, pero arrastrándose como los caracoles. De vez en cuando, una de ellas levantaba la cabeza y emitía un largo y lamentoso mugido.

—¿Son peligrosas? —preguntó Simón, que las miraba fascinado.

—¡Qué va! —dijo Loro—. Son lo más simple y bondadoso de todo el país, y, como casi toda la gente simple y bondadosa, son sumamente útiles.

—Pero ¿qué dan? —preguntó Penélope.

—Leche —respondió Loro—, y gelatina de minovaca, que probablemente sea una de las sustancias más útiles que se conocen.

—¿Y por dónde se las ordeña? —preguntó Pedro, muy intrigado.

—Por la concha —dijo Loro—. Cada una tiene en la concha tres grifos: en uno pone «caliente», y en otro «fría». Se abre el grifo, y ya está: leche caliente o fría, según se quiera.

—¿Y el tercer grifo? —preguntó Simón.

—Crema —dijo Loro.

—¡Caramba! —dijo Pedro, que era entusiasta de la crema—. ¡Si que son útiles!

—¿Y la gelatina? —preguntó Penélope—. ¿Eso qué es?

—¡Ah, la gelatina! —dijo Loro—. Ya sabéis que los caracoles van dejando un rastro pegajoso, ¿no? Pues las minovacas hacen igual, con la diferencia de que lo que ellas van dejando es gelatina de minovaca, y sólo la hacen por encargo.

—¡Puaf! —dijo Penélope—. ¿Y para qué sirve?

—Al endurecerse forma láminas —explicó Loro—, y entonces es un producto utilísimo. Entre otras cosas, es un material frío con el calor, y caliente con el frío.

—¿Cómo, cómo? —dijo Pedro, que no entendía nada.

—Quiero decir cuando se hace con ella una casa, o prendas de vestir, o cosas por el estilo. Es caliente cuando hace frío, y al revés.

—Eso es práctico —dijo Simón, pensativo.

—Se almacena en láminas —continuó Loro—, y luego basta sacar una lámina cuando haga falta y pensar lo que tiene que ser.

—¿*Pensar* lo que tiene que ser? —repitió Penélope—. ¿Y eso qué quiere decir?

—Tendré que haceros una demostración —dijo Loro—. Venid, vamos a

acercarnos.

Se acercaron al rebaño de minovacas, y los extraños animales levantaron sus cabezas y los miraron de la manera más amistosa, sin dejar de mascar la hierba morada y soltando de vez en cuando un suave mugido. En seguida localizaron a la jefa del rebaño, que era mayor que las demás y llevaba colgado del cuello un cencerro grande de oro, que ponía «Jefa».

—Buenos días —dijo Loro.

La jefa los miró y soltó un prolongado «MUUúú» a guisa de saludo.

—No son muy buenas conversadoras —susurra Loro al oído de Penélope—. Tienen un vocabulario muy reducido.

La minovaca jefa seguía mirándolos con ojos lánguidos.

—Oye, hermosa, queremos un par de láminas de gelatina —dijo Loro—. ¿Podrías servirnoslas, si no es mucho trabajo?

La jefa asintió solemnemente con la cabeza. Luego se volvió hacia el rebaño y emitió un mugido largo y vibrante. Inmediatamente el rebaño formó una rueda, poniendo cada minovaca el hocico junto al rabo de la anterior, y la jefa pasó a ocupar su sitio en el centro. Una vez todas dispuestas, la jefa empezó a cantar: es decir, a bambolear la cabeza de un lado a otro, de modo que su cencerro repicara desacompasadamente, y a mugir «MÚUuuuu, MÚUuuuu, MÚUuuuu». Al hacer esto la jefa, todo el rebaño se puso a moverse en círculo y a decir muy deprisa y a coro: «Mú-mú-mú, mú-mú-mú, mú-mú-mú».

El sonido resultante no podía ser más destemplado y lamentable, pero los niños observaron que, a la vez que el rebaño daba vueltas y vueltas, una minovaca sí y otra no iba dejando un rastro de una cosa color verde jade que parecía cola líquida, y la minovaca siguiente lo apisonaba, convirtiéndolo en una lámina lisa, fina y transparente.

—¡Bueno, bueno, ya basta, *ya basta!* —gritó Loro, para hacerse oír por encima del coro de mugidos.

Las minovacas se detuvieron, un tanto sorprendidas, y dejaron de mugir. Sobre la hierba había quedado una veintena de láminas de una especie de vidrio verde, muy delgado y de aspecto quebradizo.

—No ha habido manera de enseñarlas a contar —dijo Loro, exasperado—. Da igual, de todos modos servirá para algo.

Penélope se agachó a coger una de las láminas, y vio que era ligera como una tela de araña y muy flexible.

—Si es como una especie de plástico —dijo.

—Mejor que el plástico —dijo Loro—, porque cuando ya no hace falta basta pensar que no sea nada, y así no quedan restos ensuciando el paisaje.

—¿Cómo «pensar que no sea nada»? —preguntó Pedro.

—Pues mira, ahora mismo sólo necesitamos dos láminas —dijo Loro—. Por lo tanto, me desharé del resto. Observa.

Fascinados, los niños contemplaron cómo Loro, acercándose a cada lámina de gelatina, las miraba una por una con intensa concentración y decía: «Desaparece». Inmediatamente, la lámina se enrollaba formando un tubo y luego iba achicándose hasta que, con el ruido que haría un globito muy pequeño al estallar, desaparecía.



—¡Es increíble! —dijo Simón.

—Jamás vi cosa igual —dijo Pedro.

—¿Así que basta con *decirles* lo que tienen que hacer? —preguntó Penélope.

—Sí —respondió Loro, secándose el sudor de la frente con un ala—. Pero se requiere una gran concentración. Y, naturalmente, hay que pensar en lo que se quiere que sea, que puede ser cualquier cosa inanimada. Prestad atención.

Acercándose a una de las dos láminas que quedaban, extendió un ala.

—Quiero que seas dos trozos de cincuenta por cuarenta centímetros —dijo, y dócilmente la lámina separó de sí dos pedazos de esas medidas. Loro echó un vuelo hasta el hombro de Penélope.

—Ahora —dijo—, estaos quietos mientras pienso lo que van a ser.

Los niños esperaron, conteniendo el aliento.

—¿Qué vas a pensar? —preguntó Simón.

—Cubos —dijo Loro, taladrando con la mirada los trozos de gelatina.

Ante los ojos de los niños, la gelatina cambió de color, de verde pálido a verde oscuro, y de repente dio un respingo y empezó a agitarse y a enroscarse, a retorcerse y a brincar, arrugándose con toda clase de contorsiones. Tras un último retorcimiento especialmente complicado, sonó un débil «pop» y ante ellos quedaron dos hermosos cubitos.

—¡Es verdaderamente prodigioso! —dijo Pedro, impresionadísimo.

—Se comprende que dijeras que es tan útil —observó Simón.

—Es *lo más útil* que yo he visto —dijo Penélope, convencida.

Llevándolos junto a la concha de una de las minovacas, Loro procedió a llenar uno de los cubos de leche fría y el otro de crema. Luego dieron las gracias al rebaño, que dijo «múu» cortésmente y al unísono, y recogiendo las láminas de gelatina emprendieron el regreso hacia el punto del río donde habían dejado las cosas.

—¡*Por fin* volvéis! —dijo Dulcimila al verlos llegar—. Ya era hora, ¿no? Estaba a punto de enviar un equipo de búsqueda.

—¿Cómo ibas a enviar un equipo de búsqueda, araña exagerada y egocéntrica? —fue la respuesta de Loro.

—Te hemos traído crema —se apresuró a decir Penélope.

—¿Crema? —repitió Dulcimila—. ¡Qué rica! No habrá ningún moscardón para mojar, ¿verdad?

—Me temo que no —dijo Penélope gravemente.

—Bueno, era de esperar —dijo Dulcimila.

Con mucha concentración, Loro pensó que la gelatina fuera un espléndido bote nuevo, y, llenándolo hasta los topes con todos sus pertrechos y la jaula de Loro, lo botaron en el plácido río.

—¡Yo-jo-jó y todo eso que se dice! —exclamó Loro muy contento—. En un periquete estaremos en los Llanos de los Unicornios, y desde allí sólo queda media hora de subida hasta las Cuevas de Cristal.

—¡Tengo unas ganas de ver a los unicornios! —dijo Penélope, que iba con las manos metidas en el agua dorada y resplandeciente, mientras Pedro y Simón remaban a buen ritmo.

—He de admitir que son unos animales muy decorativos —dijo Loro sentenciosamente—. Pero también muy reservados, una gente que siempre va a lo suyo. Muy estirados. Siempre están con la misma canción: «¿y a nosotros qué nos importa?», cuando lo cierto es que sí les importa, porque al fin y al cabo en Mitología todo nos importa a todos. Quiero decir que todos tenemos que *crear* los unos en los otros, porque si no todos desapareceríamos, ¿no?

—A lo mejor es que son tímidos —sugirió Penélope.

—¿Tímidos? ¡Qué va! —dijo Loro—. Esos no conocen la vergüenza. No, lo que pasa es que son unos gandules. Cuando yo fui a verlos por esto de los basiliscos, ¿sabes lo que me dijeron? Me sacaron de quicio, de verdad. Pues van y me dicen: «¿Y a nosotros qué nos importa? Sois H. H. y tú quienes tenéis que controlar a los elementos rebeldes». ¡Ja! ¡Ya les daré yo «elementos rebeldes» cuando volvamos al poder!

—Se está acabando el bosque —dijo Pedro, que iba delante—. Parece que salimos a campo abierto.

—Voy a explorar —dijo Loro.

Cogiendo el catalejo, levantó el vuelo y desapareció. Al cabo de algunos minutos volvió al bote, lo rodeó con gran habilidad y aterrizó en el hombro de Penélope.

—Todo despejado —dijo—; no he visto nada. Remad hacia aquel remanso de allí enfrente, y allí desembarcamos.

Desembarcaron en un remanso, desinflaron el bote y lo plegaron. Hecho esto emprendieron la marcha por las praderas suavemente onduladas, aquí y allá interrumpidas por grandes macizos de arbustos azules, con flores color magenta y tan grandes como girasoles. A unos tres kilómetros de distancia se extendía una cordillera boscosa, y allí, según Loro, estaban las Cuevas de Cristal. Aunque el sol seguía estando a la misma altura sobre el horizonte, calentaba mucho más que antes, y Pedro y Simón comprobaron que se sudaba transportando la casa de Loro con todo su mobiliario, más el equipo y el bote. A mitad de camino Loro les dijo que podían hacer un alto para descansar, y ellos, agradecidos, dejaron el cargamento en el suelo, se tumbaron a la sombra de uno de los arbustos y echaron un trago de leche de minovaca, que les vino muy bien.

—Voy a subir hasta esa cresta para ver si el camino está despejado —dijo Penélope—. Vosotros descansad a gusto.

—Bueno, pero ten cuidado —dijo Pedro—. No te alejes mucho.

—Por aquí todo es campo abierto, no creo que le vaya a pasar nada —dijo Loro, dispuesto a echarse una siestecita encima de la jaula.

—De todos modos, no pienso ir lejos —dijo Penélope.

—Dinos qué se ve —dijo Simón perezosamente, medio dormido—, y si ves

basiliscos, sal corriendo.

—No te preocupes, lo haré —dijo Penélope.

Subió despacio la cuesta, disfrutando del aire oloroso, de aquel cielo de hermoso color y de la blanda y elástica hierba que pisaba. Al llegar arriba bajó la vista al valle siguiente, y estaba admirando la combinación de colores que formaban la hierba morada, los arbustos azules y las flores color magenta cuando, de improviso, vio a un animalito salir disparado de un macizo de arbustos y refugiarse en el siguiente. Pero todo fue tan rápido que Penélope no pudo ver que clase de animal era, por lo cual, escondiéndose en uno de los arbustos azules, se sentó muy quieta a esperar que reapareciese. Así lo hizo al poco rato, y Penélope se quedó pasmada de sorpresa y de gozo, porque era un diminuto unicornio azul pálido, con enormes ojos azules oscuros. Tenía las crines y la cola como de hilo de oro, y su minúsculo cuerno era como una varilla retorcida de transparente y dorado azúcar de caña. Se detuvo, con todos los músculos en tensión, las orejas muy tiesas y los ollares muy abiertos, volviendo la vista en la dirección de donde había venido. Era evidente que alguien le perseguía, y el unicornio no estaba seguro de haberse quitado de encima a su perseguidor.

Entonces a Penélope se le heló la sangre en las venas, porque por la cresta del monte, pavoneándose como un enorme gallo de colores, venía un basilisco. Se detuvo y miró a su alrededor; sus crueles ojos dorado-verdosos centelleaban, y el sol arrancaba de sus escamas destellos dorados y rojos. Cuando giró la cabeza se oyó cómo las escamas entrechocaban y rozaban unas con otras, y Penélope vio que echaba nubecillas de humo azul por la nariz, y unas llamas anaranjadas que subían y bajaban al compás de su respiración. También el unicornio debió de verle, porque giró sobre sus talones y echó a correr por el valle, entrando y saliendo de los arbustos azules, hasta que al fin se detuvo, jadeante, a poca distancia del escondite de Penélope. Hinchaba los ollares, y por el movimiento agitado de su pecho se notaba que le costaba trabajo respirar. Era evidente que el basilisco llevaba un buen rato persiguiéndole.



Acabada su inspección ocular del valle, el basilisco enroscó a un lado y a otro la punta bifurcada de su cola, como hacen los gatos, y luego bajó su cabezota de gallo y se puso a olfatear la tierra, mientras emitía una especie de gruñido ronco, uno de los sonidos más horribles que jamás oyera Penélope. Al oírlo, el unicornio, que estaba demasiado exhausto para seguir corriendo, se acurrucó en el suelo y bajó las orejas, con los ojos desorbitados por el terror. De pronto pareció como si el basilisco hubiera

encontrado el rastro, porque lanzó un graznido espeluznante de satisfacción y emprendió el descenso hacia el valle.

Penélope se encontraba en un terrible aprieto. Deseaba con todas sus fuerzas ayudar al pequeño unicornio, pero al mismo tiempo sabía que llamar la atención del basilisco sería muy peligroso para ella y sus compañeros. Todavía sentada, decidió un plan de acción: un plan arriesgado, pero que podía dar resultado. Había observado que el basilisco debía de tener mal olfato, porque varias veces había perdido el rastro; entonces se ponía a dar vueltas, cloqueando en voz baja. Penélope pensó que, si el rastro del unicornio se interrumpía, el basilisco podría perderlo del todo. Sólo había una manera de hacerlo: cambiar el rastro que iba dejando el unicornio por otro que dejara ella misma. Sabía que era un plan enormemente arriesgado y que, si fracasaba, el basilisco enfurecido podía achicharrarlos al unicornio y a ella, pero también sabía que si se paraba demasiado a pensarlo y reflexionaba sobre el riesgo que iba a correr podía faltarle valor para hacerlo, conque se puso en pie y corrió hasta el valle, zigzagueando entre los arbustos, y al llegar junto al unicornio le tomó en brazos. El unicornio, creyendo que otro basilisco le atacaba desde atrás, exhaló un débil relincho de espanto y empezó a patalear y a toparla con su cuerno.

—¡Estate quieto, bobo! —bisbiseó Penélope—. ¡Estate quieto, que soy amiga tuya! ¡Pretendo ayudarte!

Al oír la palabra «amiga», el unicornio dejó de patalear y se quedó quieto en sus brazos, mirándola a la cara con sus ojazos espantados, que eran azules como pensamientos.

—¿Amiga? —preguntó con un hilo de voz—. ¿Amiga mía?

—Sí —susurró Penélope—. Ahora estate quieto y trataré de salvarte.

No tardó en descubrir que el unicornio pesaba bastante, aunque no abultaba más que un foxterrier. Cargada con él, Penélope subió otra vez la ladera, corriendo de un arbusto a otro sólo en los momentos en que el basilisco bajaba la cabeza para olfatear el suelo, porque no se sabía si tenía buena vista o no. Llegó arriba sin aliento, y allí se paró para ver si su estratagema daba resultado. ¿Qué pasaría si el basilisco se ponía a seguir su rastro? No quería ni pensarlo, y no tenía ni idea de qué habría que hacer en ese caso. Estaba ya llegando al lugar en que Penélope había recogido al unicornio; ella le contemplaba conteniendo la respiración. De pronto, el basilisco, que iba con el pico pegado al suelo, olisqueándolo todo, se enderezó, soltando un gruñido; cerró los ojos y dio un estornudo brusco y violento. De su nariz salieron llamas y humo, dejando en el suelo una gran mancha negra de hierba quemada. Siguió estornudando una y otra vez, y con cada estornudo dejaba quemada una gran franja de hierba o prendía fuego a un arbusto. Lo asombroso era que parecía incapaz de dejar de estornudar; era como una persona en pleno ataque de fiebre del heno. Por fin, llorando y estornudando todavía con violencia, dio media vuelta y se marchó a toda prisa, dejando tras de sí una estela de hierba ennegrecida y arbustos humeantes.

—¡Qué barbaridad! —exclamó Penélope, no sabiendo si reírse u ofenderse—.

¡No sabía que olía tan mal! En fin, por lo menos se ha ido.

—Gracias por salvarme —dijo el pequeño unicornio con su vocecilla—. Ha sido un gesto muy amable y valeroso por tu parte.

—Bueno, bueno, no tanto —dijo Penélope—. Ha salido bien, que es lo principal. Pero tú, ¿qué demonios estabas haciendo para que te persiguiera un basilisco? ¿Qué hacías ahí solo? ¿Dónde están tu padre y tu madre?

—La manada está por allá —dijo el unicornio—. Yo me había escapado para hacer prácticas de topetada.

—¿De qué? —preguntó Penélope.

—De topetada, de topar con el cuerno —dijo el unicornio, subiendo y bajando la cabeza para hacer relucir su cuerno—. Todos los años hay el Gran Concurso de Topetada, y este año yo ya tengo edad para participar, y como soy el príncipe heredero tengo que ganar, ¿comprendes?

—¿El príncipe heredero? —preguntó Penélope, que dudaba de haber oído bien.

—Sí —dijo el pequeño—. Yo soy Séptimus, príncipe heredero de los unicornios. Mis padres son el rey y la reina.

—Razón de más para que no andes por ahí solo —dijo Penélope con severidad—. Imagínate: ¡el príncipe heredero de los unicornios, vapuleado por un basilisco!

—Ya lo sé —dijo Séptimus con gesto contrito—, pero *tenía* que hacer prácticas de topetada y para eso lo mejor son los bosques taponeros, porque escogiendo un corcho grande no se hace uno tanto daño en el cuerno.

—¿Y tus padres saben lo que estabas haciendo? —preguntó Penélope.

—No —dijo Séptimus—. No se lo digo, porque son unos pesados.

—Pues estarán preocupadísimos —dijo Penélope—. Cuanto antes te llevemos con ellos, mejor.

—Sí —asintió Séptimus—. Pero, por favor, ¿les explicarás que no ha sido culpa mía que me persiguiera un basilisco?

—Bueno —dijo Penélope—. ¿Por qué te perseguía?

—Dijo que quería llevarme a su castillo, y así los basiliscos tendrían sometidos a todos los unicornios —explicó Séptimus—, Y me atrapó una vez, pero yo le di un buen topetazo y me escapé. No se atrevió a usar su fuego porque quería cogerme vivo. Me alegro de que no lo hiciera, porque me podría haber chamuscado las crines y la cola, y las tengo muy bonitas, ¿verdad que sí?

Penélope se estremeció.

—Sí, sí, mucho —dijo—. Bueno, lo mejor es que vuelvas conmigo a donde se han quedado unos amigos míos, y nosotros te devolveremos a tu familia.

Conque marcharon a reunirse con los otros, y Séptimus fue todo el tiempo retozando alegremente alrededor de Penélope, como si ya no se acordara para nada del terrible trance en que acababa de verse. Cuando llegaron donde estaba el grupo, Pedro y Simón se quedaron encantados de conocer a un unicornio de verdad, vivito y coleando, pero horrorizados también ante el riesgo que Penélope había corrido por

salvarle del basilisco.

—De veras, yo os habría llamado a todos, si hubiera podido —protestó ella—, pero no tuve tiempo. No había un momento que perder.

—Espero que esta estúpida criatura te esté agradecida —dijo Loro severamente—. No merecía que le salvaran después de hacer novillos de esa manera.

Pero Séptimus no les escuchaba: había encontrado un charquito al pie de unos arbustos y contemplaba arrobado su reflejo en el agua.

—Estos unicornios son todos iguales —comentó Loro con tristeza—, más vanidosos que un pavo. Dales un espejo, o simplemente cualquier cosa en la que puedan verse reflejados, y se quedan como hipnotizados.

—Pero éste no es más que un niño —dijo Penélope—, y hay que reconocer que es realmente guapo.

—*Todos* son así —dijo Loro—, y sobre todo su padre y su madre. Bueno, habrá que reanudar la marcha y reintegrarle a su familia.

De modo que otra vez se pusieron en marcha, con Séptimus brincando a su alrededor.

—¿Qué te parece, Penélope, que estoy mejor con el cuerno *así...* o *así*? —preguntó por enésima vez.

—Si no te callas —dijo Loro, irritado—, le pido las tijeras a Penélope y te corto las crines y el rabo.

Aquella horripilante amenaza surtió el efecto deseado sobre Séptimus, que a partir de ese momento estuvo muy modosito, e incluso preguntó a Penélope si podía llevarle alguna cosa.

Atravesaban un claro entre los grandes arbustos azules cuando de pronto se oyó un retumbo como el de un trueno y la tierra se estremeció bajo sus pies. No habían tenido tiempo de reaccionar cuando vieron venir sobre ellos a una multitud de unicornios, azules y blancos, que atronando el aire con el golpeteo de sus cascos sobre la hierba avanzaron en tromba por entre los arbustos y se detuvieron, bufando, a pocos metros del grupo. Los niños se encontraron rodeados por un cerco de agudos cuernos dorados, todos apuntados amenazadoramente hacia ellos.

—¡Calma, calma! —gritó Loro—. A qué viene tanta tontería... somos *nosotros*.

El círculo cerrado que formaban los unicornios se abrió, y entre sus filas se adelantó un unicornio muy grande, del color azul más intenso y bonito. Sus crines y su cola eran de color ámbar-miel pálido, y su cuerno retorcido centelleaba como el oro recién acuñado. Era evidente que se trataba del rey de los unicornios y que el esbelto unicornio blanco de crines y cola doradas que le seguía era la reina.

—¡Caramba, Loro, si eres tú! —dijo el rey, sorprendido.

—¡Claro que soy yo! ¿Qué esperabas? —dijo Loro.

—Nos habían dicho que habías huido del país cuando los basiliscos tomaron el poder —explicó el unicornio.

—¿*Cómo*? —exclamó Loro, indignado—. ¿Yo? ¿Huir del país yo?

—Ya nos pareció que era impropio de ti —dijo el unicornio—, pero hasta H. H. dijo que habías desaparecido sin dejar tan siquiera una nota, y los basiliscos dijeron que habías huido.

—¡Ya les daré yo «huidas» cuando vuelva! —dijo Loro torvamente.

—¡Sí, vaya huida! —dijo Pedro—. No te preocupes, Loro, ya les enseñaremos lo que es bueno.

—Serán ellos los que huyan cuando nos tengan enfrente —dijo Simón—. ¡Si son tan tontos que hasta esta prima mía les ha engañado!

—¡Oye, oye! —protestó Penélope—. ¿Qué quieres decir con eso de «hasta esta prima mía»?

—No he querido decir lo que parece —se apresuró a explicar Simón—. Quería decir que eso demuestra que los basiliscos son tontos y se les puede engañar.

—Penélope me ha salvado de un basilisco —dijo Séptimus, y seguidamente relató a sus padres (con una buena dosis de exageración) cómo Penélope había burlado al basilisco.

—Toda la manada está en deuda con vosotros —dijo el rey, con los ojos brillantes de emoción—. A partir de este momento, todo unicornio de Mitología es vuestro servidor: bastará con que pidáis lo que se os antoje, que nosotros haremos cuanto esté a nuestro alcance para cumplir vuestros deseos. Entre tanto, voy a poner a cuatro de mis súbditos a vuestra disposición: uno para que lo monte cada uno de vosotros y otro más para que lleve a Loro y vuestras pertenencias.

—Os lo agradezco muchísimo, Majestad —dijo Penélope—. Sois muy generoso, ¿Podría haceros una pequeña petición?

—Habla —respondió el unicornio—. Si es cosa que esté a mi alcance, tu deseo será satisfecho.’

—Entonces, ¿podrías vos y vuestros súbditos uniros a Loro, a mis primos y a mí en nuestros esfuerzos para derrocar a esos groseros y peligrosos basiliscos?

—En general, los unicornios llevamos una vida retirada —dijo el rey—; no nos mezclamos en los asuntos ajenos. Mas, ya que ése es tu deseo, y ya que un basilisco ha tenido la osadía de intentar secuestrar a mi hijo, aquí mismo declaro que todos los unicornios de Mitología, y yo el primero, estaremos a vuestras órdenes hasta que los basiliscos sean vencidos.

—¡Gracias! —dijo Penélope—. ¡*Muchísimas* gracias!

—¡Dulcamaras dendrológicas, eso es! —exclamó Loro—. ¡Juntos será como acabemos con esos basiliscos bufonescos, braquicéfalos y boquituertos!

Así pues, los niños colocaron sus pertenencias y la jaula de Loro sobre el ancho lomo de un unicornio y montaron cada uno en otro.

—Acordaos —dijo el rey—: siempre que nos necesitéis, avisadnos y al instante estaremos ahí. Tenéis ciento cincuenta cuernos afilados a vuestra disposición.

—Gracias, Majestad —dijo Penélope.

—Nos pondremos en comunicación con vosotros tan pronto como hayamos

trazado un plan de campaña con H. H. —dijo Loro—. De momento, sé buen chico y da orden a tu gente de que no diga ni pío de que nos habéis visto, ¿de acuerdo? Ya sabes que en la sorpresa está la mitad de la victoria.

—Ninguno de mis súbditos dirá nada —aseguró el rey.

—Pues en marcha —dijo Loro, subiéndose al hombro de Penélope—. Hay que llegar cuanto antes a las Cuevas de Cristal.

Y así la pequeña cabalgata de unicornios, cargados con los niños y sus pertenencias, se puso en camino en dirección a las montañas boscosas, que ya distaban menos de un kilómetro.

—Buena idea la de solicitar la ayuda de los unicornios —susurró Loro al oído de Penélope—. Has estado muy aguda.

—Es que habría sido una tontería que no se nos unieran —respondió Penélope, también en voz baja—. Al fin y al cabo, si Mitología es su país lo mismo que es el tuyo, ¿por qué no iban a ayudar?

—Cierto, cierto —dijo Loro—. Aun con su ayuda, no va a ser fácil derrotar a los basiliscos. *Muy* seguros de su posición tienen que estar para arriesgarse a ofender a los unicornios secuestrando a Séptimus.

—¿No hay en Mitología otros animales que puedan ayudarnos? —preguntó Pedro, que iba a la derecha de Penélope, en tanto que Simón marchaba a la izquierda.

—Sí los hay, pero no nos servirán de mucho —dijo Loro—. Me refiero a las minovacas, por ejemplo: son animales útiles, pero que no están hechos para esta clase de cosas. Los grifos probablemente se nos unirán... eso sí sería una ayuda. Los dragones *nos habrían* servido de algo, si Tabita no hubiera sido tan necia.

—Pues ¿qué hizo Tabita? —preguntó Simón.

—Cuando lleguemos os lo contaré —dijo Loro—. Es justamente pasados estos árboles.

Atravesaron, serpenteando, una espesura de árboles taponeros. Allá adelante se alzaba una alta mole del color del barro cocido, y en ella se divisaba la entrada, en forma de arco, de una cueva. Al acercarse vieron que toda la hierba de alrededor de la entrada estaba calcinada, y los arbustos ennegrecidos y quemados.

—¡Condenados basiliscos! —explotó Loro, iracundo—. Hasta aquí han venido, intentando acercarse a H. H. ¡Fijaos cómo han quemado la maleza!

—Confío en que no le hayan hecho daño al señor Salsiflán —dijo Penélope, y se estremeció al recordar cómo gruñía el basilisco cuando perseguía a Séptimus.

—No lo creo —dijo Loro—. Las Cuevas de Cristal están especialmente diseñadas, de modo que si estás fuera no puedes entrar y si estás dentro no puedes salir.

Como tantas otras cosas de Mitología, tampoco aquélla se entendía muy bien, y así lo señalaron los niños.

—Veréis —explicó Loro—: cuando las descubrimos, estas cuevas eran unas cuevas como todas, pero H. H. inventó una especie de cristal líquido que se hacía en

forma de espuma y luego se solidificaba. Y tan orgulloso estaba de su invento que llenó las cuevas de él. El resultado es que, una vez dentro, es como si se caminara a través de pompas de jabón gigantes. Al ser un material transparente, se ve en todas direcciones, pero entrar es la mar de difícil, a menos que se sepa el camino. Es como estar en un laberinto transparente. H. H. y yo somos los únicos que de verdad sabemos entrar y salir.

Habían descabalgado ya junto a la boca de la enorme cueva, y los niños observaron que, efectivamente, parecía estar llena de colosales pompas de jabón, transparentes y delicadas y con un tinte irisado, como las de verdad.

—Bueno, muchachos —dijo Loro, dirigiéndose a los unicornios—: vosotros os quedáis aquí, pastando tranquilamente, hasta que os volvamos a necesitar.

Los unicornios asintieron amablemente con la cabeza y se fueron al bosque taponero.

—Seguidme —dijo Loro, luego de rebuscar en el armario y sacar de él una brújula.

Los niños cogieron sus pertenencias y la jaula y le siguieron hacia el interior de las Cuevas de Cristal. A Penélope le pareció que era algo así como ir andando por una nube transparente. Por todos lados se veían túneles que parecían prolongarse sin fin, pero cada vez que doblaban una esquina se encontraban, como en un laberinto, con un muro de reluciente cristal.

—Tercero a la derecha, segundo a la izquierda, quinto a la derecha, cuarto a la izquierda —iba musitando Loro según trotaba, sin apartar su atención de la brújula.

Los corredores de cristal estaban iluminados por una tenue luz verde, y Simón, no pudiendo averiguar de dónde procedía, se lo preguntó a Loro.

—De las luciérnagas —explicó Loro—. H. H. les dio todo el techo, a condición de que iluminaran los corredores. Las estancias principales están iluminadas con setas, naturalmente.

—¿Setas? —preguntó Pedro.

—Sí, setas luminosas... dan muy buena luz —dijo Loro.

Estaban ya en las profundidades de las Cuevas y las pompas de cristal parecían ser cada vez mayores. En seguida, a través de las muchas capas de cristal transparente que se alzaban ante ellos, percibieron un fuerte resplandor blanco.

—Ya casi hemos llegado —musitó Loro—, casi. Seguro que el pobre H. H. se está devanando los sesos, pensando qué habrá sido de mí. Una vez aquí, en seguida resolveremos el problema.

Doblaron una esquina y entraron en una enorme sala de cristal de forma oval, iluminada por racimos de setas blancas y fosforescentes, que colgaban del techo cabeza abajo. La estancia tenía adosadas dos alcobas semicirculares. En la sala principal había una mesa larga, muchas sillas con respaldo alto de madera gris y varios sofás bajos y confortables, cubiertos de cojines de vivos colores. En una de las alcobas semicirculares había una cocina grandísima, en la que borboteaban diversas

ollas y cacerolas, y sobre ellas había colgadas unas cosas que parecían jamones y chorizos, y ristras de otras que parecían cebollas. En la otra alcoba había instalado un laboratorio, con mecheros Bunsen, retortas, tubos de ensayo, morteros e innumerables frascos de hierbas y sales de todos los colores. De espaldas a la entrada, y con un arco y una flecha más grandes que él en las manos, estaba un hombrecillo bajito y gordo vestido con túnicas negras y doradas y con un gorro puntiagudo, también dorado y negro, en la cabeza.

—¡Atrás! —vociferó aquella aparición, agitando el arco y la flecha de manera muy poco profesional—. ¡Atrás! ¡Un paso más y os atravieso el buche, viles y desobedientes basiliscos!

—Vaya, hombre —dijo Loro—. Ya ha vuelto a perder las gafas.

—¡Atrás! ¡Un paso más y dispararé a matar! —dijo H. H., blandiendo el arco.

—¡H. H.! —gritó Loro—. ¡Soy yo, Loro!

Al oír la voz de Loro a sus espaldas, H. H. dio media vuelta y se le cayó el gorro. Con gran sorpresa de los niños (pues, no se sabe por qué, pensaban que todo mago tenía que ser alto y flaco y ceniciento como una garza), resultó que H. H. tenía una cara redonda muy simpática y una larga barba blanca que le llegaba hasta la cintura, y largos cabellos blancos, sobre los cuales asomaba su calva como una seta color de rosa.

—¡Basilisco vil! —gritó H. H., abriendo mucho los ojos y paseándolos en todas direcciones—. ¿Cómo te atreves a fingir que eres Loro? ¿Crees que me vas a engañar con tan impertinente imitación?

—¡Estamos buenos! —dijo Loro—. Me *encantaría* que dejara las gafas donde después pudiera encontrarlas, o, mejor aún, que no se las quitara.

Así diciendo, cruzó volando la sala y se posó en el hombro de H. H.

—H. H., soy yo, de *veras* que soy yo, Loro. He vuelto —dijo al oído del mago.

—¡Loro! ¡Loro! ¿Eres *tú* de verdad? —preguntó H. H. con voz temblorosa, y levantó una mano gorda y temblona para acariciarle las plumas.

—¡Pues claro que sí! —dijo Loro.

—¡Ay, Loro, cuánto me alegro de que hayas vuelto! —dijo H. H.

—Y yo también —dijo Loro.

—Bueno, bueno —dijo al fin H. H., sonándose vigorosamente y dirigiéndose a una silla—. ¿Dónde has estado, Loro? Te he estado buscando por todas partes. Estaba convencido de que esos abominables basiliscos te habían achicharrado.

—Fueron los sapos —dijo Loro—; los sapos, que nos asaltaron por la noche, nos convirtieron a Dulcimila y a mí en un vulgar paquete de papel de estraza y nos echaron al río.



—¡Qué impertinencia, qué impertinencia! —dijo H. H., y empezó a pasearse de un lado a otro, poniéndose cada vez más rojo de ira. Tan agitado estaba que se tropezó con el muro de cristal y se cayó. Pedro y Simón le ayudaron a levantarse.

—Gracias, gracias, cuánta amabilidad —murmuró H. H.—. ¿Y qué pasó después, Loro?

—Pues que fuimos a parar a una playa del mundo exterior y estos amables niños nos encontraron —prosiguió Loro.

—¿Qué niños? —preguntó H. H., mirando en derredor.

—Los que tienes al lado —dijo Loro, pacientemente.

—¡Válgame! ¿Son niños? —preguntó H. H.—. Si yo creí que eran sillas. ¿Cómo estáis, niños?

Y amigablemente saludó con la mano a unas sillas cercanas.

—Tengo que encontrarte las gafas cuanto antes —observó Loro—. En fin, el caso es que, de no ser por el coraje y la buena voluntad de estos niños, no me tendrías aquí.

—Entonces estoy muy endeudado con vosotros —dijo H. H., intentando estrecharle la mano a una silla—. Profundamente, profundamente endeudado.

—Bueno, lo primero de todo, voy a buscarte las gafas —dijo Loro—. ¿Dónde las has dejado? ¿Dónde las tuviste puestas por última vez?

—No estoy completamente seguro —dijo H. H. con gesto desvalido—. Primero fue este asunto de los basiliscos, y perdí el primer par. Luego se me vino encima Tabita, debo decir que en un estado de histeria absoluta y perdí el segundo par: y no me acuerdo de dónde puse el par de repuesto que uso cuando pierdo los otros dos pares.

—Bueno, pues estate ahí quieto hasta que yo vuelva —dijo Loro—, no sea que te hagas daño.

Y, alzando el vuelo, se puso a buscar por diversos lugares.

—¿Quiere usted sentarse, señor Salsiflán? —le preguntó Penélope, poniéndole una mano sobre el brazo—. Justamente aquí detrás tiene usted un sofá.

—Ah, eh..., sí, gracias —dijo H. H.—. Pero, por favor, vamos a tutearnos: llámame H. H., que es como me llama todo el mundo.

—Gracias —dijo Penélope, mientras le ayudaba a tomar asiento en el sofá.

—¿Tú eres una niña? —quiso saber H. H., volviendo la vista hacia ella.

—Sí —dijo Penélope, sonriendo—. Me llamo Penélope y éstos son mis primos Pedro y Simón.

—¿Qué tal, qué tal? —dijo H. H., inclinando la cabeza en la dirección aproximada de Pedro y Simón—. Estaba pensando que, si eres una niña, tal vez podrías ir a tranquilizar a Tabita. Así, como de mujer a mujer, ¿me comprendes?

—No tengo ninguna experiencia en tranquilizar dragones —dijo Penélope, alarmada—. A lo mejor no se me da muy bien.

—¡Seguro que sí! —dijo H. H., dirigiéndole una sonrisa beatífica—. Tienes una voz *muy* dulce. Es muy generoso tu ofrecimiento. Te llevaré junto a Tabita en cuanto aparezcan mis gafas.

En ese momento volvía Loro planeando, con unas gafas en el pico.

—Aquí tienes —dijo, dándoselas a H. H.—. Estaban en el tarro de la mermelada de panahoria. ¿Qué hacían allí?

—¡Ah, sí! —dijo H. H. complacido, mientras se las ponía—. Recuerdo que las dejé allí porque era el sitio más raro donde se podían dejar unas gafas, y por eso mismo estaba seguro de acordarme después de dónde las había puesto.

Loro exhaló un suspiro, con el sufrido gesto de quien ya ha tenido que soportar otras veces la misma situación.

—¡Vaya, vaya, qué niños tan *majos*! —dijo H. H., sonriéndoles como un Papá Noel pequeño y gordo—. ¡Los niños tan apuestos y la niña tan guapa! ¡Mira, mira, y cada uno de un color, que es tan útil para distinguirlos... tan práctico para cuando se pierdan las gafas! Vamos a ver, que yo me lo aprenda: Penélope tiene el pelo rojizo; Pedro es el de los rizos negros, sí; y Simón tiene que ser el rubio. Sí, sí, seguro que en una semana o dos me lo aprenderé.

—Ahora no te preocupes por eso —dijo Loro—. Dinos qué ha pasado aquí.

—Pues verás —dijo H. H., riendo entre dientes—. Los basiliscos parecían estar un poquito apurados. Dieron con el hechizo correcto para los huevos, por supuesto, lo cual es alarmante, pero ahora que tienen el Libro de los Hechizos se están volviendo ambiciosos. Pero ya sabes lo torpes que han sido siempre. En fin, que se armaron un lío con todos los hechizos, y cuando quisieron darse cuenta de lo que estaban haciendo habían convertido ya a dos centinelas en un manojo de panahorias y un arbolito taponero herido por un rayo.

—¡Ja, ja, ja! —rió Loro, golpeándose una cadera con un ala—. ¡Eso es muy bueno! ¿Y qué más?

—Pues que vinieron con la pretensión de obligarme a salir y que les hiciera yo los hechizos —dijo H. H., indignado—. Así que yo me replegué aquí dentro y les dio miedo seguirme.

—La cuestión es: ¿qué vamos a hacer? —dijo Loro.

—Pues sin el Herbario y el Libro de los Hechizos yo no puedo hacer nada, ya lo sabes —dijo H. H.—. Pero tienen los tres Libros del Gobierno en lo hondo de las mazmorras del Castillo de los Basiliscos, según dicen, y parece ser que están bien custodiados. No sé cómo los vamos a sacar, y sin ellos no hay nada que hacer.

—¿Y tú no te acuerdas de *ningún* hechizo? —preguntó Loro.

—No —dijo H. H., consternado—. Cuando se llega a mi edad, la memoria va fallando. Lo que más me fastidia es que recuerdo claramente que en el gran Libro de los Hechizos hay uno especial contra los basiliscos, pero no sé cómo es.

—Bueno —dijo Loro—, a lo mejor te viene de pronto a la memoria.

—No —dijo H. H., afligidísimo—: he hecho todo lo posible por acordarme, pero no hay manera, no puedo.

—Bueno, no te disgustes —dijo Loro, queriendo animarle—; ya pensaremos algo. Y ahora, ¿por qué no nos haces en un momento una de tus espléndidas comidas de panahoria?

—Ah, sí, excelente idea —dijo H. H.—. Pero primero voy a llevar a Petra a que tranquilice a Tabita... le agrada disfrutar de un poco de compañía femenina.

—Querrás decir a Penélope —dijo Loro.

—Es la del pelo rubio, ¿no? —preguntó H. H.

—No, es la pelirroja —dijo Loro.

—Ah, sí, sí, claro —dijo H. H.—. Pues vamos, Penélope querida.

—Ve —dijo Loro—. Tabita es inofensiva.

Penélope siguió a H. H. por el laberinto de cristal. A pesar de los ánimos de Loro, iba muy intranquila.

—La he puesto en el ala oriental —jadeó H. H.—. Primero, porque esa zona es incombustible, y segundo, porque está insonorizada.

Según se aproximaban al ala oriental, Penélope comprendió la conveniencia de la insonorización: era increíble la cantidad de ruido que podía hacer una dragona inconsolable.

—¡Buáaa! ¡Buáaa! ¡Buáaa! —se oía rugir a una voz—. ¡Buáaaaaa! ¡Ay, aay, dragona estúpida, tonta de remate! ¡Buáaa! ¡Aaay, descuidada, idiota de mí! ¡Buáaa!

H. H. hizo pasar a Penélope a una habitación que estaba amueblada como un dormitorio. Allí, tendida sobre una enorme cama con dosel y llorando a moco tendido, estaba la dragona. Era mucho más pequeña de como la había imaginado Penélope: tenía el tamaño de un pony aproximadamente. Su cuerpo era de un color rosa fuerte, casi como el del lacre, y estaba decorado a lo largo del cuello y del lomo

con un festón de escamas doradas y verdes. Sus enormes ojos azules estaban anegados en lágrimas.

—¡Vamos, vamos, Tabita! —dijo H. H.—. Mira, te traigo una visita: una niña llamada Penélope.

—¿Cómo está usted? —dijo Penélope.

—¡Fatal, fatal, cómo voy a estar! ¡Buáaaaa! —rugió la dragona, mientras las lágrimas que cubrían sus mejillas se iban evaporando al calor de las llamas que echaba por la nariz—. ¡Cómo puedo estar, sabiendo que soy la dragona más inútil de la historia! ¡Buáaaaa!

—Tal vez —sugirió Penélope dulcemente— sirva de algo que me cuente sus problemas. Para eso hemos venido mis primos y yo, para echar una mano.

—Eres muy amable —dijo Tabita, atragantándose—, pero yo estoy sola y abandonada, y nadie puede ayudarme, y toda la culpa es mía..., buáaa... ¡y no se... buáaa... puede... buáaa... hacer... buáaa... nada... buáaa, buáaa!

—De todos modos, es mejor que me lo cuente, por si acaso —insistió Penélope con firmeza—. Llorando es como no se consigue nada.

Tabita sacó un pañuelo de gran tamaño de debajo de la almohada, y se sonó tan violentamente con él que al instante se puso a arder. Penélope y H. H. tuvieron que pisarlo para apagar las llamas, y H. H. se enfadó mucho.

—¡Le tengo dicho una y mil veces que use pañuelos ininflamables! —dijo—. No te puedes figurar lo descuidados que son estos animales lanzallamas.

—¡Di que sí, buáaa, tú métete conmigo ahora que estoy destrozada..., buáaa..., que soy el último de los dragones! —sollozó Tabita—. ¡Atácame, buáaa..., ahora que estoy débil e indefensa y que soy el último representante de mi raza!

—¡Está visto que nunca acierto! —dijo H. H.—. Bueno, la dejo contigo. Si quieres algo, toca el timbre: en caso de emergencia, cinco timbrazos.

Dicho esto se largó, y Penélope, que todavía no las tenía todas consigo, se sentó en la cama al lado de Tabita.

—Oye, Tabita —dijo amablemente, pero con firmeza—: con tanto llorar no haces más que destrozarte, y no resuelves tus problemas. Mira, si te dominas y me cuentas qué sucede, estoy segura de que podremos ayudarte.

—Bueno —dijo Tabita, y cambió los sollozos por una respiración honda y entrecortada, que hacía que por la nariz le salieran llamitas como petalitos de rosa—. Pues verás, es que de tanto en tanto todos los dragones desaparecen: todos menos uno, que es el Guardián o Guardiana de los Huevos, o sea, de los huevos que pone cada dragón antes de desaparecer. Yo fui nombrada Guardiana de los Huevos, y estaba muy orgullosa, porque es una gran responsabilidad la que sientes al ver que tienes todo el futuro de los dragones bajo tu cuidado, en una cesta.

—Tiene que ser una gran responsabilidad —asintió Penélope seriamente.

—Conque venía yo para acá con los huevos (porque siempre se incuban en las Cuevas de Cristal), cuando me encontré con los basiliscos, con quienes normalmente

no hablo *nunca*, por lo *groseros* e insolentes que son. Pero ellos me dijeron que había habido un cambio de plan, y que iban a llevarse los huevos al Castillo de los Basiliscos para incubarlos allí, y yo, que soy tonta de remate, se los di; y entonces..., buáaa..., salieron corriendo con ellos, diciendo que no iban a incubarlos, y que..., buáa, buáa, buáaa..., ¡*que ya no iba a haber más dragones!* ¡BUAAA, UUUUUU!

—¡Qué canallas! —dijo Penélope furiosa, mientras Tabita empezaba otra vez a sollozar violentamente—. No tengas miedo, mis primos y yo pensamos ir al Castillo de los Basiliscos, y recuperaremos los grandes Libros del Gobierno y tus huevos.

—¿De veras? ¿Vais a ir? —preguntó Tabita—. ¿Y cómo lo vais a hacer?

—Pues... —empezó Penélope, pero se interrumpió. Por el rabillo del ojo había visto moverse algo en la sombra del gran armario que había en el rincón.

—Oye, ¿hay alguien más con vosotros, aquí en las Cuevas de Cristal? —preguntó.

—¿Alguien más? —repitió la dragona, desconcertada—. No, estamos solos H. H. y yo. ¿Por qué lo preguntas?

Penélope no dijo nada, pero se fue al timbre y lo pulsó cinco veces. Al cabo de unos segundos se oyeron pasos apresurados y las puertas se abrieron de par en par, y Pedro, Simón y H. H. se precipitaron en la habitación, con Loro en la retaguardia.

—¿Qué sucede? —gritó H. H.

—¿Qué pasa? —preguntaron los dos niños.

—Cerrad las puertas —dijo Penélope.

Las cerraron, y todos se la quedaron mirando.

—Bueno, ¿qué? —dijo Simón.

—Que hay un espía entre nosotros —dijo Penélope muy tranquila—. Y está escondido al lado del armario.



Capítulo 4

Espías y planes

¿Un espía dices, Pempi? —preguntó Pedro, incrédulo—. ¿Estás segura?

—¿Qué clase de espía? —preguntó Simón.

—No lo sé, acabo de verle moverse. Está ahí, por donde el armario —dijo Penélope, apuntando con el dedo.

Los dos niños se acercaron a las sombras que había junto al armario.

—Tienes toda la razón —dijo Pedro, y, agachándose, echó mano a algo.

—¡Zuélteme! —se oyó decir a una voz ronca—. ¡Zuélteme, que me hace daño!

Pedro volvió junto a los demás, llevando cogido por una pata a un gordo sapo verde lleno de verrugas, vestido de chaqué, con una peluca rubia en la cabeza y una chistera gris en la mano. Pedro le dejó en el suelo, y el animal se quedó allí acurrucado, tragando saliva y mirándoles, nervioso, con sus abultados ojos amarillos.

—¿Lo veis? —dijo Penélope, triunfante—. *Os dije* que había un espía.

—Yo *no zoy* un espía —dijo el sapo, ceceando con su voz ronca.

—Pues si no eres un espía, ¿qué eres? —le preguntó Simón, con gran severidad.

—Zoy..., zoy..., zoy un comerciante de piel de Vladivostok —dijo el sapo, a quien evidentemente se le acababa de ocurrir aquella solución—, con mujer y zeiz niños que mantener.

—¡Eso no se lo cree nadie! —dijo indignado Pedro.

—¿No *parezco* un comerciante de piel de Vladivostok, que tiene que trabajar muy duramente para ganarse la vida? —preguntó el sapo, con voz lastimera.

—Ni por asomo —dijo Simón.

El sapo reflexionó un momento, y luego, con expresión más animada, preguntó:

—¿Y un comerciante de diamantes que acaba de llegar de Zululandia?

—Tampoco —dijo Pedro.

—¿Y un famoso neurocirujano de Katmandú? —preguntó de nuevo el sapo, esperanzado.

—No —dijo Simón.

—Eztá bien, lez diré la verdaz —dijo el sapo muy serio—. Zoy un acaudalado granjero de Ontario; eztoy de vacaciones, y he venido a vizitar a una zobrina.

—No me lo creo —dijo Penélope—. Eres un espía.

—No zoy un ezpía, lez juro que no —protestó el sapo—. Palabra de honor que no, zeñorita; ze lo eztoy diciendo. Zoy un comerciante de cerealez, riquízimo, que viaja de incógnito por un azunto de negocioz o algo azí.

—No eres más que un sapo haciendo espionaje —dijo Pedro.

—Exactamente, y además un sapo miserable y horroroso, con esa peluca y ese chaqué y esa chistera ridícula —dijo Simón.

—No tiene uztez ningún motivo para insultarme de eza manera —dijo el sapo, dándose por ofendido—. Ez un zombbrero la mar de elegante, ezte que llevo... uno de miz mejorez dizfracez, quiero decir, de miz mejorez zombbreroz.

—Eres un espía —dijo Pedro—. Y ya sabrás lo que se hace con los espías.

—No lo zoy, lo juro, lo juro —dijo el sapo febrilmente—. No me pueden hacer nada, porque *no* zoy un ezpía.

—A los espías se les fusila —dijo Simón.

—O se les tortura —dijo Pedro.

—O las dos cosas —dijo Loro siniestramente.

—¡Un momento! ¡Por favor! No hay por qué hablar azí —dijo el sapo, desesperado—. Un momento, vamoz a aclarar ezto. No quería decírzelo, pero me han obligado.

—¡Venga! —dijo Simón.

—Zoy un banquero y comerciante dezmezuradamente rico de origen lituano, con mujer y doz hijoz y una madre anciana que mantener —confesó el sapo, echándose el sombrero sobre los ojos y metiendo los pulgares en las sisas del chaleco.

—No me creo ni una palabra —dijo Penélope.

—Ni yo tampoco —dijo Loro—. ¡Vaya un banquero y comerciante! Un sapo como tú no sabe ni cuántas son dos y dos.

—Ez que ezo no hace falta para zer banquero —le aseguró el sapo—. En zerio, no hay que zaber de númeroz ni nada. Todo conzizte en guardarle el dinero a la gente, y decirle que no ze lo puez dar cuando te lo pide.

—¡Necedades! —dijo Loro con desdén—. Necedades insulsas e inadmisibles. Venga, decide: ¿nos dices la verdad, o le decimos a Tabita que te caliente con un par de llamas, eh, Tabita?

—Sería un placer —dijo Tabita, soltando por la nariz veinticuatro anillos de humo y dos largas llamaradas.

—¡Ah, no, *por favor*, ezto no ez juzto! —dijo el sapo, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas—. No pueden uztedez torturar a un pobre animal, y ademáz ze me podría quemar la ropa, y todavía no he acabado de pagarla.

—Eso es cosa tuya —dijo Loto—. Dinos la verdad y no te haremos ningún daño.

—¿Zeguro? —dijo el sapo, con ciertas esperanzas—. ¿Palabra de honor de caballero?

—Sí —respondió Loro.

—Eztá bien —dijo el sapo, respirando hondo—. Zoy un...

—¡La verdad! —le advirtió Loro—. ¡Es tu última oportunidad!

—¡Bueno, vale, *vale!* —dijo el sapo—. Me llamo Gundemaro, y zoy un zapo zin domicilio fijo.

—¿Y eres un espía? —preguntó Pedro.

—Zí. Bueno, máz ezactamente, medio ezpía —dijo Gundemaro—. En realidaz, toda la culpa la tienen loz bazilizcoz. Yo era demaziado pequeño para incubarlez loz huevoz: cada vez que me zentaba encima de un huevo me caía, y me hacía daño. Conque fui al bazilizco jefe y le dije, digo: «¿Por qué no me ponen a hacer lo mío?».

—¿Te refieres a espiar? —dijo Simón, incrédulo—. Pero si eres un espía malísimo.

—No tiene uztez ningún motivo para inzultarme de eza manera —dijo Gundemaro, enfurruñado—. Habría llegado a zer un ezpía ezelente, pero no pude acabar el curso.

—¿Un curso? ¿Qué curso? —preguntó Pedro.

—Un curso de ezpionaje por correzpondencia que eztaba haciendo —explicó Gundemaro—. Zolamente había llegado a la parte de dizfracez y acentoz eztranjeroz, cuando loz bazilizcoz me dijeron: «¡Hale, date una vuelta por laz Cuevaz de Criztal a ver qué ezta tramando H. H.!» y me dezpacharon con tantaz prizaz que ze me olvidó la tinta invizible.

Penélope empezó a sentir mucha lástima por el sapo.

—Pues mira —dijo Loro—, ha sido una suerte que te pescáramos, porque nos vas a dar alguna información útil.

—No —dijo Gundemaro, sacudiendo la cabeza—. No, no puedo decir nada. Miz labioz eztán celladoz.

Tabita exhaló dos lenguas de fuego.

—Bueno, zí —se apresuró a decir Gundemaro—, quizá podría decir alguna cozilla, *lo menoz importante*.

—¿Dónde tienen los Grandes Libros del Gobierno? —preguntó H. H.—. ¿Están a salvo?

—¡Ya lo creo! —dijo Gundemaro—. Loz tienen en laz mazmorraz, muy vigiladoz. Y ze eztán haciendo un lío horrorozo con loz hechizoz. ¡Ez para morirze de riza! ¡La rabieta que le dio al bazilizco jefe cuando convirtieron a loz doz centinelaz en un árbol y un manojo de panahoraz! Loz zapoz noz dezternillábamo, de verdaz.

—¿Y los huevos de dragón? —preguntó Loro.

—Eztán perfectamente —dijo Gundemaro.

—¿Están a salvo? ¿En el castillo? ¿Mis preciosos huevos? —chilló Tabita, y se desmayó.

¿Qué le paza? —preguntó Gundemaro—. Claro que eztán a zalvo. Eztán todoz guardaditoz en la cámara de tortura, muy bien pueztoz.

Todos le dieron de cachetes en las patas a Tabita hasta que volvió en sí, porque, como muy sabiamente señaló H. H., «el remedio normal de quemar una pluma debajo de la nariz no servía de nada en casos como aquél».

—Bueno —dijo Loro, dirigiéndose a Gundemaro—: ¿y cuál es la mejor manera de entrar en el Castillo?

—Sólo hay *una* manera de entrar —dijo H. H.—: por el portón grande, pasado el puente levadizo.

—¡Ja! ¡Qué gran error! —dijo Gundemaro, con aire triunfal—. ¿Ze creen uztedez muy liztoz, eh? ¡Puez en ezo eztán muy equivocadoz!

—Pues, ¿qué otra forma hay de entrar? —preguntó H. H.

—Ah, ezo no ze lo voy a decir —dijo Gundemaro astutamente—. No conzeguirán que ze lo diga, ni hablar, ni hablar. Yo no zoy un camizero.

—Chaquetero, será —dijo Pedro.

—Ni chaquetero tampoco —dijo Gundemaro.

—Yo no te creo —dijo Penélope—. Desde que te cogimos no has hecho más que decir mentiras, y ésa es otra más, como lo de que eras un neurocirujano. Nos has mentido descaradamente sobre quién eras y qué hacías, y ahora vuelves a mentir con eso de que hay otra entrada al Castillo de los Basiliscos.

—No miento, zeñorita, ze lo azeguro —dijo Gundemaro—. Podré haber dicho alguna mentirilla zobre quién era, pero ezto de ahora ez verdaz, en zerio, ze puede entrar por loz dezagüez.

—¡Bravo, Pempi! —exclamó Pedro.

—Muy sagaz por tu parte —dijo Loro.

—Brillantísimo —dijo H. H.

¡Eh, un momento! —protestó Gundemaro, al darse cuenta de lo que había hecho—. ¡No vale, ezo no ez jugar limpio!

—Es tan limpio como que tú vinieras a espiarnos —dijo Penélope.

—No, porque éza ez mi *profesión*, ezipía de primera —dijo Gundemaro—. Pero uztedez no tenían por qué hacerme revelar un zecreto.

—Bueno, pues lo siento; me pareció necesario —dijo Penélope—. Y a nadie le ha de extrañar, porque eres un mal espía.

—¡Eh, ezo no ez juzto, zi zólo he hecho la mitaz del curzo! —dijo Gundemaro, muy dolido—. Zoy muy bueno, de verdaz. Zé hacer de pezcadero húngaro viudo y con trez hijaz, y me zale bordado. Por lo menoz, ezo dice mi mamá. ¿Quieren que lo haga? O puedo hacer de conde polaco venido a menoz que ha tenido que vender el caztillo, o de cualquier coza que me pidan.



—Otro rato —dijo Loro—. Lo que ahora queremos saber es cómo se entra en los desagües.

—¡Pero no pretenderán que lez revele *todoz* loz zecretoz! —exclamó Gundemaro. Entonces intervino Penélope, guiñándole un ojo a Loro.

—Me parece —dijo— que Gundemaro no se da cuenta de que le estamos ofreciendo un trabajo muy importante.

—¿A quién, a mí? —dijo Gundemaro, desconcertado—. ¿Qué trabajo?

—Un puesto de contra-espía de primera —dijo solemnemente Penélope.

—¡Uy! ¿Yo? —dijo Gundemaro, y casi se le salieron los ojos de la emoción—. ¿Y ezo qué ez?

—Es la clase de espionaje más importante que se puede hacer —dijo Pedro.

—Sí —asintió Simón—. Es un trabajo importantísimo

—¡Caray! —dijo Gundemaro, muy impresionado—. ¿Y cómo ze hace?

—Pues tú sigues fingiendo que nos espías *a nosotros* para los basiliscos —explicó Penélope—, pero *en realidad* te dedicas a espiar a *los basiliscos* para *nosotros*. Por eso te llamarás «contra-espía de primera X».

—¿Yo? —dijo Gundemaro—. ¿Y por qué «contra-espía de primera X»? ¿Por qué no puedo uzar mi nombre?

—Porque los contra-espías de primera no lo usan nunca —dijo Pedro—. Son demasiado importantes para usar nombres vulgares.

Gundemaro se paró a pensarlo un poco, y luego preguntó:

—¿Y tendré que disfrazarme? Porque la verdad ez que loz disfrazez zon una de laz cozaz que mejor ze me dan, y no me guztaría tener que dejarloz.

—Claro que tendrás que disfrazarte —dijo Penélope—, y durante la mayor parte del tiempo llevarás el disfraz más endiabladamente astuto de todos.

—¿Cuál? —preguntó Gundemaro, mirándola con unos ojos que se le saltaban de avidez.

—Irás disfrazado de ti mismo —dijo Penélope—: de sapo.

—Un momento, un momento; loz bazilizcoz zaben que zoy un zapo —protestó Gundemaro.

—Pues ahí está la astucia endiablada —dijo Simón—: porque, por debajo del disfraz de sapo, serás en realidad el contra-espía de primera X.

—¡Repámpanoz! —dijo Gundemaro, mostrando por su expresión que por fin empezaba a entender—. ¡Repámpanoz, qué idea más inteligente! ¡Caramba, ez el espionaje más espionajíztico que he oído en mi vida!

Los niños suspiraron aliviados, y Loro intercambió una mirada con H. H.

—Entonces, ¿aceptas esta importantísima misión? —pregunto Penelope.

—¡Zí, zeñorita, por favor! —dijo Gundemaro, con un brillo en los ojos—. Y zi me lo permite, zeñorita, le diré que zerá un placer para mí eztar al zervicio de una zeñorita tan guapa, y de una inteligencia que no ez inferior a la mía.

—Muchas gracias —dijo Penélope, conteniendo la risa—. Y ahora, si H. H. tiene la amabilidad de damos algo de comer, podemos planear la campaña.

Conque volvieron todos juntos a la amplia sala de estar, y Penélope ayudó a H. H. a servir un delicioso almuerzo compuesto de sopa de verduras, cordero asado con guisantes y patatas asadas rellenas de crema y mantequilla, y, de postre, fresas frescas envueltas en nata y merengue y rodeadas de helado.

—¡Puf, vaya comilona! —dijo Pedro, que había tomado doble ración de fresas.

—Nada extraordinario: uno de esos modestos banquetes que a H. H. le gusta

improvisar —dijo Loro—. Es muy buen cocinero, eso es cierto. Claro que hay que reconocer que las panahorias ayudan mucho... ¡Son tan versátiles!

—Sí, no hacéis otra cosa que hablar de las «panahorias» —dijo Penélope—, y cuando nos conocimos estabais cantando no sé qué acerca de ellas. ¿Qué son?

—Son uno de los mejores inventos de H. H. —dijo Loro—. La panahoria es una especie de zanahoria, a rayas rojas y blancas. Recogemos una cosecha al año, que es cuando celebramos la ceremonia de la recolección de la panahoria. Luego se cuelgan para que se sequen.

—Ya secas, son así —dijo H. H., y depositó sobre la mesa una hortaliza larga en forma de zanahoria, dura como una calabaza—. Y según se van secando, van apareciendo las instrucciones. Mirad.

En uno de los costados de la panahoria, y escrito en bonita letra gótica con muchos rizos y ringorrangos. Los niños leyeron lo siguiente: *Pata de cerdo asada: Vaciar el contenido en una marmita y tener en horno de dos troncos durante dos horas, remojando frecuentemente con su jugo.* Rompiendo la panahoria, H. H. les mostró el contenido, que era un polvo parduzco.

—¿Esto quiere decir que todo lo que nos acabamos de comer ha salido de ahí? —preguntó Simón, con gesto de incredulidad.

—Sí —dijo H. H., modestamente.

—Y no es como las cosas enlatadas, o los preparados de paquete —dijo Loro—, porque esto viene directamente de la tierra, o sea, que no ha perdido nada de sustancia.

—¡Es increíble! —dijo Pedro.

—H. H. las inventó en 1596 —dijo Loro—. Siempre se adelantó a su época, por lo que a inventos se refiere.

—Yo creo que eres el mago más maravilloso de todos los tiempos —dijo Penélope—. ¡Inventas unas cosas tan *prácticas*!

—Bueno, bueno, te agradezco que seas tan amable —dijo H. H., sonrojándose un poco—, pero casi todo el mérito es de los Grandes Libros. Sin ellos es muy poco lo que puedo hacer.

—Sí, por eso es esencial que los recuperemos —dijo Loro—. Vamos a trazar el plan de campaña. En primer lugar, ¿dónde está el plano del Castillo de los Basiliscos?

—Aquí lo tengo —dijo H. H., sacando un rollo de pergamino de debajo de su túnica. Lo extendieron sobre la mesa y todos se pusieron a estudiarlo atentamente.

—Vamos a ver, Gundemaro —dijo Loro—: ¿dónde está ese desagüe que decías?

Con la peluca ligeramente caída sobre un ojo y el sombrero en la coronilla, Gundemaro estudió el plano con gran concentración.

—Bueno —dijo al fin— puez aquí eztá el puente levadizo, y aquí laz habitacionez del bazilizco jefe, y *aquí* los barraconez donde ze meten loz demáz. Y luego, por aquí abajo, eztá la mazmorra principal, que ez donde tienen loz Grandez Libro; y aquí la cámara de tortura, donde tienen loz huevoz.

—¡Mis lindos huevos! —gimió Tabita.

—Oye, haz el favor de no desmayarte otra vez —dijo Loro agriamente—. No tenemos tiempo que perder en prestarte primeros auxilios.

—En ezta parte —prosiguió Gudemamaro, clavando un dedo gordo en el plano— eztán laz doz mazmorraz máz pequeñaz, que no ze utilizan nunca, máz que para guardar cozaz. Un día me mandaron allí por una zilla, y fue entonces cuando encontré una ezpecie de dezagüe, ¿entienden? Conque me metí en el dezagüe, por curiozidaz, y rezultó que pazaba por debajo del fozo, y acababa en eztoz campoz de por aquí. Conque me dije: «Gudemamaro», dije, «fíjate bien, que ezto puede zer útil alguna vez»...; y azí ha zido.

Y Gudemamaro sonrió, rebosante de satisfacción.

—Fuiste muy inteligente —dijo Penélope, con gesto de admiración.

Gudemamaro se puso colorado como un tomate.

—Muy bien —dijo Simón, mirando el mapa con el ceño fruncido—; pero, si entramos por *aquí*, todavía nos quedará habérnoslas con los centinelas para rescatar los Libros.

—Los Libros no se pueden rescatar —dijo sombríamente Loro—. No por ese procedimiento, al menos. Cada uno de ellos pesa unos ciento cincuenta kilos, y mide dos metros de alto por uno de ancho.

—¡Atiza! ¿Y cómo no nos lo habéis dicho antes? —dijo Pedro.

—Pero, querido Loro —dijo H. H.—, no hace falta que *rescaten* los Libros: basta con que saquen la receta para dominar a los basiliscos, esa receta que yo he olvidado tan tontamente, y con eso ya podremos expulsarlos del Castillo y sacar después los Libros

—Claro, tiene razón H. H. —dijo Simón muy excitado—. Con que podamos entrar y conseguir el hechizo, ya está.

—Ahora lo único que tenemos que pensar es cómo asustar a los centinelas —dijo Pedro—. ¿Cómo se asusta a los basiliscos?

—¿Bromea uztez, caballero? —preguntó Gudemamaro, con cara de no dar crédito a lo que oía—. Ezoz no ze azuztan de nada; *no tienen por qué azuztarze*, zi zon capacez de lanzar llamaz de doz metroz y medio.

—Tiene razón —dijo Loro—. Los basiliscos siempre han sido arrogantes y ambiciosos.

Hubo un largo silencio, sólo roto por Dulcimila, que tarareaba en voz baja mientras hacía la cama de Loro.

—¡Bueno! —dijo por fin Penélope—. Ya que no se dejan asustar, ¿no podríamos apartarles de su puesto, engañándoles de alguna manera?

—De ningún modo —dijo H. H.—. Los basiliscos tienen una disciplina verdaderamente militar, lo cual quiere decir que ninguno de los centinelas piensa por su cuenta; se limita a obedecer las órdenes. Y, si se les ha dicho que custodien un lugar, lo custodian pase lo que pase.

Hubo otro silencio.

—¡Ya eztá! —exclamó de pronto Gundemaro—. ¡Hay una coza que puede diztraerlez!

—¿Cuál? —preguntaron todos ávidamente.

—Verán —empezó Gundemaro—. El bazilizco jefe ha dicho a todo el mundo que ez zu deber capturar a H. H., y que al que ayude a capturar a H. H. le azenderán. Zi vieran a H. H, y creyeran que podían capturarle, ezo lez podría animar a abandonar zuz pueztoz.

—Excelente idea, si H. H. tuviera doscientos años menos —dijo Loro secamente —; pero a su edad no esperarás que ande arrastrándose por las alcantarillas y correteando delante de los basiliscos.

—Lamento tener que decirlo, pero he de reconocer que Loro tiene razón —dijo H. H., muy tristemente.

—¿Y un H. H. simulado? —preguntó Simón.

Hubo otro silencio, en el cual todos se miraron unos a otros.

—¿Quieres decir una especie de doble? —preguntó Penélope.

—Eso es —dijo Simón—. O sea, alguien vestido como si fuera H. H. Podría ser uno de nosotros.

—No, no —dijo H. H.—. Me parece que ya lo tengo. La última vez que encargué unas túnicas nuevas, me hicieron una especie de muñeco para hacer las pruebas con él.

—¡Un maniquí! —dijo Penélope, entusiasmada.

—¡Eso! —asintió H. H., presa de gran excitación—. Bueno, pues tenemos eso, que es del tamaño y de la forma convenientes, y se le podría vestir con un gorro de repuesto y algo de ropa que tengo por ahí.

—¡Le hacemos una cara de gelatina de minovaca! —exclamó Simón.

—¡La pintamos para que parezca H. H.! —chilló Pedro.

—¡Y todoz loz centinelaz zaldrán corriendo detrás de él! —chilló Gundemaro, y emprendió un bailoteo tan alocado alrededor de la mesa, que con los brincos que daba se le cayó el sombrero.

—¡Un momento, un momento! —dijo Loro—. Todo eso está muy bien, pero ¿cómo lo movemos?

—¡Facilízimo! —dijo Gundemaro, tan rebotante de excitación que parecía que de un momento a otro se le fueran a reventar todas las costuras del chaqué—. ¡Con ruedaz!

—¿Ruedas? —repitieron todos boquiabiertos.

—¡Zí! —dijo Gundemaro—. ¿Donde ezta el plano?

Examinó el plano un instante, y luego se arrellanó en el asiento, con la cara iluminada por una gran sonrisa de satisfacción.

—Ya eztá —dijo.

—¿Qué? —preguntaron todos.

—Obzerven —dijo Gundemaro, inclinándose sobre el plano y señalando con el dedo gordo—. Aquí eztán laz doz mazmorraz que ze uzan como almacén, ¿ven?, y por ézta ez por donde entramoz.

—Sí —dijo Loro—. Continúa.

—Puez aquí tenemoz la mazmorra donde eztán loz Libroz —dijo Gundemaro—, y frente por frente hay un pazadizo largo que baja hazta el fozo.

—¡Claro! —exclamó H. H., dándose una palmada en la frente—. Ahí es a donde se va para comprobar el nivel del agua en el foso. ¡Tonto de mí, cómo se me habría olvidado!

—Al fondo de ezte pazadizo —prosiguió el sapo— eztá el fozo, ¿ven?

—No entiendo —dijo Pedro.

—Puez ez que entramoz por ezta mazmorra de aquí, ¿no? —explicó Gundemaro—, y entoncez yo zalgo y entretengo a loz centinelaz.

—Haces una maniobra de diversión —dijo Loro.

—¡No! —dijo Gundemaro—, bueno eztá lo bueno. Yo no pienzo hacer nada peligrozo. No, yo me limito a entretenerlez, y mientraz loz tengo entretenidoz uztedez zalen y ponen el doble de H. H. en lo alto del pazadizo, y le dan un empujón. Entoncez, zi zale rodando por el pazadizo abajo, yo digo: «¡Anda, chico! ¡Mira!», digo, «¿no ez éze H. H.?», y entoncez todoz echarán a correr detrás de él.

—¡Qué idea tan estupenda! —dijo Simón, entusiasmado.

—¡Sí! —dijo Pedro, mirando a Gundemaro con respeto—. La verdad es que este Gundemaro nos está resultando un contra-espía de primera.

—De todos modos, tenemos todavía mucho trabajo por delante —dijo Loro, preocupado.

—Mirad, vamos a repartirnos la tarea —dijo Simón—. Gundemaro, H. H. y yo estudiamos el plano y medimos las distancias y todo eso, para llevarlo todo bien preparado. Pedro, Penélope y tú, Loro, hacéis el doble con la ayuda de Tabita y Dulcimila. ¿Qué hora os parece mejor para el ataque?

—La medianoche —dijo H. H., sacando de la túnica un reloj de gran tamaño—. Tenemos seis horas por delante. Para asegurarnos de que esté oscuro, apagaré la luna.

—¿Puedes hacerlo? —preguntó Penélope, atónita.

—Naturalmente —dijo H. H. con orgullo—. Es fácil. También puedo apagar el sol, en caso de necesidad.

—Estupendo, pues manos a la obra —dijo Pedro—. Venga, Loro, dime dónde está la gelatina de minovaca.

Las tres horas siguientes estuvieron llenas de actividad. Gundemaro, H. H. y Simón dibujaron en el suelo, con tiza, la entrada de la mazmorra y el pasadizo en pendiente, y estudiaron la mejor manera de llevar el doble hasta su sitio. Tabita y Dulcimila, no sin una cierta dosis de discusión y rivalidad, arreglaron la ropa sobre el maniquí, al que previamente se había montado sobre unas ruedas de gelatina de minovaca. Pero lo que llevó más tiempo fue la cabeza de H. H.: seis modelos hicieron

y desecharon hasta lograr una que les pareció perfecta. Luego, con gran esmero, Penélope la pintó con pintura al óleo; le pegaron pelo postizo y una barba, la unieron al maniquí y le pusieron un gorro puntiagudo, y se apartaron para contemplar la obra. Hubo un largo silencio, roto al fin por Gundemaro.

—¡Caramba! —exclamó en un susurro—. ¡Qué perfección! ¡Zi parece talmente hermanito gemelo de H. H.! ¡Zi ezto no cuela, zerá que no ze lez puede engañar con nada!

—He de reconocer que opino igual —dijo Loro sentenciosamente—. Yo mismo podría tomarlo por H. H. Es un sosia soberbiamente similitudinario.

—¡Caray, con qué elegancia habla! —dijo Gundemaro, admiradísimo—. No ze como puede uztez acordarze de todaz ezaz palabraz.

—Tú también tuviste ocasión de llegar a dominar la lengua —dijo Loro austeramente—, cuando H. H. fundó su Escuela Libre para Sapos. Pero ¿acudió alguno de vosotros a la escuela? ¡Quiá! Preferisteis seguir holgazaneando en las ciénagas, cantando y en los ratos libres incubándoles los huevos a los basiliscos, y haciendo las dos cosas igual de mal.

—Yo no tuve la culpa, ze lo juro —se defendió Gundemaro—. Yo quería ir a la ezcuela, pero mi mamá dijo que ezo de eztudiar era una tontería, que lo que tenía que hacer era aprender un oficio.

—¿Y tú qué hiciste? —preguntó Penélope, compadecida de él.

—Puez ya ze lo he dicho, dedicarme a lo del ezpionaje —respondió Gundemaro—. Mi mamá decía que a un buen ezpía nunca le faltaría trabajo.

Loro exhaló un suspiro desde el fondo del alma.

—Estos sapos no tienen arreglo —masculló—; ¡qué falta de lógica!

—Bueno —dijo Simón—, vamos a repasar el plan de campaña. Los participantes en esta expedición seremos Pedro y yo, Loro, y, naturalmente, Gundemaro, que hará de guía y de contra-espía de primera.

—¿Y yo, qué? —preguntó Penélope.

—Tú harás mejor en quedarte aquí conmigo, querida —dijo H. H.—. Date cuenta de que es una misión peligrosa.

—No me importa —dijo Penélope, testaruda—. Yo voy. Acordaos de que fui yo quien engañó a Gundemaro para que nos dijera lo del desagüe, y si no fuera por eso no iríais ninguno.

—Eso es verdad —dijo Pedro, un poco vacilante.

—Bueno, de acuerdo, puedes venir —dijo Simón—. Pero nos tienes que prometer que a la primera señal de peligro saldrás pitando.

—¡Ni hablar! —dijo ella muy digna—. Yo sólo saldré pitando si *todos* los demás salen pitando.

—Yo creo que podemos tomar las precauciones necesarias para que Penélope no corra peligro —dijo Loro—. En fin, ¿qué es lo que vamos a hacer cada uno?

Simón tomó la palabra;

—En primer lugar, y una vez llegados a *esta* mazmorra, Gundemaro saldrá y hará una maniobra de diversión.

—Eh, eh, que yo ya he dicho que no pienzo hacer nada de ezo —le interrumpió el sapo—. Yo me limito a entretener a loz guardiaz.

—Bueno —dijo Simón, sonriendo—. En cuanto Gundemaro haya hecho entrar a los centinelas en la mazmorra donde están los Libros, nosotros saldremos y pondremos el doble en este pasadizo, aquí, y Loro dice que se le subirá a un hombro e imitará la voz de H. H. Entonces, cuando Gundemaro diga a la guardia que está ahí H. H., Loro despegará del doble y le dará un empujón con las patas, de manera que eche a rodar por el pasadizo hasta el foso. Con un poco de suerte, los centinelas irán tras él, y puede ser que hasta se tiren al foso, porque le hemos puesto peso para que al llegar al agua se hunda. Mientras está pasando todo eso, nosotros entramos donde los Libros y preguntamos el remedio contra los basiliscos, y Penélope lo anota. Luego nos escapamos.

—¡Espléndido, sencillamente espléndido! —exclamó H. H.—. ¡Qué plan tan magistral! ¡Qué agradecido os estoy, mis valientes niños!

—Eh, eh, ¿y yo nada? —dijo Gundemaro, herido.

—Tú has demostrado ser un sapo verdaderamente sagaz e inteligente —dijo H. H., dándole unas palmaditas en la chistera—. Y, cuando pase todo esto, te voy a hacer Sapo Director de la Escuela Libre para Sapos.

—¡Carape! —dijo Gundemaro, abrumado ante semejante honor.

—Ahora, creo que es el momento de que nos tomemos todos un vaso de cacao de panahoria caliente, y luego desconectaré la luna y os podéis marchar —dijo H. H.

—Hay una coza que me preocupa —dijo Gundemaro mientras sorbía su cacao—, que ez, ¿yo me quedo allí como contra-ezpía de primera X, o me ezcapo con uztedez?

—Te escapas con nosotros —dijo Penélope con firmeza—. Los basiliscos se darán cuenta de que has cambiado de bando; y, además, vamos a tener muchos otros trabajos importantes para ti.

—Como uztez diga, zeñorita —dijo Gundemaro, echándose el sombrero sobre un ojo con gesto despreocupado—. Como uztez diga: el contra-ezpía de primera X, ziempre a zu zervicio.

—Gracias —dijo Penélope muy seria.

Cuando acabaron de tomarse el cacao, que estaba muy calentito y caía muy bien en el estómago, H. H. consultó el reloj.

—Ya es hora de que apague la luna —dijo—. ¿Estáis todos preparados?

—¡Síiii! —dijeron todos.

—¡Buena suerte! —les desearon Tabita y Dulcimila, y las dos ocultaron una lagrimita sonándose ruidosamente con sus pañuelos.

Conque el grupo inició la marcha por uno de los muchos túneles laterales de las Cuevas de Cristal, uno que desembocaba a poca distancia del campo de panahorias, donde estaba la entrada de la alcantarilla. Penélope y Gundemaro iban en cabeza,

llevando linternas, y Loro iba con ellos; detrás marchaban Pedro y Simón, cargados con el doble de H. H. Por fin se acabó el túnel y salieron al campo, que, sin luna, estaba más negro que el fondo de un pozo. Reinaba un gran silencio; no se oía más que el susurro de las hojas de panahoria, suaves como el terciopelo, al rozar en los tobillos de los caminantes. Sólo usaban las linternas cuando era absolutamente necesario, y en especial se abstuvieron de encenderlas cuando ya estaban cerca de la gran mole oscura que era el Castillo de los Basiliscos, no fuera a ser que algún centinela los viese y diera la alarma.

—Párenze aquí un momento —susurró Gundemaro—. Eztá por aquí, pero tengo que buzcarlo.

Loro y los niños esperaron mientras Gundemaro brincaba entre las hojas de panahoria, murmurando entre dientes.

—Aquí ez —dijo al fin—. Zabía yo que eztaba por aquí.

A la luz de las linternas descubrieron la abertura de un registro de forma cuadrada, con una tapadera de tela metálica al lado. Dirigiendo la luz al interior del agujero se veía que conducía a una alcantarilla grande y circular, de ladrillo. Justo debajo del registro había una silla.

—Azi fue como zalí —dijo Gundemaro con orgullo.

Con mucho cuidado se descolgaron hasta la alcantarilla, junto con el doble. Allí las cosas se pusieron más fáciles, porque podían llevar las linternas encendidas sin temor de ser vistos. Cuando llevaban unos cinco minutos caminando, el túnel empezó a inclinarse y sintieron una brisa fresca en la cara.

—Ya cazi hemoz llegado —susurró Gundemaro—. Zilencio abzoluto ahora; loz guardiaz eztán a la vuelta de la ezquina.

Salieron de la alcantarilla a una mazmorra grande y tenebrosa, llena hasta el techo de muebles viejos, candelabros y todas esas cosas raras que suele haber en los desvanes, todo ello polvoriento y con festones de gruesas telarañas. Penélope notó un olor frío y húmedo, que la hizo estremecerse. Gundemaro les condujo por entre los grandes montones de muebles cubiertos de telarañas, y al llegar a la puerta la abrió un poquito y miró.

—Echen uztedez una ojeada, para hacerze una idea del zitio —dijo al cabo de unos segundos.

Cada uno de ellos fue pasando por turno para mirar por la rendija. Un poco más allá había un portón, acabado en arco por arriba y forrado de latón: evidentemente daba acceso a la mazmorra donde se guardaban los Grandes Libros del Gobierno, porque junto a él había dos basiliscos de aspecto aburrido, que tenían que ser centinelas. Uno de ellos estaba dedicado a afilarse sus grandes garras con el pico, en tanto que el otro se entretenía grabando sus iniciales en la pared con las llamas que echaba por la nariz. Frente a ellos se abría el corredor que descendía hasta el foso.

—Ahora, atención —dijo Gundemaro, con voz que le temblaba por una mezcla de susto y emoción—: cuando yo lez haga entrar en la mazmorra, uztedez ponen el

doble en zu zítio, y luego Loro dirá algo en voz alta, para que yo zepa cuándo eztán preparadoz, ¿entendido?

—Sí —susurraron todos.

Penélope sentía que el corazón le martilleaba dentro del pecho, y se preguntó si los demás tendrían tanto miedo como ella.

—Bueno —dijo Gundemaro, tragando saliva—, puez allá vamo.

Así diciendo abrió la puerta, se deslizó al pasillo y entornó la puerta detrás de sí. Los demás, con los ojos pegados a la rendija, le vieron enderezarse el sombrero y avanzar con aire desenvuelto hacia los centinelas, llevando bajo el brazo el cuaderno y el lápiz de Penélope.

—¡Eh, loz de la puerta! —vociferó—. ¡Dezpabilaoz! ¡Vaya par de centinelaz! Oz podía haber eztrangulado zin que oz enterázeiz.

Al oír su voz los centinelas se habían puesto firmes dando un respingo, pero se relajaron otra vez al ver quién era.

—¡Ah, eres tú! —dijo uno de ellos, con una voz desagradable, ronca y dura, algo así como el ruido que hace un perro al mordisquear un hueso—. ¿Qué quieres, sapo estúpido?

—Lo primero, que cierrez el pico —dijo Gundemaro con severidad—. Y un poco máz de rezpeto en tu grozera lengua, porque vengo con una mizió ezpecial de tu jefe, ¿eztamoz? Y zi no me creez, zube y ze lo preguntaz. Aunque no te lo aconzejo, porque eztá de un humor de mil parez de demonioz, ¿entiendez?

—¿Pues qué pasa? —preguntaron los centinelas, alarmados.

Por su gesto de inquietud, era evidente que cuando el basilisco jefe estaba de uñas todo el mundo sufría las consecuencias.

—H. H. ez lo que paza —respondió Gundemaro—. Ezo ezactamente: que H. H. eztá tramando vengarze de todoz nozotroz.

—¿Cómo va a vengarse? —dijeron los basiliscos, con aire despectivo—. Si tenemos aquí todos sus libros; no le queda ningún hechizo.

—¡Ja!, ¡Qué riza! —dijo Gundemaro, triunfante—. Zi no le queda ningún hechizo, ¿cómo ze laz ha apañado para *apagar la luna*?

—¿*Apagar la luna*? —repitieron los centinelas, como si no creyeran lo que oían.

—¡Zí! —dijo Gundemaro—. Zi no me creéiz, zubiz a laz almenaz a echar un viztazo. Por ezo el jefe eztá muerto de miedo. Por ezo me ha mandado a buzcar hechizoz lunarez en el Gran Libro de loz Hechizoz, y por ezo no tengo tiempo de eztar aquí de cháchara con un par de pánfiloz. Abrid eza puerta y dejazme pazar, zi no queréiz un pezcozón del jefe cada uno.

—En seguida, en seguida —se apresuró a decir uno de los centinelas, y, descolgando de la pared una llave colosal, abrió la puerta con ella.

—Y veniz loz doz conmigo a echarme una mano —dijo Gundemaro.



—Por supuesto, no faltaba más —dijeron los centinelas, y le siguieron dócilmente al interior de la mazmorra.

—¡Vamos! —dijo entonces Pedro—. Pempi, tú quédate aquí hasta que los centinelas se lancen en persecución del doble.

El y Simón abrieron la puerta, y a toda prisa empujaron el doble de H. H. por el

pasillo, procurando hacer el menor ruido posible. En la mazmorra se oía a Gundemaro entreteniendo a los guardias.

—Vamoz a ver, mi cuaderno, mi lápiz —decía—. Ez coza zeria, ezto de apagar la luna. El día menoz penzado noz apaga el zol..., y entoncez, ¡a ver qué hacemoz!

Con cuidado y rapidez, los gemelos colocaron el doble en lo alto de la pendiente, donde el más ligero roce lo echaría a rodar por el pasadizo abajo. Seguidamente, Loro ocupó su puesto en uno de los hombros del maniquí.

—Vale —susurró—; volved adentro y poneos a cubierto.

Tan pronto como vio que estaban ocultos y en lugar seguro, se sacudió todas las plumas y se aclaró la garganta.

—Mi querido Loro —empezó, haciendo una sobresaliente imitación de la voz aflautada de H. H.—, esto de apagar la luna no es más que un primer paso en mi campaña contra los basiliscos.

—¿Ah, sí? —dijo después con su voz normal—. ¿Y cuál será el siguiente?

—¡Carape! ¡Recuerno! ¡Demonioz eztofadoz! ¡Ez el mizmízimo H. H.! —chilló Gundemaro desde dentro de la mazmorra—. ¡Agarrazle, pronto! ¡Oz azenderán, oz pondrán grandez medallaz, el jefe oz amarará! ¡Depriza, depriza, depriza!

Aturdidos, los basiliscos se volvieron, y en el pasadizo vieron entonces a lo que parecía ser H. H., con Loro subido a uno de sus hombros. Tardaron algo así como un segundo en reponerse de la impresión, pero en seguida, con rugidos de triunfo, se abalanzaron hacia él.

—¡Cuidado, H. H.! ¡Basiliscos! —gritó Loro, con fingida alarma, y al tiempo que alzaba el vuelo empujó el doble con las patas.

El maniquí giró sobre sí mismo, e inmediatamente echó a rodar por el pasadizo, tomando cada vez mayor velocidad. Sus largas vestiduras arrastraban hasta el suelo y ocultaban completamente las ruedas, de modo que la impresión de que se trataba del mismísimo H. H. poniendo pies en polvorosa era tan verídica que habría engañado a cualquiera, y ya no digamos a un par de basiliscos. Barboteando de ansia de agarrarle, los dos centinelas, atropellándose el uno al otro, se lanzaron pasadizo abajo en pos del doble.

—Todo despejado —avisó Loro—. Vamos, deprisa.

Los niños corrieron de la primera mazmorra a la otra, donde Gundemaro les estaba esperando.

—Venga, zaquen uztedez loz malditoz hechizoz —dijo el sapo—, que yo me encargo de vigilar por zi vuelven los bazilizcoz.

Y, abandonando la mazmorra, se fue dando brincos por el pasadizo por donde habían desaparecido los centinelas.

Entonces, los niños vieron los Grandes Libros del Gobierno, de dos metros de alto por uno de ancho cada uno, y encuadernados en piel con la más primorosa estampación, formando dibujos en color escarlata y oro. Cada libro reposaba sobre un airoso atril de oro con incrustaciones de plata.

—¡Hola, Libros! —dijo Loro, con mucho cariño.

Para sorpresa de los niños, los Libros respondieron con voces musicales que parecían las de tres viejecitas.

—¡Hola, qué tal, Loro! —dijeron—. ¡Qué alegría volver a verte! ¿Nos vas a rescatar?

—Ahora no —dijo Loro—. Todavía falta un poco para eso, mi hermosa y locuaz biblioteca. Ahora venimos en busca de un hechizo contra las basiliscos, si fueras tan amable de dárnoslo, Libro de los Hechizos.

Ante la mirada atónita de los niños, el Libro titulado «El Gran Libro de los Hechizos» se abrió solo y empezó a pasar sus páginas, murmurando para sí.

—Basilisco..., basilisco... —decía—, así, de sopetón, no me acuerdo..., a ver..., basilisco..., claro que puede ser que me equivoque...

—Oye, abrevia, que los guardias pueden volver de un momento a otro —dijo Loro.

—¡No puedo darme más prisa! —dijo el Libro, ofendido—. Sólo tengo un juego de páginas. Vamos a ver..., basilisco..., basilisco...

Los niños y Loro estaban con el alma en vilo. Era imposible calcular cuánto tiempo podría tener ocupados a los centinelas el doble de H. H. y no tenían las menores ganas de que los iracundos y frustrados basiliscos los encontraran allí a su regreso.

—Ah, sí, aquí lo tengo —dijo el Gran Libro de los Hechizos, con voz complacida—. El Hechizo para Deshacerse del Basilisco.

—¿Preparada para tomar nota, Penélope? —preguntó Loro.

—Sí —dijo Penélope.

—Pues allá vamos —dijo el Libro.

«Receta para vencer a los basiliscos.

Se vence a los basiliscos con comadrejas.

Los hombres llevan comadrejas a la guarida

donde el basilisco acecha y se esconde,

pues no hay nada que no tenga remedio.

Y así el basilisco huye al ver a la comadreja,

y la comadreja le persigue y le da muerte,

porque la mordedura de la comadreja es mortal para el basilisco,

pero sólo si antes la comadreja hubiere comido ruda.

Y contra este mal, primero la comadreja come la hierba ruda.

La virtud del jugo de esa hierba la hace morder:

avanza valientemente y vence a su enemigo».

—¿Qué diablos es la ruda? —preguntó Pedro.

—Alguna clase de planta, entiendo yo —dijo el Libro de los Hechizos—. Preguntadle al Diccionario.

El Gran Diccionario se abrió y hojeó sus páginas.

—Veamos —dijo para sí—. Veamos: rubro, ruc, ruca, rucar, ruciadera, rucio, ruche, rucho, ruda..., aquí está: «Planta arbustiva muy aromática, de hojas pinnadas muy divididas y flores de color amarillo verdoso, que simboliza el arrepentimiento, la compunción o la compasión». Preguntadle al Herbario a ver dónde crece.

Ante tal apelación, el Herbario de Herpisanro levantó a su vez *su* cubierta y pasó sus páginas.

—Um, ruda, ruda —dijo—. Aquí está: «En el país de Mitología, la ruda crece solamente en un claro próximo al Bosque de las Mandrágoras de la Isla de los Licántropos, en el Mar Musical».

—Vale —dijo Loro—. ¿Lo has apuntado todo, Penélope? Bueno, H. H. sabrá sacar algo en limpio de todo ello. Adiós, Libros: pronto os rescataremos.

En ese momento se abrió la puerta de par en par, y entró brincando Gundemaro, absolutamente sin aliento.

—Venga, *ligeroz* —dijo jadeante—. Loz centinelaz ze tiraron al agua traz H. H. y vuelven hechoz una zopa. Eztán que echan chizpaz, porque ya zaben que lez hemoz engañado. Vámonoz, rápido.

Al instante salieron todos de la mazmorra, y allí, de vuelta del foso, venían los dos centinelas chorreando por el pasadizo. En el momento en que los basiliscos los vieron, soltaron un terrible alarido ronco y taladrante que resonó mil veces en las paredes del pasillo, dejando casi sordos a los niños.

—¡Aprisa, aprisa! —gritó Loro—. ¡A la alcantarilla, corred!

Como Gundemaro se quedaba atrás, Penélope le cogió en brazos y le llevó apretado contra sí, corriendo como jamás en la vida había corrido. A sus espaldas oía el barboteo de los basiliscos, el entrechocar de sus escamas y el chirrido de sus garras sobre el suelo de piedra. De un momento a otro esperaba sentirse envuelta por una ráfaga de fuego abrasador, pero consiguieron llegar a la mazmorra pequeña, refugiarse en ella y cerrar y atrancar la puerta en el preciso instante en que la primera llamarada lanzada por los basiliscos lamía el marco de la puerta. Se abalanzaron hacia el rincón donde estaba la entrada de la alcantarilla; se oía a los basiliscos chillar de rama como gatos, y arañar y astillar la puerta de la mazmorra con sus garras. Bajaron a la alcantarilla y la recorrieron al galope, treparon al exterior, atravesaron el campo de panahorias a la carrera y, en realidad, no se detuvieron a tomar aliento hasta que se vieron otra vez seguros dentro de las Cuevas de Cristal.

—¡Puf! —dijo Penélope, apoyándose en una pared de cristal y con la lengua fuera—. ¡No quisiera tener que volver a correr así en la vida!

—Ni yo —jadeó Pedro, a quien el pecho se le hinchaba y deshinchaba como un fuelle.

—Nos hemos salvado por los pelos —dijo Simón, boqueando—. Si no llegamos a cerrar la puerta a tiempo, a estas horas estábamos asados todos.

—¡Calla, calla! —dijo Penélope, estremeciéndose—. ¡Ha sido horrible!

—¡Zeñorita! —dijo Gundemaro, que estaba todavía, con su chistera, en brazos de Penélope—. Zeñorita, quiziera darle laz graciaz por zalvarme la vida.

—¡Qué tontería! —dijo Penélope, depositándole en el suelo—. Si te recogí fue porque pensé que no podrías brincar a la velocidad con que coríamos nosotros.

—Y no habría podido, zeñorita —dijo Gundemaro con seriedad—. De verdaz, zi no fuera por uztez zería un zapo azado. Le eztoy muy agradecido, zeñorita, muy agradecido de verdaz.

—Bueno, vamos con H. H. —dijo Loro—, y a ver si él es capaz de sacar algo en claro de este hechizo. Yo, desde luego, no le veo ni pies ni cabeza. Es totalmente desconcertante.

Y, ya recobrado el aliento, prosiguieron su camino por los túneles de cristal, hasta donde H. H., Tabita y Dulcimila esperaban ansiosos su regreso.





Capítulo 5

Comadreja y grifos

¡Ya vuelven! ¡Ya vuelven! ¡Gracias sean dadas al cielo! —exclamó H. H. al verlos—. ¿Habéis tenido éxito, mis valientes?

—Mucho mucho —gorjeó Loro, satisfecho—. Un éxito *enorme*.

—¿Y sirvió de algo el maniquí? —preguntó ansioso H. H.

—El maniquí ha resultado ser lo que podríamos llamar una efigie electrizante —dijo Loro.

—Tenemos el hechizo —dijo Penélope, entregando su cuadernito al mago—. Aunque no sé si tú le encontrarás algún sentido.

—Vamos a ver, vamos a ver —dijo H. H., ajustándose las gafas y tomando asiento—. Dejadme que lo estudie un momento.

Con los ojos de todos los demás clavados en él, leyó las instrucciones, moviendo los labios en silencio.

—¿Habéis visto mis huevos? —bisbiseó Tabita.

—No —respondió Penélope—, pero hemos visto que están muy bien guardados.

—Bueno —dijo Tabita, suspirando—. Con eso me conformo.

—Esto es muy interesante —dijo al fin H. H.—. Realmente, es un hechizo curiosísimo. ¿A quién se le habría ocurrido pensar en las comadreas como medio de deshacerse de los basiliscos?

—A mí no, desde luego —dijo Loro—. Nunca las he tenido en gran estima: una gente boba, decadente, excéntrica y afeminada. La única razón que aconsejaría ganarlas para nuestro bando es que son muchas. ¿Cuántas había en el último recuento, H. H.?

—Setecientos setenta y siete —respondió el mago.

—¡Sería estupendo que se pusieran de nuestra parte! —exclamó Pedro ilusionado.

—¡Sí! Junto con los unicornios, tendríamos ya fuerzas suficientes para atacar, ¿no? —dijo Simón.

—¡Ja, ja, ja! —rió Loro—. ¡Ja, ja, ja! ¡Jo, jo, jo! Perdonadme, pero es que la sola idea de ver combatir a las comadreja... ¡Ja, ja, ja, ja!

—Pero ¿dónde está la gracia? —preguntó Penélope—. Quiero decir, si son setecientos setenta y siete, podrán ayudar de alguna manera, ¿no? ¿Qué les pasa?

—¿Que qué lez paza? Puez que zon una panda de vagoz y cobardicaz, ezo lez paza —dijo Gundemaro—. A la hora de pelear valdría más un manojito de plátanoz pazadoz.

—Es una manera vulgar de decirlo, pero me temo que tenga razón —dijo Loro—. El espíritu combativo de las comadreja viene a ser equivalente al de un puñado de flores de manzano.

—Sin embargo —intervino H. H.—, no hay que echar en saco roto esto de la ruda. Es una planta que yo he manejado poco, pero, según lo que dice aquí, parece ser que hace a las comadreja..., hum..., cómo diríamos...

—¿Belicosas? —sugirió Loro.

—Eso es, belicosas —dijo H. H.—; lo suficientemente belicosas como para atacar a los basiliscos. Ahora bien, si esto es cierto, y puesto que lo dicen los Grandes Libros no lo podemos poner en duda, entonces debe haber alguna referencia a ello en la Historia de Comadreja.

—Pero si esa ruda o lo que sea vuelve a las comadreja beli..., beli..., lo que tú has dicho —dijo Penélope—, ¿por qué no vamos y cogemos un poco y les hacemos comerla, y entonces se nos unirán?

H. H. se bajó las gafas hasta la punta de la nariz, y la miró, frunciendo el ceño.

—Todo eso está muy bien, querida —dijo—. Pero la ruda solamente crece en la Isla de los Licántropos, hasta la cual hay una travesía muy larga desde aquí, y que además es uno de los lugares más inseguros y desagradables de Mitología; y no tendría sentido hacer un viaje tan largo y peligroso para cogerla sin estar seguros de que las comadreja se la van a comer. Aquí dice que es amarga. Eso seguro que no les va a gustar. Aunque también le podríamos añadir azúcar.

—Yo creo que lo primero que hay que hacer es ponerse en contacto con las comadreja —sugirió Simón—. Si les explicamos lo peligrosos que se están poniendo los basiliscos, seguro que nos ayudan.

—Lo dudo mucho —dijo Loro, pesimista.

—Yo también —dijo H. H.—. Pero supongo

—¿Viven muy lejos las comadreja? —preguntó Penélope.

—No, no demasiado —respondió Loro—. A unos ocho kilómetros de aquí, sobre un promontorio muy bonito del Bosque Botellero. Lo llaman Comadreja, las muy necias.

—Pues entonces —dijo Penélope—, yo propongo que ahora intentemos dormir un poco, y que mañana por la mañana vayamos a ver al jefe de las comadreja o como se llame.

—El duque Camemberto —dijo Loro, con un gruñido de desprecio—, ¡Estúpido

animal!

—Pues al duque Camemberto —insistió Penélope—. Estoy segura de que si hablamos con él le podremos convencer.

Como a nadie se le ocurría un plan mejor, se fueron todos a la cama, un tanto alicaídos.

Penélope estuvo largo tiempo despierta, dándole vueltas al problema. La principal dificultad parecía estribar en lo desorganizados que estaban todos los habitantes de Mitología, por lo cual lógicamente los basiliscos, que estaban bien organizados, iban ganando la partida; pero Penélope tenía la certeza de que, si conseguían atraer a las comadreas a su bando, podrían conquistar el Castillo de los Basiliscos. Con esa idea tranquilizadora se durmió.

A primera hora de la mañana siguiente, los tres niños se pusieron en marcha a lomos de sus unicornios particulares, acompañados de Loro, que iba posado en un hombro de Penélope, y de Gundemaro, que iba montado a sus espaldas, bien agarrado a ella e intentando aparentar que no tenía miedo. Primero cabalgaron por los Bosques Taponeros, y después llegaron a una región muy curiosa. Allí las rocas rojas estaban confusamente apiladas unas encima de otras, formando altos montones de aspecto inestable, y entre ellas crecían unos árboles rarísimos, cuyos troncos tenían forma de botellas de vino de cuello largo.

—Son árboles botelleros —explicó Loro, cuando Pedro hizo un comentario sobre ellos—. Otro invento de H. H. Los troncos son huecos e impermeables. Se coge la botella del tamaño que se quiera, se le quitan las ramas y ya está. De camino para casa se puede cortar el corcho correspondiente.

—Verdaderamente, me parece extraordinario que a H. H. se le ocurran todas estas cosas —dijo Penélope, llena de admiración.

—Pues esto no es nada —dijo Loro, como sin darle importancia—. Por la zona noreste tenemos dos clases de arbustos cajeros.

—¿Arbustos que dan cajas? —preguntó Simón.

—Sí —dijo Loro—, de cartón y de madera. Se cogen del arbusto, del tamaño que haga falta. Todas con tapa, naturalmente.

El camino los había conducido hasta un promontorio que se alzaba a bastante altura entre los montes, y desde el cual había una vista maravillosa de Mitología, que se extendía a sus pies entre las neblinas del amanecer, y del ancho mar dorado y fulgurante, salpicado de islas hasta el horizonte.

—Esto es Comadreja —dijo Loro, señalando con un amplio movimiento de del ala—. En muchos aspectos, es una de las mejores partes de Mitología. Yo no me canso de decirle a H. H. que debería de hacerse una casita aquí arriba, para pasar los fines de semana. A las comadreas no les importaría.

Avanzaron en zigzag entre los grupos de árboles botelleros. Acababan de rodear un gran montón de peñas que parecían a punto de venirse abajo cuando, frente a ellos y dándoles la espalda, apareció una comadreja haciendo de centinela, con una lanza

muy grande y de aspecto poco manejable apoyada en un hombro. La comadreja vestía uniforme de terciopelo azul con botones de latón, y en la cabeza llevaba un sombrero con una larga pluma verde.

—¡Ah de la guardia! —gritó Loro—. ¡Buenos días!

El efecto que aquella voz surtió sobre la comadreja fue inmediato: dio un salto en vertical hasta casi el doble de su altura, dejó caer la lanza, emitió un chillido taladrante y se apoyó en las peñas, con los ojos cerrados y una mano sobre el corazón.

—¡Me rindo! —chilló—. ¡Me entrego! Le doy lo que quiera, le digo lo que quiera, pero, por favor, *por favor*, no me haga nada.

—Tontaina, soy yo, Loro —dijo Loro.

—Si no me hace nada, el duque le recompensará —siguió farfullando la comadreja, sin abrir los ojos—. Mis padres le recompensarán..., mi tía le recompensará..., mis tres sobrinos le recompensarán...

—¡Bestia idiota e insufrible! —gritó Loro—. ¡Soy yo, Loro!



—¿Cómo? —dijo la comadreja, todavía con los ojos cerrados—. ¿Loro?

—¡Sí, Loro! ¡Ya está bien!

La comadreja abrió cautelosamente un ojo; luego abrió el otro, y parpadeó.

—Es verdad que eres Loro —dijo—. Pero ¿qué son esos seres que vienen contigo?

—Son niños —dijo Loro.

—¿Muerden? —preguntó la comadreja con voz temblorosa, al tiempo que recogía la lanza y la dirigía hacia los tres niños—. Si muerden, yo no quiero nada con ellos.

Diles que lucharé a muerte. Diles que tengo una lanza muy afilada. Diles cómo me pongo cuando me enfado.

—Pasen, pasen, no faltaba más —dijo tembloroso el centinela—. La segunda a la izquierda, por el siguiente montón de peñas.

Según seguían adelante, Pedro comentó:

—Ahora entiendo por qué decías que no eran *muy valientes*.

—Sí —dijo Simón—. ¡Haría falta bastante ruda para hacerle pelear a ése!

Rodearon otro gran cúmulo de peñas, y la vista que entonces se abrió ante ellos los dejó boquiabiertos. Sobre un ancho terreno llano se extendía un jardín de formas simétricas, con setos recortados con esmero y senderos de grava bien rastrillados, macizos de flores bien cuidados y rebosantes de capullos, fuentes y estanques de adorno. En el centro del jardín se alzaba una preciosa casa de estilo antiguo y rústico. Sus paredes, blanquísimas, estaban enmarcadas y cruzadas por maderos negros como el ébano, formando dibujos; el techo era de pizarra, y las retorcidas chimeneas eran de color rojo encendido. Las ventanas, muy numerosas refulgían y brillaban al sol. Una casa así en mitad del campo habría resultado notable, pero en medio del curioso paisaje de Mitología era un hallazgo extraordinario. Lo que la hacía aún más sorprendente era que toda ella estaba hecha en miniatura: los setos del jardín medían unos quince centímetros de alto, las fuentes eran del tamaño de una palangana y la propia mansión era como una casa de muñecas gigantesca.

—¡Ja! —se sonrió Loro al ver el asombro de los niños—. Sorprendidos, ¿eh? Pues sí, es una casa muy buena, dentro de su estilo. El Palacio de Dreja, residencia de Camemberto, duque de Comadreja.

—¿Por qué se llama Camemberto? —preguntó Simón.

—Porque su padre era muy aficionado al queso —explicó Loro—. En realidad quería ponerle de nombre Roquefort, pero la madre se opuso. Son muy comilonas las comadreas. Bueno, será mejor que dejemos aquí a los unicornios. No vamos a permitir que pisoteen todo el jardín con sus cascos.

Así pues, los niños desmontaron de los unicornios y avanzaron con cuidado por el primoroso jardín.

—¡Qué elegancia, zeñorita! —dijo Gundemaro, un tanto abrumado por aquel entorno—. ¡No me importaría tener una cazita azí!

—Es una preciosidad —asintió Penélope.

Loro se adelantó hasta la puerta, levantó la aldaba con el pico y llamó con energía.

—¡Váyase! —chilló una vocecilla aguda al otro lado de la puerta—. ¡Váyase! No hay *nadie* en casa, conque ya ve. Y todos los objetos de valor han sido trasladados a las montañas, y hay cincuenta comadreas sanguinarias y armadas hasta los dientes guardando el palacio. Y aquí no hay nadie, conque lárguese.

—¡Camemberto, deja de hacer el imbécil! —gritó Loro—. Soy Loro, y quiero hablar contigo.

—Loro —dijo la voz—. ¿Loro? ¿Está usted seguro?

—¡Claro que estoy seguro! —dijo Loro, exasperado.

—¿Cómo sé yo que es usted Loro? —preguntó la voz.

—¿Acaso te diría que soy Loro si no lo fuera? —preguntó a su vez Loro.

—Tienes *toda* la razón —dijo la voz—. No había caído en eso.

—Pues abre la puerta —dijo Loro.

Se oyeron ruidos de muchas llaves entrechocando, cerraduras que se abrían y cerrojos que se descorrían, y por fin se abrió la puerta y salió Camemberto, duque de Comadreja. Vestía casaca y calzón corto de terciopelo escarlata, se cubría con un sombrero del mismo color con una pluma amarilla rizada y llevaba gran cantidad de encajes en la pechera y en las bocamangas. Le seguía su esposa, que lucía un vestido muy bonito de crinolina color malva pálido y una diadema de diamantes entre sus pulcras orejillas.

—¡Anda, si son blancos! —dijo Penélope, asombrada—. Yo creía que todas las comadreas eran color castaño.

—No, señorita —le explicó Gundemaro—; eztoz doz zon blancoz. Azi ez la ariztoocracia en Comadreja. Loz duquez y toda eza gente zon blancoz todoz, y laz comadrezaz vulgarez zon todaz color castaño.

—Ah, ya —dijo Penélope.

Entre tanto Camemberto había abrazado a Loro, dando grandes muestras de regocijo.

—¡Mi *querido* amigo! —decía—. ¡Mi *queridísimo* amigo! ¡Qué maravilla verte vivo y sano! Habíamos oído cosas *espantosas* sobre ti, que los basiliscos te habían quemado y habían robado los Grandes Libros y habían convertido a H. H. en una nubecilla insignificante. Y *ya te imaginarás* que estábamos verdaderamente *indignados*, ¿verdad Clementina?

—Sí —dijo Clementina—. Yo nunca le había visto tan indignado.

—Estaba ciego de ira, te lo aseguro. Presa de una *cólera incontrolable*, ¿verdad, Clementina?

—Sí, Camemberto —dijo Clementina—, incontrolable.

—«Tengo que ir allá con mis fieles súbditos y poner a esos ignorantes basiliscos en su sitio», decía, aporreando la mesa y echando espuma por la boca, ¿verdad, Clementina?

—Sí, Camemberto —dijo Clementina—, espuma, espuma.

—«Les voy a dar una tunda que *no se les olvidará en la vida*», decía yo, «les voy a sacar la piel a tiras», ¿verdad, Clementina?

—Sí, Camemberto —dijo Clementina—, a tiras.

—«Les voy a dejar señalados a todos», juraba, «aunque tenga que hacerlo *con mis propios puños*», ¿verdad, Clementina?

—Sí, Camemberto —dijo Clementina—, con tus propios puños.

—Pues me alegro de oírte hablar así —dijo Loro—, porque precisamente a eso

veníamos..., a pedir tu colaboración en la campaña contra los basiliscos.

Inmediatamente, Camemberto se dobló por la cintura y se llevó una mano a un costado.

—Mi querido amigo —dijo, dando boqueadas—, como te estaba diciendo, si fuera por mí ya estaría ahí abajo, haciéndoles *picadillo*, muchacho..., picadillo; pero me ha vuelto a dar un ataque de lumbago, ¿verdad, Clementina?

—Sí, Camemberto —dijo Clementina—, el lumbago.

—No sabía que padecieras de lumbago —dijo Loro.

—¡Me tiene *mártir*, hijo mío! —dijo Camemberto—. Absolutamente mártir. Cuando me da el ataque no puedo ni moverme. Son unos dolores *de rabia*, hijo..., *de rabia*, créeme. Pero yo lo llevo con mucha entereza, ¿verdad, Clementina?

—Sí, Camemberto —dijo Clementina—, con muchísima entereza.

—Dicen que para el lumbago es bueno ponerse una plancha caliente en la espalda —sugirió Penélope.

—¡Oh! ¡Hablan! —exclamó Camemberto muy asustado, retrocediendo hacia la puerta—. ¿Qué son, Loro?

—Niños —dijo Loro.

—¿Muerden? —preguntó Camemberto débilmente—. Si muerden, no les quites la correa. Nunca se sabe lo que puede uno coger si le muerde un bicho de éstos.

—¡No digas tonterías! —exclamó Loro—. Están aquí para ayudarnos. Pero es *tu* ayuda la que necesitamos para vencer a los basiliscos.

—Hijo mío, puedes contar con *toda* mi ayuda moral —dijo Camemberto—. Si no fuera por este *maldito* lumbago, yo ya estaría marchando al frente de mis aguerridas tropas, ¿verdad, Clementina?

—Sí, Camemberto —dijo Clementina—, con tus aguerridas tropas.

—Bueno, bueno, ya está bien de lo del lumbago —dijo Loro—. Lo que yo quiero saber es qué sabes tú acerca de la ruda.

—¿Ruda? —repitió Camemberto—. ¿Ruda? ¿Qué es la ruda?

—Es una planta que, según se dice, produce un efecto positivo sobre vosotras las comadreas —explicó Loro—. Os da un poco de coraje.

—¡Ji, ji, ji! —rió Camemberto, sacándose del bolsillo un pañuelo de encaje y dándose aire con él—. ¡Ay, Loro, tú siempre tan *chistoso*, siempre con ese humor tan desvergonzado! ¡ji, ji, ji! ¡una planta que da coraje!

—¡Qué humor ni qué narices! —dijo Loro con malos modos—. Oye, Camemberto, comadreja mocosa, menguada y majadera, atiende: la ruda es una planta. Si las comadreas la coméis, os hace valerosas y os capacita para atacar a los basiliscos. Es un hechizo que encontramos en el Gran Libro de los Hechizos. Ahora, lo que yo quiero saber es si hay alguna alusión a ello en vuestra absurda Historia de Comadrejilia.

—¡Qué curioso! —dijo Camemberto—. ¡Qué curioso! ¿Tomar ruda para hacernos valerosas? Por supuesto, ya comprenderás que no nos hace falta nada semejante.

Naturalmente que no. Somos valientes como leones, las comadrejas; pacíficas, naturalmente, pero cuando se nos irrita, ¡ja! ¡Caray, entonces *sálvese el que pueda!*

—Lo difícil es irritaros —señaló Loro—. Bueno, mira, Camemberto, deja ya de echarle cuento, sé bueno. Hale, vamos a consultar tu Historia. La tendrás en la biblioteca, ¿no?

—Sí, claro, claro —dijo Camemberto—. Pero..., pasa una cosa.

—¿Qué? —preguntó Loro.

Camemberto se inclinó hacia él y le dijo a la oreja, pero sin bajar la voz:

—No puedo decirles que pasen, a éstos..., a esas cosas; son demasiado grandes..., me romperán los muebles..., asustarán a la pobre Clementina.

—Vale, vale —dijo Loro—. Los niños pueden ir a la parte de atrás, tumbarse en el césped y mirar por la ventana de la biblioteca.

—Bueno, pero diles que se tumben *con mucho cuidado* —dijo Camemberto—; es mi campo de croquet.

Mientras Loro seguía a Camemberto y Clementina hacia el interior de la casa, los niños rodearon la casa y se tumbaron en el césped del campo de croquet. Por las ventanas abiertas se veía una gran biblioteca con las paredes forradas de madera de roble y llenas de libros desde el suelo hasta el techo. Al poco rato entraron en ella Camemberto y Loro.

—Bueno —dijo Camemberto—, la Historia está en esta parte, en los estantes diez, once y doce. Tenemos mucha historia, las comadrejas; no como *algunos seres* a los que no voy a nombrar, y que, hablando con propiedad, tienen tan poca que lo mismo podrían no haber existido nunca.

—Manos a la obra —dijo Loro—. ¿Tiene índice analítico?

—Sí —respondió Camemberto, cogiendo un grueso volumen de color pardo—. Aquí está.

Sacó un par de quevedos del bolsillo, se los puso mientras abría el libro, y empezó a pasar las páginas.

—A ver, a ver... —murmuró—; ruda, ruda, ruda...



—Estás mirando en la equis —dijo Loro—. Se escribe ere, u, de, a, RUDA.

—Pues *claro*, ¡qué despiste! —dijo Camemberto, con la nariz roja de vergüenza—. *No sé* cómo se me ha podido ocurrir que empezase por equis.

—¡Aquí está! —exclamó Loro, con gesto triunfal—. Ruda, su empleo para vencer a los basiliscos, página ocho mil cuatrocientas veinticuatro, volumen noventa y cinco.

—Mira por dónde, quién se lo hubiera podido imaginar —dijo Camemberto—. Qué cosa tan fascinante. Me late el corazón como una *locomotora*, créeme. Volumen noventa y cinco, dices; sí...; eso está en el estante número doce...; espera que traiga la escalera.

Llevó la escalera, se subió y sacó del estante un grueso volumen; luego volvió a bajar con mucho cuidado y entregó el libro a Loro, que lo puso abierto sobre la mesa.

—Bueno, a ver qué nos encontramos —dijo Loro—. Página ocho mil cuatrocientas veinticuatro...; aquí esta, escucha:

«Por aquel entonces el boticario de la corte, Camomilo Comadrejo, descubrió que la hierba llamada ruda, tomada en cantidad suficiente, multiplicaba por cincuenta la bravura de las ya de por sí valerosas y audaces comadreas.

Una infusión de esta planta tomada antes de la batalla aseguraba la victoria, en especial frente a los basiliscos, ya que, al parecer, la ruda hacía que la mordedura de las comadreas fuera venenosa para ellos.

Mas los basiliscos, para vengarse, prendieron fuego a los campos de ruda que las comadreas cultivaban, y desde entonces no se dispone de tan valiosa planta. Y también desde ese día los basiliscos tienen por lema “No hay ruda que nos sacuda”, que quiere decir que mal se han de ver si alguna vez vuelve a crecer la ruda en Mitología».

—¡Por mi peluquín y mis hebillas! —balbuceó Camemberto—. ¿Quién se lo iba a figurar? Y, dejándose caer en un sillón, se puso a darse aire con el pañuelo—. ¡Imagínate lo que yo sería, cincuenta veces más valiente de lo que soy! ¡No habría quien se me pusiera por delante! Hombre, si hasta sería capaz de..., de..., de morderle una espinilla al basilisco jefe. ¡Qué lástima que ya no exista esa planta maravillosa; maravillosa de verdad! No por *mí*, figúrate, yo ya soy todo lo valiente que hay que ser sin ella, lo digo por mis tropas. Aunque son muchachos valientes, a su manera, necesitan algo que les anime..., un poquito nada más.

—Si el centinela que vimos era un ejemplo de tus valientes tropas, no os vendría mal un poco de ruda —observó Loro.

—¿Qué centinela? —pregunto Camemberto—. Ah, el pobre Casimiro, quieres decir. Es un manojo de nervios ese muchacho, tiene el sistema nervioso hecho polvo. Desde que una vez se encontró un moscón en la sopa, no ha vuelto a ser el que era.

—En fin, pues la cuestión es la *siguiente* —explicó Loro—: que nosotros *sabemos* dónde hay ruda.

—¡Qué me dices! —exclamó Camemberto, fuera de sí—. ¡Oh, noble Loro!

—Ahora bien, pregunto: si la conseguimos, ¿tú y tu gente la tomaréis y nos

ayudaréis a derrotar a los basiliscos? —preguntó Loro.

—¿Estáis absolutamente seguros de que ese potingue es eficaz? —preguntó a su vez Camemberto, un poco intranquilo—. Lo digo por vosotros, querido Loro: no quisiera hacer promesas que luego no pueda *cumplir*.

—Estoy seguro de que lo será —respondió Loro—. Ten en cuenta que está en vuestra propia Historia de Comadreja.

—Ah, sí, la historia —dijo Camemberto, no muy convencido—. El problema que hay con algunos de esos historiadores antiguos, que por otra parte son encantadores, es que a veces..., ya sabes, no distinguen muy bien lo que es un hecho de lo que es una *fábula*. A mí me *encantaría* ayudarte, mi querido Loro, ya lo sabes, *honrada y sinceramente*, en condiciones normales nada me daría *mayor placer* que...

—Escucha —le interrumpió Loro—: es nuestra única oportunidad de vencer a los basiliscos. Si conseguimos la ruda, ¿la probaréis?

—Bueno, de acuerdo —dijo Camemberto, añadiendo apresuradamente—: yo no la tomaré, claro está, por esto del lumbago, pero la puedes probar en uno de los jardineros de segunda clase.

—¡Gracias sean dadas al cielo! —dijo Loro—. ¡Por fin entras en razón!

—¿Cuando la vais a traer? —preguntó Camemberto—. Te confieso que me *ilusiona* este experimento, *figúrate qué emoción* si sale bien. ¡Todas nosotras cincuenta veces más valientes! ¡Se me ponen los pelos de punta sólo de pensarlo!

—Sí, bueno, no te excites —dijo Loro—. Lo primero es conseguir la planta.

—Mira, ahí es donde puedo serte *verdaderamente* útil, queridísimo Loro —dijo Camemberto con toda seriedad—. ¿Puedo acompañaros a cogerla? ¿Tal vez vosotros podríais ir cortándola y yo metiéndola en canastas, o algo así?

—Nos encantaría llevarte con nosotros —dijo Loro—; sería estupendo. Pensándolo bien, sí nos haría falta alguna ayuda, teniendo en cuenta dónde crece la ruda.

—¿Dónde crece, hijo? —preguntó Camemberto, muy interesado.

—En un claro del Bosque de las Mandrágoras, en la Isla de los Licántropos —dijo Loro muy serio.

—¡Ay, aaay, aaay! —clamó Camemberto, doblando el espinazo y agarrándose los costados—. ¡Ay mi espalda, qué *suplicio*! ¡Ah, qué *tortura*, ah, ah, ah!

Sin dejar de dar alaridos, se arrastró con paso vacilante hasta el sofá y se tumbó en él, poniéndose el pañuelo de encaje sobre la frente.

—¡Oh, oh, oh! —gimió—. ¡Ay, querido Loro, qué *suplicio*, qué *dolor*! Tienes ante ti a una comadreja enferma y doliente, que probablemente no ha de permanecer mucho tiempo en este mundo. ¡Au, au, au! ¡Y que haya de agravárseme el lumbago en el preciso momento en que podía seros de alguna utilidad! ¡Ah, qué *vergüenza*! ¡Ay, qué *dolor*! ¡Ay, qué *mortificación*! ¡Ay, qué *suplicio*!

—Cálmate, hombre; te estaba tomando el pelo —dijo Loro—. No esperaba que nos acompañases.

—¿No? —preguntó Camemberto incorporándose todavía con el pañuelo de encaje sobre la frente—. ¿O sea, que estabas bromeando conmigo? Pues perdóname, querido Loro, pero ha sido una broma de *muy mal gusto*. Reírse del lumbago ajeno, y más tratándose de un ataque agudo, sólo puede ser propio de gentes crueles y duras de corazón.

—No te preocupes, hombre, sobrevivirás —dijo Loro alegremente—. Y ahora, en vista de que estás demasiado enfermo para invitarnos a merendar, nos marcharemos.

—¡Querido amigo! —susurró Camemberto—. En condiciones normales me haría muy dichoso invitarte a merendar, pero como vienes con esas..., con esas..., ¡con esas cosas tan *grandes*! Se nos comerían la casa entera. No comprendo cómo las llevas contigo. ¿Cómo *dijiste* que se llamaban?

—Niños —dijo Loro—. Ya sabes, seres humanos pequeños.

—¿O sea, que todavía crecen *más*? —dijo Camemberto, alarmado—. Da escalofríos sólo de pensarlo. No creo que puedan llegar a tener mucha aceptación como animales de compañía, salvo, claro está, para gente que viva en casas *muy grandes*.

—Bueno, gracias por tu ayuda de todos modos —dijo Loro, y salió a reunirse con los niños y Gundemaro. Juntos marcharon a donde les esperaban los unicornios, y volvieron a montar.

—Por fin parece que vamos progresando un poco —dijo Loro mientras iniciaban la marcha—. Contamos con la ayuda de los unicornios, que ya es algo, y si esto de la ruda da resultado contaremos con todas las comadreas, lo cual es algo también. Y, ya que vamos por este camino, sugiero que nos acerquemos a ver a los grifos. Son sólo unos cincuenta. Forman una colonia industrial y tranquila. Su colaboración nos resultaría muy provechosa.

—¿Cómo son exactamente los grifos? —preguntó Pedro.

—Pues..., son unos animales de aspecto bastante simpático, en mi opinión —dijo Loro—. Tienen cuerpo de león, y cabeza y alas de águila. Bueno, las alas de los nuestros son puramente decorativas, porque no vuelan. En otros tiempos eran morados, pero estos nuestros son como de color arena. Como digo, son tranquilos y trabajadores, y su principal preocupación consiste en extraer oro de las minas y almacenarlo. El oro es muy importante para ellos, porque hacen sus nidos con ese metal, ¿sabéis? Sí, sin oro los grifos se extinguirían.

—¿Y no hacen nada más? —preguntó Simón.

—No, la verdad es que no —respondió Loro—. Son gente buena, de fiar, pero prácticamente carentes de sentido del humor. Veréis: cuando H. H. fundó Mitología, los grifos estaban prácticamente extinguidos, y sólo encontramos tres parejas en los Alpes suizos; conque se vinieron y fundaron nuestra colonia. Trabajan la única mina de oro que hay en Mitología, y la explotan extraordinariamente bien.

Durante esta charla los unicornios habían ido trotando por una estrecha garganta, poblada de una mezcla de árboles botelleros y taponeros. Luego la garganta se fue

ensanchando hasta convertirse en un valle espacioso, y una extraña vista se ofreció a las miradas de los niños. La muralla de piedra que formaba el lado izquierdo del valle estaba agujereada por una serie de túneles, que evidentemente eran las minas, pues entraba en ellos una procesión interminable de vagonetas vacías, que reaparecían seguidamente, llenas hasta arriba de grandes trozos de reluciente oro. De allí se dirigían al centro del valle, donde había siete calderos gigantescos que hervían y borboteaban sobre otras tantas hogueras muy vivas. Al llegar a ellos las vagonetas llenas de oro, tres grifos provistos de palas arrojaban los trozos de oro a los calderos, donde se fundían instantáneamente. Al otro lado, tres grifos más sacaban el oro líquido con una especie de cucharones de mango largo, y lo vertían en moldes en forma de lingote. Una vez que el oro se había enfriado y endurecido, otros tres grifos sacaban los lingotes de los moldes, los cargaban en vagonetas y empujaban éstas hasta una cueva gigantesca que había en el lado derecho del valle. Aquél era evidentemente el importante almacén del oro, cuya entrada estaba custodiada por doce grifos nada menos, apostados a uno y otro lado, que, quietos como estatuas, vigilaban atentamente todo lo que pasaba con sus fieros ojos dorados.

Tan pronto como uno de los centinelas vio la pequeña cabalgata de unicornios, se sentó sobre sus patas traseras, extendió las alas y dio tres trompetazos con una fina trompeta de oro. Inmediatamente todos los grifos dejaron lo que estaban haciendo y se acercaron, y aún acudieron otros procedentes de la mina, cubiertos y relucientes de polvo de oro. Pronto los niños se vieron rodeados de unos cincuenta grifos, y pudieron comprobar el acierto de la descripción de Loro: efectivamente, eran animales de aspecto simpático. Cada uno de ellos era del tamaño de un perro muy grande, con cuerpo y pelaje de león. En sus enormes cabezas de águila, la fiereza del pico fuerte y curvo estaba compensada por los grandes ojos, de expresión inteligente y bondadosa. De vez en cuando extendían las alas sobre sus cabezas y las estiraban y batían como hacen los halcones.

—Buenos días, buenos días, grifos mineros —dijo Loro cuando estuvieron todos congregados—. Os traigo saludos de parte de H. H.

Todos los grifos dijeron «Buenos días», con voces profundas y cavernosas, como de león, y uno de ellos se adelantó para hacer de portavoz.

—Nos agrada mucho verle, *herr* Lorro —dijo con su voz profunda y fuerte acento alemán.

—Mucho mucho —corearon los demás grifos, asintiendo con la cabeza.

—Habíamos oído que los basiliscos habían matado a usted y a H. H., por eso muy tristes estábamos —continuo el grito.

—Pues a mí ya me veis, y H. H. está también perfectamente —dijo Loro—. Lo único que ha pasado es que los basiliscos se han vuelto desobedientes de repente.

—Eso es muy malo —dijo el grifo—. Los basiliscos desobedientes no deberrían serr.

—Pues así es —siguió diciendo Loro—. Han robado Los Grandes Libros del

Gobierno y los tienen guardados en el Castillo, y nosotros, yo y estos amables niños, pensamos rescatarlos.

—Los amigos de *herr* Lorro son amigos de los grifos —dijo el grifo, inclinando la cabeza.

—Hay que darles una buena lección a esos animales —dijo Loro—. No podemos permitir que tomen el mando del país. Ya están produciendo un huevo diario; ¿quién sabe dónde iríamos a parar? El día menos pensado se les ocurre prohibir el empleo del oro en la construcción de nidos.

—¿Cómo? —rugieron todos los grifos—. ¡Eso nosotros no permitiríamos!

—Ahí está: se trata de evitar que sucedan esa clase de cosas —dijo Loro—. Tenemos de nuestra parte a los unicornios y a los sapos, así como a las comadreja, y queríamos saber si podemos contar también con vuestra colaboración.

Los grifos conferenciaron entre sí, cuchicheando con sus voces profundas y monótonas, entre mucho aleteo y entrecuchar de picos. Por fin, el portavoz se volvió a Loro.

—De acuerdo estamos. Nos unimos a vosotros. Pensamos que el gobierno de los basiliscos sería una cosa mala para Mitología. Vuestras instrucciones esperramos.

—Muchas gracias —dijo Loro—. Os avisaremos cuando estemos preparados.

—A su servicio siempre —dijo el grifo, y saludo con una inclinación.

Al salir del valle, los niños volvieron a oír el clink-clink-clink-clink de los picos de los grifos martilleando allá abajo en la mina, y el blub-blub-plop-plop del oro líquido que hervía en los grandes calderos.

—¡Qué estupendo! —dijo Pedro, entusiasmado, según salían del valle—. Me caen bien los grifos; es el tipo de gente que le gustaría a uno tener a mano en un apuro.

—Son lentos, pero seguros —dijo Loro.

—Pues entre los unicornios, las comadreja y los grifos, estamos reuniendo casi un ejército —observó Simón—. Tenemos cerca de un millar de aliados.

—Y nos van a hacer falta —dijo Loro—. Los basiliscos no se rendirán fácilmente. Su castillo es prácticamente inexpugnable.

—¿Qué significa inexpugnable? —preguntó

Gundemaro, que iba bamboleándose sobre el unicornio de Penélope, detrás de ella.

—Significa que no es fácil entrar —explicó Penélope.

—¿Quién ha dicho que no? —dijo Gundemaro—. ¿Y el dezagüe que yo le enseñé?

—Me figuro que a estas horas ya lo habrán encontrado y taponado —dijo Loro.

—Bueno, puez lo que yo digo ez que no zoy un zapo tan inútil como alguna gente pienza, y que llevo añoz jugando en eze castillo, dezde que era renacuajo. Todo lo que haya que zaber de eze castillo lo zé yo, y yo digo que no ez tan inez..., tan

inezcuzable como uztez dice.

—Bueno, ya se verá —dijo Loro—. Cuando planeemos la campaña final, tus conocimientos nos serán sumamente valiosos.

Atravesaban un bosque taponero muy espeso, cuando de repente los unicornios, que hasta ese momento habían ido trotando tranquilamente, se pararon en seco y empezaron a encabritarse y a caracolear.

—¡Eh, eh, eh! —gritó Loro—. ¿Qué os pasa?

Pero los dos unicornios que llevaban a Simón y a Pedro, con Loro en un hombro, se abalanzaron hacia la espesura. El de Penélope se encabritó, arrojándoles al suelo a ella y a Gundemaro, y acto seguido se internó también en el bosque, a todo galope. Penélope se cayó en unos matorrales, dándose un trastazo que la dejó sin respiración, y Gundemaro, todavía aferrado al botiquín de primeros auxilios, aterrizó de cabeza en mitad del sendero y se quedó sin sentido. Penélope iba a levantarse y acercarse a él para ver si estaba herido, pero en el mismo instante vio algo que le heló la sangre en las venas. Por la siguiente revuelta del camino, procedentes del bosque taponero, aparecieron tres basiliscos. Crujían sus escamas al son de sus pisadas, y sus pálidos ojos miraban con ferocidad. Penélope se encogió entre los matorrales y se quedó muy quieta, con la esperanza de que los basiliscos no vieran a Gundemaro; vana esperanza, estando como estaba tendido en medio del sendero. Acababa de volver en sí y de incorporarse, y estaba frotándose la cabeza y gimiendo cuando los basiliscos llegaron junto a él.



—¡Anda! —dijo el basilisco que iba en cabeza, con una voz desagradable que era como una especie de gorgoteo—. ¿Qué tenemos aquí?

—Zoy un verdulero peruano que viaja por la zona para recoger un cargamento de panahoriaz —dijo Gundemaro inmediatamente, y con mucho aplomo.

—No tienes aspecto de verdulero peruano —dijo el basilisco mirándole con recelo, y echando llamitas y nubecillas de humo por la nariz—. Más pareces un sapo.

—Bueno, le puedo confiar un zecreto —dijo Gundemaro, sonriente—. Pero ¿le

importaría apartar un poquito el pico? Ez que no quiziera que ze me toztara el zombrero.

—Bueno —dijo el basilisco, retrocediendo—. ¿Qué secreto es ése?

—Puez verá uztez —empezó Gundemaro—: ez verdaz que zoy un zapo. Pero me hago pazar por verdulero peruano porque voy de incógnito.

—¿De qué? —rugió el basilisco.

—Que voy dizfrazado —explicó Gundemaro.

—¿Por qué? —preguntó el basilisco.

—Puez zencilamente, porque me han encomendado una miziión importantízima. Llevo aquí un regalo muy valiozo para el bazilizco jefe, de parte del jefe de loz grifoz.

—¿Y qué es el regalo? —quiso saber el basilisco.

—Ez un equipo completo de ezipía de primera —dijo el sapo, y le dio unas palmaditas al botiquín—. Aquí dentro va todo lo necezario para tranzformarze en ganadero auztraliano de vacaciones o en embajador lituano en Togolandia, y todo en menoz que canta un gallo.

—¡No te creo, sapo! —bramó el basilisco—. Enséñame lo que llevas en esa bolsa.

Penélope contuvo la respiración, porque sabía que lo único que había en la bolsa eran las cosas de primeros auxilios que ella misma había cogido para el viaje. Gundemaro estaba perdido: en cuanto vieran el contenido de la bolsa, los basiliscos no vacilarían en detenerlo o cosa peor.

—Hombre, ezo no lo puedo hacer —protestó Gundemaro—. No ez de buena educación andar enzeñando loz regaloz ajenez.

—Si no me lo enseñas, te llevo detenido —dijo el basilisco.

—Ah, no —dijo el sapo, queriendo ganar tiempo—. No tiene uztez derecho a detenerme. ¿Qué he hecho yo de malo?

—Nosotros somos el gobierno. Por lo tanto, tenemos perfecto derecho a detenerte —dijo el basilisco—. En el momento de ejecutarte te leeremos el delito que has cometido, para que lo sepas. Abre esa bolsa.

—¡Bueno, bueno, ya voy! —dijo Gundemaro con aire ofendido, y abriendo la bolsa volcó todo su contenido en el suelo. Los tres basiliscos, muy interesados, se inclinaron a mirarlo todo con sus pálidos ojos de color pajizo.

—¿Qué es eso? —preguntó uno de ellos, señalando a un rollo de algodón.

—Pelo falzo —dijo inmediatamente Gundemaro—. Te lo pegaz en la cabeza, y al inztante erez un anciano de noventa añoz.

—¿Y eso? —preguntó el segundo basilisco, apuntando a las vendas.

—Ezo zon vendaz —dijo Gundemaro—. Te laz líaz todo alrededor, y en un zantiamén erez un guerrero herido. Te envuelvez la cabeza en ellaz, y no te conoce ni tu madre.

—¿Y esto? —preguntó el tercer basilisco, apuntando a un frasco de yodo.

—Ezo ez maquillaje hindú —dijo Gundemaro con aire satisfecho—. Te lo untaz en la cara, te ponez un par de vendaz en la cabeza, y uno o doz rubíez, y quedaz hecho un maharajá tan convincente que hazta un elefante ze lo creería.

—¿Y eso de ahí? —preguntó el basilisco principal, señalando a un frasquito.

Penélope sabía que aquel frasquito contenía agua de lavanda; lo había puesto porque era refrescante y calmante en caso de dolor de cabeza o insolación.

—Ezo ez tinta invisible —dijo Gundemaro.

—¿Y por qué no es invisible? —preguntó el basilisco.

—Porque la tinta invisible ze ve —explicó el sapo—. Lo que ez invisible ez lo que ze ezcribe con ella, no la tinta mizma.

—No te creo —dijo el basilisco—. Abrelo y enséñame cómo escribes algo invisible.

—Anda, que no zon dezconfiadoz ni nada —gruñó Gundemaro—. ¿Cómo quiere que le enzeñe lo que ezcriba, zi ez invisible?

De todos modos cogió el frasco y lo destapó, y entonces sucedió algo de lo más extraordinario: los tres basiliscos dieron un paso atrás, y al instante los ojos se les llenaron de lagrimones, y empezaron a estornudar. Con cada estornudo arrojaban por la nariz grandes llamaradas y ráfagas de humo, y Gundemaro, con el frasquito de agua de lavanda en una mano y la chistera en la otra, tuvo que brincar de acá para allá con mucha agilidad para que no le chamuscasen.

«¡Qué curioso!», pensó Penélope. «Es lo mismo que hizo el que perseguía a Séptimus. A lo mejor es que yo me había echado un poco de agua de lavanda, y le olió a eso».

De pronto los tres basiliscos no aguantaron más, y, jadeando y boqueando, con los ojos como cataratas y estornudando grandes lenguas de fuego, dieron media vuelta y echaron a correr por el bosque taponero, sin dejar de toser y resoplar.

—¡Recarape! —exclamó Gundemaro, contemplando su huida con asombro—. ¡Huevoz de rana ezcalfadoz! ¿Quién ze lo iba a imaginar?

—¡Gundemaro, eres lo más valiente que he visto en mi vida! —dijo Penélope saliendo de los matorrales, algunos de los cuales humeaban todavía.

—¡Quiá, zeñorita! No tiene importancia —dijo el sapo, poniéndose coloradísimo.

—No sólo has sido muy valiente, sino que además has descubierto una cosa que les sienta mal a los basiliscos, y eso nos será muy útil en nuestra campaña —dijo Penélope.

—¿Ze refiere al agua de lavanda, zeñorita? —preguntó Gundemaro—. Zí, hay que reconocer que parece que lez ha puezto muy malitoz.

—No sé muy bien cómo la podríamos usar —dijo ella—, pero seguro que a alguno de los otros se le ocurre algo.

En ese momento aparecieron Pedro y Simón, que volvían galopando por el bosque, seguidos del unicornio de Penélope.

—¿Estás bien, Pempi? —gritó Simón.

—¡Perfectamente! —contestó ella.

—Han sido estos bobos de los unicornios, que decían que olían a basilisco —gritó Pedro, pero su voz se apagó al ver los arbustos humeantes y los árboles carbonizados.

—¡Así que tenían razón! —dijo—. ¡Por aquí han pasado basiliscos!

—Y si no es por la valentía de Gundemaro, no sé lo que podría haber ocurrido —dijo Penélope, montando en su unicornio.

—¡Oiga, oiga, zeñorita, que no ez para tanto! —dijo Gundemaro, ocupando su sitio detrás de ella—. ¡Que me eztá uztez azarando!

—Gundemaro ha hecho un descubrimiento importantísimo —continuó Penélope—. Pero aquí no estamos seguros, con tanto basilisco suelto. Volvamos a las Cuevas de Cristal, y allí os lo cuento.

—¡Pues venga —dijo Loro—, a toda marcha!

Y, a todo galope, se dirigieron a las Cuevas de Cristal.



Capítulo 5

El mar musical

Cuando llegaron a las Cuevas, H. H. se emocionó muchísimo al saber que las comadreas *quizá* colaborasen, que los grifos *iban* a colaborar y que Gundemaro había descubierto una cosa que ponía malísimos a los basiliscos.

—¿Agua de lavanda? —dijo—. Qué interesante. Será una especie de ataque de alergia, como si les diera un resfriado muy fuerte. Si pudiéramos preparar algo equivalente...

—¿No hay lavanda por aquí? —preguntó Penélope.

—Crece en una de las islas —dijo H. H.—, pero mucho me temo que sin el Herbario de Herpisanthro no me voy a acordar de qué isla es.

—A mí una vez, estando de vacaciones, me dio una alergia terrible a una planta —dijo Tabita—. Dejadme que lo huela, a ver si es la misma.

Le dieron a oler el agua de lavanda, y le produjo el mismo efecto que al basilisco; sus estornudos prendieron fuego a dos sofás, catorce cojines y una mesa, hasta que consiguieron devolverla a su estado normal arrojándole un cubo de agua por la cabeza.

—Eso es, es esa planta —dijo, boqueando—. ¡Qué barbaridad! ¡No había estornudado tanto desde aquella vez que me puse pimienta en la cara, en lugar de polvos!

—¿Y por qué hiciste eso? —preguntó Penélope, sorprendida.

—Es que me estaba maquillando a oscuras —explicó la dragona, secándose los ojos, que todavía le lloraban.

—¿Maquillándote a oscuras? ¿Para qué? —dijo Penélope.

—Porque iba a un baile de medianoche. No había luna, así que había que maquillarse a oscuras —dijo Tabita.

Penélope se quedó tan desconcertada por aquella respuesta, que decidió abandonar el tema.

—¿Dónde has dicho que crecía esa planta? —preguntó H. H.

—En la Isla de la Gallina de los Huevos de Oro —dijo Tabita—. Habíamos ido los dragones a hacer camping allí, y a todos nos dio alergia, así que figuraos qué desastre de vacaciones.

A la vista del daño que podía hacer una sola dragona alérgica, a los niños no les costó trabajo imaginar el desbarajuste que habría sido un campamento de cincuenta dragones, todos aquejados de un ataque de alergia al mismo tiempo.

—Bueno, esto es *útil* —dijo H. H., complacido—. La Isla de la Gallina de los Huevos de Oro se encuentra sobre la ruta directa a la Isla de los Licántropos, de manera que podríais recoger lavanda en el viaje de vuelta. Yo prepararía una infusión, y la tendríamos a mano.

—Podemos pasar a planear el viaje —dijo Simón—. ¿Tienes un mapa, H. H.?

—Sí, tengo un mapa excelente —dijo H. H., y sacó un gran mapa de pergamino que mostraba toda Mitología, y el mar con todas sus islas—. Estamos *aquí* —dijo, ajustándose las gafas—, y ahí está el Castillo de los Basiliscos. Tenéis que bajar por aquí hasta la playa, y luego navegar con rumbo suroeste, pasando las Marismas del Que Asó la Manteca y el Archipiélago Ambarino; luego veréis la Isla de la Gallina de los Huevos de Oro a vuestra izquierda, y al nornoreste está la Isla de los Licántropos.



—¿Cuánto tiempo crees que podemos tardar? —preguntó Pedro.

—Varias horas —dijo H. H.

—¿No tendrás por casualidad un motor fuera-borda? —preguntó Simón esperanzado.

—Pues no, lo lamento —dijo H. H.—. Pero os podemos hacer una vela de

gelatina de minovaca, y yo levantaría un viento fuerte para ayudaros. ¿Qué tal estaría eso?

—Fenomenal —dijo Pedro—. Oye, no es tanto como atacar el Castillo de los Basiliscos, pero esto también va a ser una aventura estupenda.

—No hables antes de tiempo —le advirtió Loro—. Los licántropos son gente de cuidado.

—¡Tú no vas! —chilló de repente Dulcimila—. Tú no vas a la Isla de los Licántropos, no te lo permito. Me emberrenchinaré. Dimitiré. Me pondré a hibernar. Chillaré, gritaré; no te volveré a hablar jamás jamás en la vida, ea.

Así diciendo, se echó a llorar y bajó todas las cortinas de su jaula.

Penélope se acercó a la jaula de Loro para hablar con ella.

—Querida Dulcimila —dijo—, ya sabemos que tú quieres muchísimo a Loro, y nosotros también, así que no le pediríamos que viniera si no fuera absolutamente necesario, compréndelo. Yo te prometo que, si le dejas venir, me ocuparé de que no corra ningún riesgo, y de que nos deje toda la parte peligrosa a mis primos y a mí.

—Bueno —dijo Dulcimila, levantando una esquina de una cortina y secándose los ojos con ella—. ¡Si me prometes cuidarle!

—Te lo prometo —dijo Penélope.

—Bueno, si las mujeres habéis acabado ya con vuestras cosas —dijo Loro en voz bastante alta, y que revelaba cierto azaramiento—, podemos seguir planeando la expedición.

—Según mis cálculos —dijo Simón, que durante todo ese tiempo había estado haciendo muchas cuentas en un papel—, según mis cálculos, si mañana al amanecer H. H. nos proporciona un viento de cuatro nudos, y salvo accidentes, podríamos llegar a la Isla de los Licántropos a eso de las tres y media de la tarde. Eso quiere decir que podemos recoger la ruda y, navegando durante toda la noche, estar de vuelta al amanecer del día siguiente.

—¿Tú crees que os daría tiempo? —preguntó H. H., no muy seguro—. De ninguna manera debéis desembarcar de noche; entonces es cuando los licántropos son más peligrosos.

—Si tú nos puedes proporcionar un viento constante, no hay problema —dijo Simón.

—Eso está resuelto —dijo H. H.—. No tenéis más que decirme la dirección y la fuerza, y yo lo pongo en marcha..., nada más fácil.

—Tienes que llevarte las pastillas para el mareo —gritó Dulcimila de improviso.

—¡Cállate, mujer! —dijo Loro enfadado—. ¡Estamos discutiendo cosas importantes!

—El mareo es importante —dijo Dulcimila—. Si estás tan mareado que no puedes huir de un licántropo, eso es importante.

—Te prometo encargarme de que las tome —dijo Penélope para tranquilizarla.

—Me encantaría ir con vosotros y echaros una mano —dijo Tabita—, pero

supongo que soy demasiado grande para ir en el bote.

—Tú eres demasiado grande y yo soy demasiado viejo —dijo H. H.—. ¡Ay, niños míos, pero no está bien que os deje hacer todo el trabajo y correr todos los riesgos!

—No digas tonterías —dijo Pedro—. Yo esto no me lo perdería por nada del mundo.

—Ni yo —dijo Simón.

—No te preocupes —dijo Penélope, echándole los brazos al cuello y dándole un beso en una de sus sonrosadas mejillas—. Nos encanta ayudaros, y os devolveremos Mitología, ya verás como sí.

—¡Hip, hip, hurra por la zeñorita Penélope! —exclamó Gundemaro, palmoteando.

—Sois muy buenos, muy buenos —dijo H. H., y quitándose las gafas, que de pronto se le habían empañado, se sonó con fuerza.

—¡Zeñorita! —dijo Gundemaro con avidez—. Zeñorita, ¿puedo ir yo también? Yo no zoy muy grande y no ocuparía mucho ezpacio, y podría zer útil.

—¡Claro que puede venir nuestro valiente sapo! —dijo Simón.

—¡No faltaba más! —asintió Pedro—. ¡Gundemaro el listo!

—Puedes venir como protector particular mío —dijo Penélope—, y estaremos orgullosos de tenerte con nosotros.

Gundemaro se emocionó tanto que se puso como siete kilos de tomates maduros, y tuvo que irse a un rincón y sonarse él también muy vigorosamente y varias veces.

Conque a la mañana siguiente, y tras despedirse de H. H., de Tabita y de Dulcimila, que se quedó muy llorosa, los niños, Loro y Gundemaro emprendieron la marcha por uno de los muchos pasadizos de las Cuevas de Cristal, y al cabo de un rato desembocaron en la playa, donde la arena era como de perlas diminutas, y las olitas de color champán se rompían en la orilla con un sonido tan dulce como el que se haría pasando los dedos por las cuerdas del arpa más melodiosa. No era extraño, pensó Penélope, que se llamara «el Mar Musical». Pusieron el bote en aquellas aguas apacibles y melodiosas, e inmediatamente, como H. H. les había prometido, se levantó una brisa cálida, la vela se hinchó como un globo y el bote partió a buena marcha, cargado con Penélope, los gemelos, Loro, Gundemaro y una cesta llena de comida que les había preparado H. H. También iban provistos de hoces para cortar la ruda y la lavanda y de sacos para meterlas.

—Dime, Loro —dijo Penélope, con la impresión de que desde su llegada a Mitología no hacía más que repetir la misma pregunta—: ¿cómo son exactamente los licántropos? Estoy segura de que he leído algo sobre ellos, pero no me acuerdo bien.

—Yo sí me acuerdo —dijo Simón—: ¿no eran hombres que se volvían lobos cuando había luna llena?

—Exactamente —dijo Loro—; una fea superstición, y necia además. Pero, como ya os he dicho, en aquellos tiempos en que H. H. creó Mitología había mucha gente que creía firmemente en la existencia de Licántropos, u hombres-lobo, por lo cual

había bastantes. Suplicaron que se les permitiera venir a Mitología, porque estaban empezando a extinguirse, y H. H. no tuvo más remedio que dejarles. Eran un caso dudoso, desde luego, pero hubo que darles un margen de confianza. H. H. les permitió establecerse en esta isla a donde vamos a condición de que la compartieran con otros dos casos difíciles, las mandrágoras y los fuegos fatuos. Luego resultó que los fueguipatos querían una isla un poco sombría, y también les acomodó aquí.

—Yo he oído hablar de los fuegos fatuos, y eso de que te hacen meterte en ciénagas y en arenas movedizas —dijo Penélope—; pero los fueguipatos, ¿qué son?

—Son unos animales muy vistosos —dijo Loro—; lo más vistoso de Mitología. Tienen algún parentesco con los fuegos fatuos, pero los fueguipatos pueden estar calientes o fríos, mientras que los fuegos fatuos sólo son fríos, naturalmente. Los fueguipatos son una gentecilla muy maja; son muy tímidos, pero agradables y honrados. Los fuegos fatuos, en cambio, son rebeldes, malintencionados y alborotadores.

—¿Y las mandrágoras? —preguntó Penélope—. ¿Son también cosa de fuego?

—No, no —dijo Loro—. Los fuegos fatuos y los fueguipatos son casi todo fuego, pero las mandrágoras son plantas, y unas plantas holgazanas e inútiles, además. Es que en otros tiempos se las empleaba mucho en medicina y para hacer hechizos, y, claro está, eso no les gustaba, por lo cual inventaron el grito.

—¿El grito? —dijo Pedro—. ¿Pero cómo se inventa un grito?

—Es un grito tan espantoso —dijo Loro, levantando una uña para dar mayor énfasis a sus palabras—, un grito tan horripilante y horroroso que enloquece al que lo oye.

—¿Y lo inventaron para que nadie las cogiera? —preguntó Simón.

—Eso es —dijo Loro—. Y ahora no hacen otra cosa que dormir, de noche y de día, continuamente, y si alguien comete la torpeza de despertarlas, entonces despiertan todas a la vez y gritan todas a la vez..., y ya os podéis imaginar el efecto.

—¡Caramba! ¿Y tenemos que atravesar un bosque lleno? —dijo Pedro—. Va a ser peligroso.

—Ya os dije que esta misión era peligrosa —dijo Loro—. Primero tenemos las mandrágoras, luego los licántropos y luego los fuegos fatuos, aunque éstos no estarán fuera de día, y los licántropos también estarán dormidos. Por eso H. H. insistió en que únicamente desembarcáramos de día: es el momento menos peligroso.

—Estamos corriendo mucho, gracias al viento de H. H. —dijo Simón.

Efectivamente, el bote se deslizaba a gran velocidad sobre las olas musicales de color champán. Entre eso y el calorcito del sol y la cálida brisa, era una travesía deliciosa. El agua era tan clara, que hasta seis metros de profundidad se veían bancos de peces multicolores, ostras enormes con perlas refulgentes y langostas y cangrejos gigantescos de tonos muy diversos. Frente a la popa aparecían de improviso pequeñas bandadas de peces voladores, rojos y azules, que echaban un corto vuelo sobre la superficie, gorjeando como pájaros, y luego se zambullían de nuevo en el mar.

—Oiga, zeñorita —dijo Gundemaro a Penélope, en voz baja—, no le darán a uztez miedo loz licántropoz, ¿verdad? Yendo conmigo como protector no tiene uztez nada que temer, ze lo azeguro.

—Sí, me habrían dado miedo —dijo Penélope—, pero contigo como protector particular voy la mar de tranquila.

Gundemaro puso cara de enorme satisfacción.

Al cabo de varias horas de travesía, y bajo el efecto sedante de la brisa y del sol, sintieron sueño. Loro se metió la cabeza debajo del ala para echar una cabezadita; Gundemaro, tumbado tripa arriba con la boca abierta y la chistera sobre el pecho, se puso a roncar, y Penélope y los gemelos se adormecieron también. Al rato Penélope se despertó pensando que no estaría mal que comieran algo, y estando así, echada y con la mirada fija en el cielo verde pálido y en sus escuadrillas de nubes de colores, sintió de pronto que pasaba algo raro, pero sin saber qué, hasta que cayó en la cuenta de lo que era: que estaban parados. Se incorporó y miró en torno. En todas direcciones, hasta donde llegaba la vista, estaban rodeados de grandes frondas de algas, como un encaje morado y verde, que se movían y crecían visiblemente. El bote, como es lógico, había embarrancado en las algas, y por eso estaban parados. En ese mismo instante Penélope comprendió el peligro que corrían, porque una de aquellas hermosas frondas subía por el costado del bote, como si fuera el tentáculo de un animal, pero creciendo y expandiéndose según trepaba, con un leve ruido de roce. Dos o tres más como ella bastarían para sumergir el bote y sus ocupantes bajo la masa de algas moradas y verdes.

—¡Loro! —gritó Penélope, al tiempo que intentaba abrir la cesta para sacar un cuchillo con que cortar las algas—. ¡Loro, despierta! ¡Despertad todos!

Todos se despertaron y en un instante comprendieron la situación.

—¡Oh, coliflores cogolludas y combinatorias! —tronó Loro—. ¡Las condenadas algas! Me había olvidado de ellas. Venga, cortad los trozos que se han metido. En seguida parará.

En efecto, bastó con que los niños y Gundemaro cortaran dos o tres frondas de las algas para que éstas, como si se dieran cuenta de que no eran bien recibidas, dejaran de crecer sobre el bote. Pero el bote siguió detenido.

—¡Qué complicación tan inoportuna! —dijo Loro—. Estas malditas algas nos tendrán aquí parados, a menos que encuentre a Desdémona. Por favor, Penélope, pásame el catalejo, que está ahí a tu lado.

Con su catalejo Loro escudriñó ansioso el horizonte, y al fin soltó un graznido de satisfacción.

—Hemos tenido suerte —dijo—, están trabajando por allá. Ahora se trata de llamar su atención.

—¿A quiénes te refieres? —preguntó Penélope.

—A las sirenas —dijo Loro—. H. H. las tiene empleadas en el control de las algas. Es que se equivocó al hacer el hechizo. En vez de decir que vivieran siempre,

como las flores que visteis, dijo que crecieran siempre. Y una vez hecho un hechizo de esa clase es imposible deshacerlo, de modo que tuvo que recurrir a las sirenas, sólo para tener dominada la situación. Es una tarea inacabable, realmente; si se descuidaran un momento, todo el Mar Musical se llenaría de algas. Creo que lo que vamos a tener que hacer es acercarnos un poco y darles una voz.

Así que todos se asomaron por la borda y, cogiendo montones de algas, se pusieron a tirar. Muy despacio, centímetro a centímetro, consiguieron de ese modo que el bote avanzara sobre las algas. Al cabo de un rato de tirar y jadear que les pareció un siglo, los niños oyeron un débil canto que se extendía sobre las algas y el agua.



—¡Ah de las sirenas! —rugió Loro—. ¡Desdémona!

Cesó el canto y se hizo un silencio.

—¡Ah de las sirenas! —volvió a rugir Loro—. ¡Soy yo, Loro!

Todo siguió en silencio, hasta que, de pronto, las algas se abrieron junto al bote y entre ellas hizo su aparición una sirena enorme y un tanto sofocada. No correspondía exactamente a la idea que tenía Penélope de cómo debía ser una sirena, porque podía pesar unos ciento veinte kilos. Tenía grandes cantidades de cabellos muy rubios, que le caían en bucles sobre los hombros y el pecho. En sus ojos, que eran grandes, circulares y de un color azul encendido, como el de la flor de la vincapervinca,

llevaba cantidades enormes de sombreador y pestañas postizas negras, tan largas y tan espesas que más que pestañas parecían setos. Sus manos regordetas revelaban una manicura esmerada, con las uñas pintadas de color ciclamen fuerte, y en una de ellas sostenía una hoz de oro y en la otra un espejo grande de plata.

—¿He oído a un hombre pidiendo auxilio? —preguntó con voz profunda y ronca, parpadeando de tal modo que Penélope temió que se le cayeran las pestañas—. ¿Un hombre, sin duda, de sangre azul y antiguo linaje, que solicitaba mi socorro?

—No —dijo Loro—, era yo. ¿Cómo estás, Mona?

—Ah —dijo Desdémona fríamente—. Es *usted*, Loro. Cómo me entusiasma volverle a ver. Por cierto, estaría bien que no me llamase con ese mote tan basto y vulgar de «Mona». Me llamo Desdémona, y le agradecería que se dirigiera a mí por mi nombre.

—Así lo haré —dijo Loro—. Permitidme que os presente: Penélope, Pedro, Simón; la señorita Desdémona Escámez y Escámez de la Lenguadina, Primera Sirena.

La sirena apoyó sus brazos descomunales en la borda del bote, con lo cual lo inclinó peligrosamente, y con gran elegancia fue estrechando la mano a cada uno de los niños.

—Encantada de conocerles, realmente —dijo, moviendo mucho las pestañas—. ¡Qué niños tan apuestos, y qué niña *tan* guapa! Claro que no tienen cola, pero no se disgusten, no es culpa *suya*. Supongo que, con unos nombres como esos, todos ustedes tendrán sangre azul, ¿verdad?

—Creo que no —dijo Penélope—. Me parece que la nuestra es roja.

—¡Ay, qué lástima! —dijo la sirena—. Pero claro, *no todos* podemos tener sangre azul. Seguro que son ustedes personas de muchísima alcurnia, con montones de duques y de duquesas y de lores en la familia, sin duda alguna. Lo llevan ustedes escrito en la cara: aristócratas puros.

—No, me parece que ni eso —dijo Penélope, apesadumbrada.

—Bah, seguro que los encontrarían si los buscasen —dijo Desdémona—. Fíjense en mí, por ejemplo. O sea, quiero decir, que se me nota la alcurnia, ¿no? Es algo del porte, del aspecto..., un no sé qué de distinción. Pero, en fin, son cosas que es mejor no mencionar, por que no la tomen a una por estirada. Basta el porte aristocrático natural para que la gente se dé cuenta de que..., en fin, de que todavía hay clases.

—Efectivamente —dijo Penélope, esforzándose por no sonreír.

—Toda mi familia está muy bien relacionada —prosiguió la sirena—, por ambos lados. Ya lo creo. ¿Saben ustedes que a una de mis tías políticas la saludó Cristóbal Colón? Y una prima de la hermana de un tío de mi padre, según tengo entendido, recibió durante muchos años cartas del mismísimo Lord Nelson, nada menos..., cartas muy apasionadas.

—¡Caramba! —dijo Penélope.

—Sí —dijo Desdémona con gran seriedad—. Y luego está lo del hermano de la

madre de un tío mío, o sea, no aquel que se encontró con la Armada Invencible y que al pasarle los navíos por encima le dejaron la espalda *hecha trizas*, sino éste otro que...

—Oye, Mona —dijo Loro con impaciencia—, ¿no podríamos dejar la historia de tu familia para otro momento?

—¡Señor Loro! —dijo la sirena muy digna—. Créame que lo lamento si le estoy aburriendo con la descripción de mi distinguida parentela. Rara vez tengo ocasión de conversar con personas cultas y refinadas, como usted muy bien sabe, y estoy segura de que *a ellos* sí les interesa, y aun en el caso de que *no* les interesara son lo bastante *educados* como para no decirlo, no como usted, que se comporta como un cerdo.

Mujer, si no es que me moleste oír la historia de tu familia —dijo Loro animadamente—; es que tenemos muchísima prisa, y estas algas nos están retrasando. ¿No podrías decirles a unas cuantas de tus mozas que nos abrieran paso y nos dieran un empujoncillo? Créeme, chica, es cuestión de vida o muerte; si no no te habríamos molestado.

—Bueno, bueno —dijo Desdémona—; tratándose de una emergencia, claro que les pediré a mis *señoritas* que les ayuden a salir del apuro. Ahora bien, me agradecería que no me tutease, y que no me llamara «chica», con esa repugnante familiaridad. Las sirenas de alcurnia hemos de cuidar mucho de nuestro buen nombre, y el uso de esa expresión podría hacer pensar que usted y yo mantenemos relaciones más íntimas de lo que son en realidad.

—¡Está bien, señorita Escámez y Escámez de la Lengudina! —dijo Loro, exasperado—. Lo que usted quiera, pero hágame el favor de traer un equipo de salvamento.

—Por aquí hay gente muy ordinaria —dijo la sirena en voz baja a Penélope—; no como ustedes y yo.

Dirigió una sonrisa deslumbrante a Pedro y Simón, saludó agitando una mano regordeta y, hundiéndose otra vez en el lecho de algas, desapareció sin dejar apenas una onda en el agua.

—¡Qué fatalidad! —dijo Loro irritado, sacándose el reloj de debajo del ala y mirando la hora—. Llevamos ya tres horas de retraso. Eso significa que vamos a tener que correr cuando salgamos de estas algas. No habíamos contado con una cosa así.

Muy pronto Desdémona salió de nuevo a la superficie junto al bote, y con ella emergieron ocho sirenas más, de edad y aspecto muy semejantes. Unas eran rubias como Desdémona, otras pelirrojas, y otras, que evidentemente tenían el pelo blanco, se lo habían teñido de color azul eléctrico.

—Señoritas —dijo Desdémona, con su voz sonora y ronca—, sé que estarán ustedes de acuerdo conmigo en que es un gran honor tener aquí con nosotras a unas personas tan bien relacionadas como nosotras. Estoy segura de hablar por todas ustedes al dar la bienvenida a la culta y aristocrática compañía de *lady* Penélope y sus

primos, que son lores y demás cosas por derecho propio.

—¡Eh, eh! —dijo de repente Gundemaro—. Y yo, ¿qué?

—¿Usted, qué pasa con usted? —preguntó Desdémona.

—Que yo zoy un conde polaco —dijo el sapo—, y procedo de una larga y diztinguida línea de condez, vaya que zí.

—¿Usted? —preguntó Desdémona estupefacta—. Usted no tiene *aspecto* de conde.

—Puez claro que no —dijo Gundemaro—; ez que me cambiaron por otro en la cuna, ¿comprende?

—Perdone, pero no *habla* usted como un conde —dijo la Primera Sirena.

—Ez que me rezcató una ancianita que me crió como zi fuera zu hijo —dijo Gundemaro—. Era pobre, ¿comprende?, y por ezo no me pudo educar para que hablaze bien.

—Fascinante, realmente fascinante —dijo Desdémona, no demasiado convencida—. Me tiene usted que contar despacio todo eso. Pero primero, señoritas, vamos a rescatar a nuestros nobles pasajeros. Vamos, todas a la vez, una, dos y tres.

Dando muestras de una agilidad mucho mayor de la que se habría podido esperar de unas sirenas de tan opulenta figura, las ocho señoritas de Desdémona empezaron a segar las algas para abrir entre ellas un sendero, al tiempo que la propia Desdémona se situaba a popa y, apoyando en ella sus obesos brazos, propulsaba el bote a coletazos. Entre tanto, se puso de charla con los niños.

—Cuando yo era jovencita —empezó, dirigiéndose a Penélope—, antes de que nos instaláramos en Mitología, solía pasar *gran parte* de mi tiempo en las proximidades de la playa de Brighton.

—¿En Brighton? —dijo Pedro—. Simón y yo veraneamos allí el año pasado.

—¡No me diga! —exclamó Desdémona—. Es un lugar magnífico. Siempre va gente de mucha clase, ya saben. Una tía mía, del lado de mi padre, estaba una vez nadando por allí, y *¿quien dirán ustedes* que salió de una de aquellas antiguas máquinas de baños?

—¿Quién? —preguntó Simón.

—¡El rey Jorge IV de Inglaterra! —dijo la sirena—. Nada menos que Su Alteza Real, que en paz descanse. Decía mi tía que iba elegantísimo, con un traje de baño precioso, todo de rayas, y con un gorro de punto para que no se le mojara la real cabeza, y sandalias de playa para que sus reales pies no se lastimaran con las piedras. Pues hete aquí que todavía no le llegaba el agua más arriba de la cintura, cuando perdió una sandalia. ¡La que se armó, contaba mi tía! El rey venga a dar gritos, y todos los cortesanos y los caballerizos arrojándose al mar vestidos, para buscar como locos en busca de la sandalia.

—¿Y qué pasó? —preguntaron los niños, fascinados.

—Que no la encontraron —dijo Desdémona—. Pero cuando ya se habían marchado todos mi tía se acercó a echar una ojeada, y *ella* sí la encontró. Sí, sí, y

hasta hoy la tiene guardada en una vitrina de cristal: la sandalia de playa que llevaba en un pie Su Alteza Real. ¿Qué me dicen ustedes de eso?

—Que pocas personas tendrán una tía poseedora de una sandalia de playa real —dijo Penélope.

—¡Exactamente! —dijo Desdémona triunfante—. Eso mismo les digo yo siempre a mis niñas. ¿Usted asiste a muchas fiestas en el Palacio de Buckingham, querida?

—Pues no, no voy muy a menudo —dijo Penélope sin faltar a la verdad.

—Mi abuela subía una vez a nado por el Támesis y la atropelló un lanchón. En el primer momento se enfadó mucho, porque del golpe se le puso un ojo morado, pero luego vio que era nada menos que el lanchón de ceremonia de la reina Isabel. ¡Figúrense! Pocos habrá que puedan decir que una reina les puso un ojo morado, ¿no es verdad?

—¡Mar abierto a proa! —gritó Loro—. ¡Preparados para izar la vela!

—Bueno, pues he disfrutado mucho con esta pequeña charla —dijo Desdémona muy finamente—. No hay nada como un poquito de conversación con personas que comprenden lo que es la aristocracia.

—Yo también lo he pasado muy bien —dijo Penélope.


—Espero que volvamos a vernos —dijo Simón.

—Lo mismo digo —dijo Pedro.

—Son ustedes muy amables —dijo la Primera Sirena, moviendo las pestañas como una loca. Después reunió junto a sí a sus señoritas, y todas juntas, balanceándose entre las olas, les despidieron con saludos y besos tirados al aire. Pronto el bote tomó velocidad y se alejó surcando el mar.

—¡Qué retraso tan *enojoso*! —exclamó Loro, consultando el reloj con cara de preocupación—. ¡Sumamente *enojoso*! Y no parece que podamos ir más deprisa. Lo cual significa que cuando lleguemos a la Isla de los Licántropos ya habrá anochecido.

—Pero H. H. ha dicho que no desembarcáramos de noche —protestó Pedro.

—Es que no vamos a tener otro remedio  —dijo Loro muy serio—, Si no desembarcamos y cogemos la ruda esta noche, perderemos el viento que nos está dando H. H., y tardaremos *días enteros* en volver.

—Bueno, pues entonces la cosa queda entre Pedro, tú y yo —dijo Simón—. Pempi que se quede en el bote, y Gundemaro se queda con ella para protegerla.

—¡Eh, *un momento*! —empezó Penélope.

—Por favor, Penélope; tiene razón Simón —dijo Loro—. De día sería otra cosa, pero de noche es demasiado peligroso. No nos podemos fiar ni de los licántropos ni de los fuegos fatuos, y no digamos de las mandrágoras. Tú vas a ser buena chica y te vas a quedar en el bote, y, si pasara algo, entre Gundemaro y tú lo podéis apartar de la orilla.

—Bueno, bueno, está bien —dijo Penélope—. Pero que conste que no quiero.

El bote volaba sobre las olas, y Loro iba cada vez más preocupado, mirando el reloj cada cinco minutos y escudriñando el horizonte con el catalejo. Era la

quincuagésima vez que lo hacía, cuando sucedió algo muy extraño: delante de ellos se rizó de pronto el mar y se llenó de espuma, como si de repente hubiera aparecido allí un banco de arena o un arrecife. El oleaje fue haciéndose mayor en aquel punto, y al fin los niños, ya un poco asustados, vieron una cosa que subía hacia la superficie. Al instante siguiente salió de las aguas la cabeza enorme de una serpiente de mar, y sobre un cuello largo y delgado se elevó en el aire hasta una altura de diez metros. Era una cabeza descomunal, con orificios nasales como los de un hipopótamo, enormes ojos como platos y unas orejas desfleadas y tan grandes que, a primera vista, los niños creyeron que eran alas. Alrededor de la barbilla y de los labios tenía muchos tentáculos erizados, que en conjunto parecían barba y bigote. El cuerpo de aquel ser estaba recubierto de escamas de un hermosísimo azul, como el plumaje del martín pescador; sus ojos eran de color verde mar, y el bigote y la barba eran rubios. En lo alto de la cabeza, entre las orejas, tenía dos extraños cuernos negros parecidos a los de los caracoles y detrás de ellos llevaba puesto un gorro de cocinero. Salió mirando a su alrededor, con una sonrisa en los labios, y chorreando agua de mar en cataratas.

Lejos de alarmarse ante aquella aparición, Loro pareció acogerla con verdadero regocijo.

—¡Ah, *estupendo!* —dijo—. Es Osvaldo. ¡Qué suerte!

—¿No hace nada? —preguntó Penélope.

De todos los animales que habían visto en Mitología, Osvaldo era sin duda el de mayor tamaño.

—¿Osvaldo? ¿Osvaldo, dices? ¡Ja, ja, ja, ja! —rió Loro—. ¡Si es lo más mansito de toda Mitología!

—Es que da la impresión de tener muchísimos dientes —explicó Penélope.

—No, no, Osvaldo es de toda confianza —dijo Loro—. Más manso que un rebaño de corderitos.

—¿Nos ayudará? —preguntó Simón.

—Eso es lo que le voy a pedir —dijo Loro—. Lo que hay que hacer es llamar su atención..., es un poquito duro de oído.

Así diciendo, Loro se subió a la proa del bote, y haciendo bocina con las alas alrededor del pico gritó:

—¡Osvaldo! ¡Soy yo, Loro! ¡Estoy aquí, tonto, en el bote!

Osvaldo miró en torno con aire despistado, como si hubiera oído algo pero no supiera de dónde venía el sonido. De pronto vio el bote e inmediatamente abrió mucho los ojos, con expresión de asombro.

—¡Una rosquilla glaseada! —chilló, embelesado—. ¡Hacía años que no las veía! ¡Una rosquilla glaseada azul!

Y aquel ser, que según Loro era lo más mansito de Mitología, se abalanzó hacia ellos, bajó la cabeza y, sin dar tiempo a que nadie pudiera hacer nada por impedirlo, se metió en la boca el bote con los tres niños, Loro, Gundemaro, la cesta de la

comida, las hoces y el saco de la ruda.

—¡Pobres de nosotros! —pensó Penélope al ver cerrarse las enormes mandíbulas, llenas de blancos dientes—. ¡Aquí sí que *se acaba* la aventura!



Capítulo 7

Licántropos y fueguipatos

¡Pedazo de idiota! —vociferó Loro en la oscuridad de la boca de Osvaldo—. ¡Será cretino! ¡Verdaderamente, estos animales le hacen a uno mudar la pluma!

—¿Qué hacemos? —preguntó Pedro.

—¿Cómo que qué hacemos? —vociferó Loro—. ¿Qué *vamos a hacer* sino salir de aquí antes de que esta estúpida serpiente de mar nos engulla? Venga, vosotros coged las hoces y dadme a mí el catalejo, y le golpearemos los dientes.

—¡Ñam, ñam! —se oía decir a Osvaldo para sí, con una voz que sonaba toda hueca y reverberaba desde donde ellos estaban—. ¡Ñam, ñam! ¡Al cabo de tantos años qué sabor tan delicioso! ¡Qué delicadeza! ¡Ñam, ñam! ¡Por fin una rosquilla glaseada *de verdad*!

—Yo le voy a dar rosquillas glaseadas a este memo —dijo Loro—. Venga, todos a la vez.

En el momento en que Osvaldo repetía «Ñam, ñam» por cuarta vez, los niños, Gundemaro y Loro, todos a una, le aporrearon los dientes. Así que lo que en realidad dijo fue «Ñam, ñam, ah-ah, aaaaaaay», y sin más contemplaciones escupió el bote y todo su contenido. Luego bajó la cabeza y lo miró con atención.

—¿Qué es esto? —dijo, estupefacto—. ¡Una rosquilla *con gente*! ¡Pero bueno!

—¡Soy yo, imbécil! ¡Loro! —gritó Loro, agitando el catalejo.

—Una rosquilla blanca con gente encima sería ya algo extraordinario —dijo Osvaldo, fascinado ante aquel problema—, pero una rosquilla azul habitada es lo nunca visto, desde luego.

—A este reptil acabo yo hoy estrangulándole —masculló Loro, y luego vociferó—. ¡Osvaldo, que soy yo, Loro, Loro!

Osvaldo inspeccionó el bote desde más cerca.

—¡Hombre! —exclamó entonces, gratamente sorprendido—. ¡Pero si es Loro! ¡Qué alegría me da verte! Pero ¿cómo se te ocurre navegar en una rosquilla azul? ¿No

te das cuenta de que es muy peligroso? Podría comerte cualquiera, y a ver qué hacías entonces. Si tienes que viajar por mar, hazlo como es debido, en un galeón o algo así.

—¡No es una rosquilla, es un bote! —rugió Loro.

—¿Cómo dices? —preguntó la serpiente de mar.

—¡Que es un bote, una embarcación, una barca! —chilló Loro.

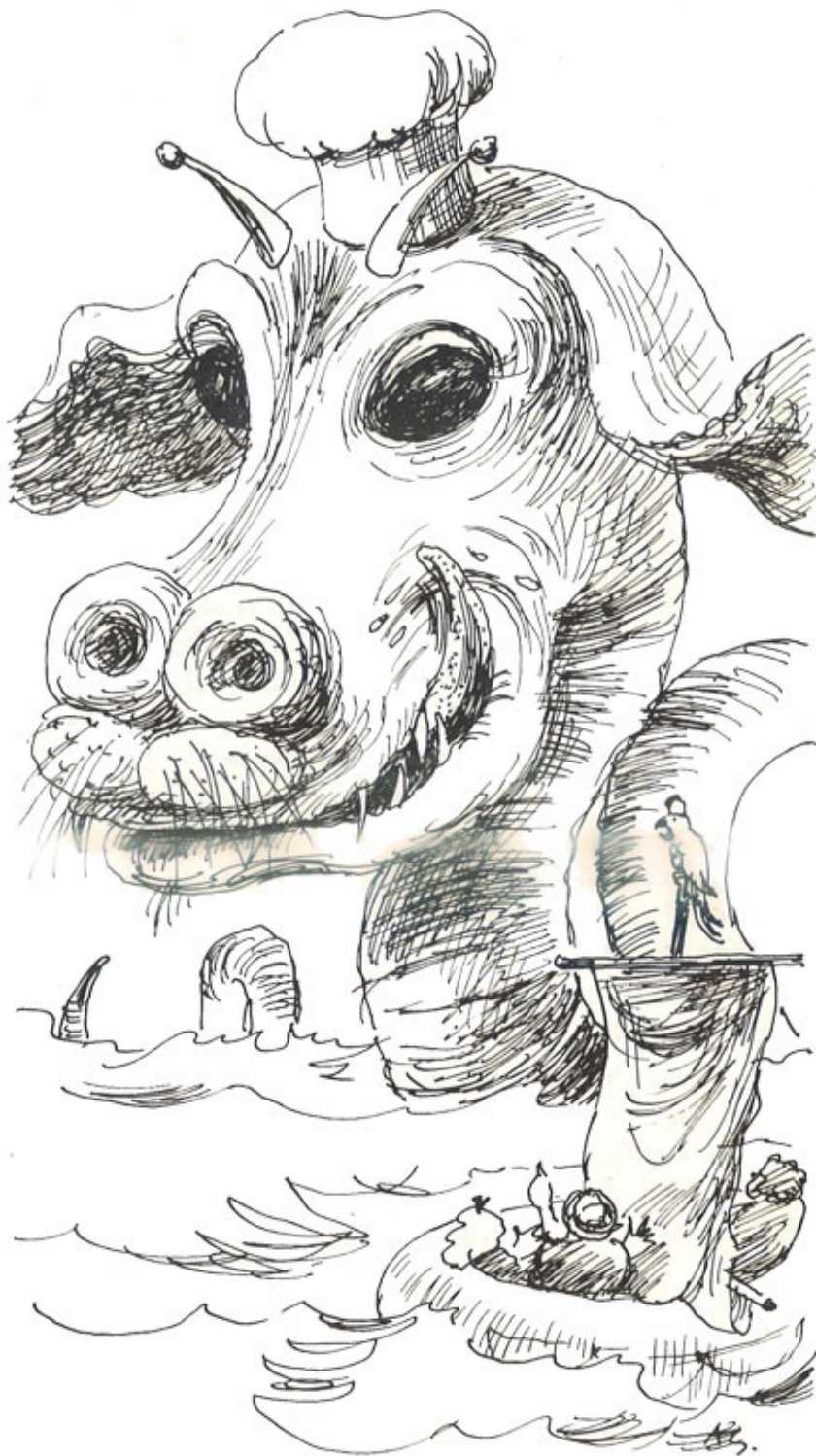
—¿Que es una vaca? —dijo Osvaldo—. No, no, mi querido Loro. No es por llevarte la contraria, pero yo sé cómo es una vaca y no es nada parecido, y además las vacas no flotan, y no son azules. No, no, fíjate bien y verás que es una rosquilla. Es una rosquilla glaseada de pasta de almendra, como las que hacen en Bulgaria.

—¡No te puedo hablar si no te pones la trompetilla! —vociferó Loro—. ¡Me estoy poniendo ronco!

—No, tampoco es un tronco —dijo Osvaldo—. Hombre, puede ser que me equivoque; podría ser un tortel azul, pero lo dudo. Lo dudo mucho. No creo que un tortel flotase tan bien.

—¡De qué te servirá tener las orejas más grandes de Mitología, si eres más sordo que una tapia! —dijo Loro exasperado, y de un vuelo fue a posarse en una de las orejas de Osvaldo.

—¿Dónde tienes la *trompetilla*? —chilló con toda la fuerza de sus pulmones.



—¡Aajá! —dijo entonces la serpiente de mar, complacida—. Eso me parecía, una rosquilla. Me alegro de que estemos de acuerdo, mi querido Loro. Una vaca es *otra cosa* completamente distinta..., con cuernos, y rabo, y todo eso.

—¡Que te pongas la trompetilla! —aulló Loro—. ¡*Trompetilla, trompetilla, trompetilla!*

—No hay necesidad de dar tantas voces —dijo Osvaldo, molesto—. Te oigo perfectamente sin que grites y aúlles de esa manera.

—¡*La trompetilla!* —gritaron los tres niños a coro.

—Ah, ¿queréis que os la enseñe? —dijo Osvaldo, complacido—. Un momentito, que la tengo por aquí guardada..., es el último modelo. Bueno, he de reconocer que en realidad no me hace falta. Yo oigo perfectamente, pero está bien tenerla, y me viene estupendamente para aplicar el merengue en las tartas, como si fuera una manga de pastelero; hago unos dibujos preciosos

Rebuscó bajo las olas y en una de sus patas escamosas sacó una enorme trompetilla de ámbar, con adornos de plata.

Se la colocó en una oreja y les dirigió una amplia sonrisa.

—¿Qué tal me sienta? —preguntó—. Es elegante, ¿no?

—¡Muy bonita! —gritaron los niños.

—¿Cómo? —dijo Osvaldo, inclinándose y acercándoles más la trompetilla.

—¡Muy bonita! —volvieron a gritar.

Osvaldo se enderezó, se quitó la trompetilla de la oreja y miró por el agujero.

—Un momento, no tardo nada —dijo, dirigiéndose a los niños—. Es un pequeño problema técnico.

Metió una de sus largas uñas en la trompetilla y hurgó en el interior. Luego sacudió el instrumento y de él cayeron grandes cantidades de merengue seco.

—¡Ya! —dijo satisfecho—. Es que de vez en cuando se queda un poco atascada.

Se la volvió a poner en la oreja y Loro voló a posarse encima.

—¿Me oyes ahora? —preguntó.

—Perfectamente —dijo Osvaldo, sorprendido—. Pero ya te oía antes. Todas esas tonterías de la vaca.

—Bueno, pues escúchame bien —dijo Loro—. Es esencial que lleguemos a la Isla de los Licántropos lo antes posible.

—¿A la Isla de los Licántropos? —repitió la serpiente de mar—. ¿Y qué se os ha perdido allí? Mal sitio, mala gente. No hace mucho que estuve allí para tomar baños de sol y los licántropos me tiraron piedras. Son unos groseros.

—Lo de por qué vamos es una larga historia que ahora no tenemos tiempo de contarte —dijo Loro—. Pero tenemos que llegar antes de que salga la luna; ¿nos podrías remolcar un poco?

—Eso está hecho —dijo Osvaldo—. Tendréis alguna sogá en la rosquilla, me figuro. Pues atádmela al cuello y allá vamos.

Conque le pasaron la amarra alrededor del cuello y se pusieron en marcha. Al principio, llevado de su deseo de ayudar, Osvaldo tomó demasiada velocidad, y el bote daba tales saltos que poco faltó para que se cayeran todos al agua. Ni que decir tiene que la serpiente se había quitado la trompetilla, por lo que no oyó sus gritos de que frenara, y al final Loro tuvo que ponerle en el hocico y darle de picotazos para que se enterase de lo que estaba haciendo. Por fin ajustó la velocidad, y volaron sobre las olas como una exhalación.

—Oye, ¿por qué lleva Osvaldo gorro de cocinero? —le preguntó Simón a Loro.

—Porque es cocinero —dijo Loro—. Estudió en París y en China. Es un cocinero

excelente, pero su padre no le dejó que siguiera con ello, porque según él no era una profesión adecuada para una serpiente de mar. Así que el pobre tuvo que dejarlo y meterse en el negocio familiar.

—¿Qué negocio es? —preguntó Penélope.

—Es una empresa que fundó el tatarabuelo de Osvaldo, «Emoción Ilimitada». Si hay algún sitio donde el turismo no marche bien, mandan allí a algún miembro de la familia; se deja ver y fotografiar un par de veces, y de la noche a la mañana aquello se llena de turistas que van a ver a la serpiente de mar. Pero Osvaldo es muy tímido y no le agrada la publicidad que todo eso supone, y como además es muy bondadoso no le gusta ir dejando pisadas en los jardines de las casas o asustar a los excursionistas saliendo de repente de detrás de las rocas. Su verdadera vocación era poner un restaurante, pero su padre dijo que cuándo se había visto a una serpiente de mar al frente de un restaurante, conque tuvo que entrar en la empresa y sólo guisa en sus ratos libres.

—Pobre Osvaldo —dijo Penélope.

—No hay derecho —dijo Pedro—. Debe ser espantoso para un tímido tener que andar por ahí exhibiéndose.

—Y encima siendo buen cocinero —dijo Simón.

—De primera —dijo Loro—, y se niega a utilizar panahorias..., todo tiene que ser con ingredientes frescos. Es muy exigente.

El cielo empezaba a adquirir una fuerte tonalidad verde dorada, y los niños vieron iniciarse las cuatro puestas de sol. Sobre el horizonte, al principio como una manchita y en seguida con mayor claridad, se perfiló la Isla de los Licántropos.

—No creo que lleguemos antes del crepúsculo —dijo Loro, consultando el reloj y volviendo después los ojos hacia el sol, que descendía hacia el horizonte—. Tendremos que desembarcar ya anochecido, pero pase lo que pase hay que salir de allí antes de que salga la luna. Desdichadamente no se me ocurrió decírselo, pero *podríamos* haber hecho que H. H. tuviera encendido el sol dos días seguidos. Es de esas cosas que no se te ocurren hasta que ya es demasiado tarde.

Según se iban aproximando a ella, la isla mostraba un aspecto cada vez más inhóspito, con rocas escarpadas y espesos matorrales. Tenía un no sé qué de lúgubre y perverso, y Penélope se estremeció al pensar en sus habitantes.

—Le he dicho a Osvaldo que desembarcaremos en el extremo meridional —explicó Loro—, porque el Bosque de las Mandrágoras está al noreste, y las guaridas de los licántropos al noroeste. Si conseguimos no despertar a las mandrágoras y que los licántropos no nos huelan, cogemos la ruda, estaremos de vuelta en un periquete.

—¿Y los fuegos fatuos? —preguntó Pedro.

—Con éstos no hay peligro, son simplemente enredadores. Basta con no hacerles caso —dijo Loro.

Osvaldo había aminorado la marcha al acercarse a la isla y se dirigió a una pequeña ensenada. Allí atracaron el bote, sacándolo a la arena, que era roja y negra y

tenía un resplandor inquietante bajo la luz del atardecer.

—Acuérdate bien —le dijo Loro a Penélope—: tú te quedas aquí con Gundemaro y con Osvaldo, y al primer indicio de complicaciones os hacéis a la mar.

—Y vosotros, ¿qué? —protestó Penélope.

—Por nosotros no te preocupes —dijo Loro con aire confiado—. No nos pasará nada.

—Adiós, Penélope —susurró Pedro—. Ya lo sabes, si hay algún peligro te vas pitando.

—Sí, no te arriesgues —dijo Simón.

—Adiós —dijo Penélope—. Cuidaos vosotros también.

Pedro, Simón y Loro cargaron con los sacos y las hoces y emprendieron la marcha entre los arbustos, procurando hacer el menor ruido posible.

Penélope se sentó en la playa con Gundemaro a su lado, y Osvaldo se tendió en el agua baja.

—No ezté uztez preocupada, zeñorita —la animó Gundemaro—. En menoz de lo que ze tarda en decir «huevoz de rana fritoz» habrán cruzado eze horrible Bozque de laz Mandrágoraz y eztarán ya en el campo de la ruda.

Osvaldo le había estado escuchando con gran atención a través de la trompetilla, y preguntó:

—Decidme, ¿para qué quieren la ruda?

—Para dárzela a laz comadreja, para qué va a zer —dijo Gundemaro.

—¿Para dársela a las comadreas? Claro que tonto soy, cómo no se me habrá ocurrido —dijo Osvaldo—. ¿Y por qué?

—Recarape, ¿ez que uztez no zabe nada? —preguntó Gundemaro—. ¿No zabe lo de loz bazilizcoz y todo ezo?

—No, lo lamento, pero no estoy enterado —dijo Osvaldo, como excusándose—. Es que he estado fuera en una misión de trabajo y acabo de volver.

En vista de ello, y también porque era una manera de pasar el rato, Penélope y Gundemaro le contaron el asunto de los basiliscos y sus aventuras.

—¡Qué canallas! ¡Qué sinvergüenzas! —dijo Osvaldo cuando terminaron—. ¡Portarse así con H. H., el hombre más bueno que hay sobre la tierra! ¡Con el hombre que me dio mi *mejor* receta de flan de frambuesas! Menos mal que os tenía a vosotros para ayudarle.

—Así que ya ves —dijo Penélope—: si conseguimos la ruda, todo se podría arreglar.

—Sí, sí, ya veo lo importante que es —dijo Osvaldo—. Es como, en la cocina, ese último poquitín de pimienta, la pizca de sal, el pedacito de cebolla o la levísima, ligerísima, minimísima insinuación de hierbas de las que depende que el guiso sea un éxito o un fracaso.

—*Exactamente* —dijo Penélope—. ¡Qué bien lo expresas!

—Yo no entiendo ni una palabra de lo que dice —confesó Gundemaro.

—Estoy pensando —dijo Osvaldo— si no debería irme hacia la parte noreste de la isla, para estar a mano, por así decirlo, si tienen dificultades.

—¡Ay, sí, por favor! —dijo Penélope con vehemencia—. Así estaríamos más tranquilos.

—Pues me voy ahora mismo —dijo Osvaldo, y saliendo a la bahía se sumergió y desapareció tan veloz y silenciosamente como un pececillo.

Penélope y Gundemaro permanecieron en silencio al lado del bote. Los minutos les parecían siglos.

—Ez una pena que haya que eztar en zilencio, zeñorita —susurró al rato Gundemaro—; zi no, cantaríá para entretenerla. Ya zabe que loz zapoz zomoz famozoz por nueztra voz, y yo me zé unaz cancionez preciozaz, de verdaz.

—Eres muy amable —dijo Penélope—. Me habría gustado mucho oírte.

—Zi me hubiera traído el equipo de preztidigitador, le haría algún truco —siguió diciendo el sapo—, porque antez de hacerme ezpía fui preztidigitador, ¿zabe uztez? Zé zacar un tritón de un zombrero de copa, de una manera que todo el mundo ze queda boquiabierto.

—¡Qué maravilla! —dijo Penélope.

Y otra vez se quedaron en silencio, mientras Penélope imaginaba todas las cosas espantosas que les podían estar pasando a Pedro, Simón y Loro.

—Oiga, zeñorita —dijo por fin Gundemaro—: ¿ve uztez aquel altito que hay al final de la enzenada? Ze me ezta ocurriendo que dezde ahí ze debe ver un buen trozo de la izla, y zi me zubiera zeguro que lez vería volver con la ruda. ¿Me acerco, zeñorita?

—Bueno —dijo Penélope—. Por mí te puedes ir, pero yo debo quedarme aquí guardando el bote.

—De acuerdo, zeñorita, puez vuelvo en zeguida —susurró Gundemaro, y se fue dando brincos.

Sin Gundemaro la noche parecía doblemente oscura y triste, y Penélope ya empezaba a arrepentirse de haberle dejado marchar cuando ocurrieron dos cosas que le hicieron echarle de menos todavía más. La primera fue que sobre el borde del Mar Musical apareció un primer pedacito diminuto de luna, como una tirita curva de plata. Rápidamente se elevó, y en un momento se despegó del mar y lo bañó todo en luz plateada. Tan pronto como la luna brilló libre en el cielo, a los oídos de Penélope llegó una serie de aullidos prolongados, espeluznantes, que el eco repetía una y otra vez. Poco a poco se extinguieron y volvió a reinar el silencio; un silencio que ahora parecía aún más horrible, sabiendo que los licántropos habían despertado y andaban rondando. Penélope pensó que tal vez debiera ir a buscar a Gundemaro, pero en ese momento oyó otro ruido. Al principio parecía un suspiro muy débil, suave y lejano; después se fue aproximando y resultó que eran palabras articuladas.

—¡Auxilio! —decía la voz, débil y blanda como el algodón—. ¡Ayúdame, por favor!

Penélope se levantó y se dirigió deprisa hacia el lugar donde empezaban los arbustos, porque era de allí de donde parecía salir la voz. Al principio no distinguió nada en la oscuridad, pero de pronto vio una luz, una lucecita extraña e irisada que parecía rodar o arrastrarse por entre los arbustos hacia la playa.

—¡Ayúdame, por favor, ayúdame! —repitió la patética vocecilla.

Y a Penélope le pareció que salía de aquella extraña luz que se arrastraba por el suelo hacia ella. Sin pensar en el peligro, corrió derecha entre los arbustos hacia la lucecita. Al acercarse, vio que era del tamaño de una pelota de tenis y que parecía componerse enteramente de llamas multicolores, pero mirándola desde más cerca observó que era un ave pequeñita, redonda y gorda, con pico de pato, y cuyo plumaje, en vez de ser de plumas, parecía estar formado por llamas de colores muy vivos. Las llamas parpadeaban de tal manera que era difícil distinguir exactamente la forma de aquel animal, pero obviamente estaba muy malo. Penélope corrió hacia él y se agachó para cogerlo, pero el animal rodó hacia atrás sobre su lomo y apartó sus manos con dos patitas frágiles como de petirrojo.

—No me toques —dijo débilmente—. Espera que cambie.

Penélope retiró la mano y se quedó mirando. Con gran asombro observó entonces que, de ser de todos los colores del arco iris, aquella criatura pasaba de repente a un pálido tono amarillo blaucuzco.

—Ya estoy fría —dijo con su vocecilla—. Ya me puedes coger.

Penélope se agachó y cogió en sus manos a aquella extraña criatura. Era ligera como el algodón y latía débilmente como un pájaro. Penélope regresó con ella a la playa, y al llegar junto al bote se sentó en la arena y depositó en su regazo al animalillo, que se acomodó allí exhalando un suspiro de alivio.

—Tú debes ser Penélope —dijo—, ¡hip!

—Sí, lo soy —dijo Penélope—. Pero ¿cómo lo sabes? ¿Y quién eres tú?

—Yo soy una fueguipata —jadeó el pequeño animal—. Bueno, ¡hip!, en realidad todavía no, soy una fueguipatita, porque salí del huevo la semana pasada, ¡hip! Me llamo Pantita.

—¿Y qué te pasaba? —preguntó Penélope.

—Te lo tengo que contar muy deprisa —dijo Pantita sin aliento—. No hay tiempo, ¡hip!, que perder. Había salido esta tarde a hacer prácticas de vuelo, ¡hip!, ya a la puesta de sol, y resulta que me caí en un arbusto. Todavía no vuelo bien del todo, sabes, ¡hip!, y del golpe me quedé sin sentido. Cuando volví en mí, ¡hip!, había un grupo de fuegos fatuos cerca del arbusto donde yo estaba, ¡hip!, y estaban conspirando. Ya sabes que, ¡hip!, a los fuegos fatuos les gusta mucho conspirar. Pero esta conspiración era verdaderamente mala. Dijeron que dos humanos y el señor Loro, ¡hip!, estaban cruzando la isla, y que habían dejado a un sapo y una Penélope (supongo que serás tú) guardando el bote. Y dijeron, ¡hip!, que iban a decirles a los licántropos dónde estaban el señor Loro y los otros, ¡hip!, y que cuando estuvieran TODOS juntos iban a despertar a las mandrágoras, ¡hip!

—¡Qué me dices! —exclamó Penélope, absolutamente indignada—. ¡Pero qué seres tan repugnantes y tan atravesados! ¿Y qué más pasó?

—Que me dio hipo —dijo Pantita avergonzada— y todos se me echaron encima, ¡hip!, y se pusieron a darme golpes, y me caí del arbusto y me rompí un ala, ¡hip! Entonces se asustaron y se fueron corriendo. Pero yo pensé que debía venir, ¡hip!, aquí a avisaros. ¿He hecho bien?

—¡Has hecho muy bien! —dijo Penélope, y la voz le temblaba de indignación al pensar lo que los fuegos fatuos habían hecho con Pantita—. Ahora me toca a mí decirte lo que yo voy a hacer. Te voy a dejar bien segura en el bote y allí esperarás a que llegue un sapo; se llama Gundemaro. Cuando llegue, le cuentas lo que me has contado a mí y le dices que he ido a avisar al señor Loro. ¿Te acordarás?

—Sí, sí —dijo Pantita—. Tengo muy buena, ¡hip!, memoria. Es sólo en el vuelo en lo que fallo, ¡hip!

—Y cuando yo vuelva, te arreglaré el ala —dijo Penélope.

—Ten mucho cuidado —dijo Pantita—. Los fuegos fatuos, ¡hip!, no son de fiar, de veras.

—Lo tendré —dijo Penélope, y depositó cuidadosamente a Pantita en el bote—. ¿Estás cómoda?

—Sí, muchas, ¡hip!, gracias —dijo la fueguipata.

—Pues hale, quédate ahí hasta que venga Gundemaro.

Y, cogiendo la linterna, Penélope cruzó rápidamente la playa y se internó entre los arbustos por un tosco sendero que era evidentemente el que habían tomado Loro y los gemelos. Al rato se acabaron los arbustos, dando paso a una especie de pradera un tanto seca y rasposa. Allá adelante se perfilaba un bosque. «Ese debe ser el Bosque de las Mandrágoras», pensó Penélope, y recordó que lo importante era no despertarlas. Se acercó de puntillas hasta el lindero del bosque, y una vez allí se detuvo y encendió la linterna un momento, porque quería ver cómo eran las mandrágoras. Lo que vio le dio ganas de echarse a reír. Todas tenían la forma de un huevo de Pascua grande y verde, con grandes ojos muy cerrados, orejas también grandes, narices chatas y bocas fruncidas con una expresión de desagrado; todo ello les salía directamente del tronco. A un lado y otro del mismo brotaban sendas ramas cortas y achaparradas, que acababan en un manojo de ramitas y hojas, y que debían de ser el equivalente de los brazos y las manos en la mandrágora. En la cabeza tenían más ramitas cortas y muchas hojas, formando como una especie de peluca enredada. Al dormir roncaban suavemente, haciendo vibrar todo el bosque. Penélope apagó la linterna y se adentró de puntillas entre los árboles. Tenía que ir con mucho cuidado, porque la débil luz de la luna iluminaba poco, y no quería tropezarse con una mandrágora o pisar una ramita seca y despertarlas así a todas. Pasito a pasito fue avanzando, pues, muy despacio, por entre las mandrágoras roncadoras.

Al fin llegó a un claro del bosque que estaba inundado por la luz de la luna y del cual partían seis caminos diferentes. Entonces se dio cuenta de que en la oscuridad

que rodeaba el claro, entre las mandrágoras, había unas cuantas luces azul-verdosas que latían pero permanecían quietas, como si la estuvieran observando. Eran los fuegos fatuos, y en seguida les oyó cuchichear con vocecillas burlonas.

—Es ella, es ella —dijo una.

—Sí sí, sí sí —dijeron las demás a coro.

—No sabe el cami-i-i-ino —dijo entre risitas la primera.

—No, no lo sabe, no lo sabe, se ha perdido —corearon las otras.

—Pronto se la comerán.

—Sí sí, sí sí.

—Se la comerán, se la comerán, se la comerán.

—Sí sí, sí sí.

Penélope se enfadó tanto que de buena gana les hubiera gritado cuatro cosas a los fuegos fatuos, pero no se atrevió a hacerlo por miedo a despertar a las mandrágoras. Y entonces, tan de repente como habían aparecido, los fuegos fatuos se escabulleron entre los árboles y se esfumaron. Penélope se quedó en el centro del claro, preguntándose cuál de los seis caminos debería tomar; echaba de menos una brújula. Cerró los ojos y trató de recordar cómo era el mapa de la isla, y en qué dirección estaba el campo de ruda. Cuando los volvió a abrir, a la entrada de cada camino había un licántropo.

Eran como perros alsacianos muy grandes y greñudos; caminaban erguidos, sobre las patas traseras, y las delanteras las manejaban con tanta habilidad como los monos. A la luz de la luna, sus ojos tenían un reflejo verdoso, y todos jadeaban, sacando y metiendo sus rojas lenguas y mostrando los dientes, de una blancura deslumbrante. Sin darle tiempo a hacer nada, los licántropos rodearon en silencio a Penélope; le echaron un saco por la cabeza, y sintió que unas patas duras y peludas la levantaban en vilo y se la llevaban, sin otro ruido que el ronco jadeo de sus secuestradores.

Al poco rato llegaron a su destino; la bajaron al suelo, y la ataron a algo que parecía ser un tronco de árbol. Después le quitaron el saco, y vio que estaba en una cueva grande y tenebrosa, iluminada por una gran hoguera vacilante. La habían atado a un tronco clavado en el suelo de tierra de la cueva, y a derecha e izquierda había otros dos troncos, a los cuales estaban atados Pedro y Simón.

—¡Penélope! —exclamó Pedro—. ¿Qué haces aquí?

—¿Por qué no te has quedado con Osvaldo? —gritó Simón.

A toda prisa, y aprovechando que los licántropos los habían dejado solos, Penélope les contó la historia de la fueguipata y de su posterior captura.

—Pues nosotros cruzamos el Bosque de las Mandrágoras sin ningún problema —dijo Pedro—, y encontramos la ruda; crece justo al borde del mar, cerca de aquí.

—Llenamos los sacos —dijo Simón—, y en ésas apareció Osvaldo, diciendo que tú le habías enviado. Así que le dijimos que volviera por ti, Gundemaro y el bote.

—Loro se fue con él —dijo Pedro—, y nosotros os estábamos esperando cuando de pronto apareció todo un regimiento de esos asquerosos fuegos fatuos. Gritaron:

«Aquí están, aquí están», y al momento se nos echaron encima los licántropos. Eso fue hace media hora.

—¿Y qué piensan hacer con nosotros? —preguntó Penélope.

—Convertirnos en licántropos —respondió Pedro melancólicamente—, para aumentar su población.

—¡No digas tonterías! ¡No pueden hacer eso! —exclamó Penélope, espantada.

—Sí que pueden —dijo Simón—. Si nos muerden, nos volveremos como ellos. Nos lo ha dicho el guardián. Cuando se oculte la luna van a hacer una ceremonia especial; entonces nos morderán, y se acabó lo que se daba.

Penélope enmudeció, pensando en la suerte que les aguardaba.

—No nos podemos soltar, ya lo hemos intentado —dijo Pedro—. Esta gente sabe atar bien.

—Yo tengo una navaja en el bolsillo, pero no llego a cogerla —dijo Simón.

En ese momento entró en la cueva un licántropo. Penélope pensó que vistos a la luz vacilante de la hoguera carecían todavía más feos y feroces que a la luz de la luna.

—No se puede hablar —dijo el licántropo, con voz bronca y desagradable—. Ya os lo he dicho.

—Eh, vete a freír monas —dijo Pedro muy flamenco.

—Di que sí —dijo Simón—. Tenemos derecho a hablar, ¿no?

—La ley dice que no —dijo el licántropo, tendiéndose junto al fuego.

—¿Cómo va a haber una ley para esto, si es la primera vez que tenéis prisioneros? —dijo Penélope indignada—. ¡Vaya idiotez!

El licántropo echó las orejas hacia atrás y enseñó los dientes.

—Aquí no hay ningún idiota —dijo—. Os hemos cogido *a todos*, y eso no es ninguna idiotez, así que cierra la boca.

Hubo un rato de silencio, sólo roto por el crepitar del fuego. De pronto, el licántropo, que dormitaba con la cabeza entre las patas, puso las orejas tiesas. Luego se incorporó, mirando fijamente a la boca de la cueva. Los niños miraron también, y vieron una cosa muy rara que entraba arrastrándose: era como una oruga larga y blanca. Bajo la mirada atenta de los niños y del licántropo, fue reptando lentamente hacia la hoguera. El licántropo se alzó sobre sus cuatro patas, con el pelo del lomo erizado, y gruñó a aquella extraña cosa de aspecto oruguesco.

—¡Alto! ¿Quién va? —rugió.

—Arr —dijo la oruga—. Arr, arr, gente amiga.

—¿Quién eres? —preguntó el licántropo, ya un tanto alarmado.

—Zoy un licánzapo —dijo una voz conocida—. Zoy un licánzapo, y vengo con un regalo muy importante para el jefe de los licántropos.

Al acercarse la extraña aparición a la hoguera, los niños vieron con alegría que se trataba, en efecto, de Gundemaro, que llevaba un gran rollo de algodón pegado a la espalda.

—¿Qué es un licánzapo? —preguntó el licántropo, desconcertado.

—¿No me iraz a decir que no haz oído *hablar* de loz licánzapoz? —preguntó Gundemaro con mucha sorna—. ¡Puez vaya una educación que te han dado!

—Yo soy muy instruido —dijo el licántropo, muy enfadado.

—¿Inztruido? ¿Tú? ¿Tú, que ni haz oído hablar de loz licánzapoz? —dijo Gundemaro—. A mí en tu cazo me daría vergüenza confezar que no zé lo que ez un licánzapo.

—Bueno, venga, ¿qué es? —dijo el licántropo, furioso.

—Ez como un licántropo, pero diferente. Ez como máz pelgrozo, máz malo y máz aztuto.

—¡No puede haber nadie más peligroso, ni más malo, ni más astuto *que nosotros!* —dijo el licántropo, indignado—. ¡No me lo creo!

—¿Me eztáz llamando mentirozo? —preguntó Gundemaro—. Ezpero por tu bien que no zea ezo lo que quierez decir. Loz licánzapoz podemos zer verdaderamente perverzoz zi ze noz ofende.

—Yo no he dicho que mientas —se apresuró a aclarar el licántropo—. Sólo he dicho que no me lo creo.

—Bueno, ezo eztá mejor —dijo el sapo—. Ahora, vamoz a ver, ¿dónde eztá tu jefe, eh? Tengo que darle el regalo.

—¿Qué regalo es? —preguntó el licántropo con desconfianza.

—No ez para ti, zino para él —dijo Gundemaro—. Ez una pócima mágica ezpecial, que hace que loz licánzapoz y loz licántropoz zean el doble de..., de..., el doble de «licánicoz», ¿comprendez?

—¿El doble de «licánicos»? —repitió el licántropo—. O sea, ¿más astutos, más peligrosos, más malos?

—Ezactlymente —dijo Gundemaro, y sacó un frasquito de debajo de su disfraz de algodón—. No tienez máz que frotarte ezta loción en el rabo, y en menoz de lo que ze tarda en decir «ancaz de rana en filetez» te conviertez en el máz licánico de loz licántropoz.

—O sea, que..., es un decir, claro..., ¿que con esa pócima yo podría ascender, por ejemplo, de centinela a jefe de la manada? —preguntó el licántropo, relamiéndose.

—Por zupuezto —dijo el sapo—. Zin duda alguna. No me eztrañaría nada que tu jefe ze proclamara rey cuando ze haya frotado el rabo con ezto.

—Pues sí que..., eh..., sí que *tiene tela* el frasquito —dijo el licántropo, pensativo.

—Zí —dijo Gundemaro—, ya lo creo que tiene.

—Estaba pensando..., que a lo mejor..., ¿tú me dejarías ponerme un poquitín en el rabo? Una pizquirritina de nada, tan poquito que el jefe ni se daría cuenta.

—Hombre, no zé, *no zé* —dijo Gundemaro, titubeando—. Ten en cuenta que ez un regalo, y yo no tengo derecho, en realidaz...

—¡Anda, anda! —dijo el licántropo, suplicante—. Una gotita nada más..., él ni se va a enterar, y yo te lo agradeceré toda la vida.

—Bueno —dijo el sapo, de mala gana—. Arr..., pero zólo una gotita, ¿eh? ¿Me lo prometez?

—Sí, sí, lo prometo, sólo una gotita —dijo el licántropo.

—Bueno, ziendo azí, te dejo —dijo Gundemaro.

Y ofreció el frasco al licántropo, que se lo arrebató, lo destapó e inmediatamente derramó todo el contenido sobre su rabo. Hasta las narices de los niños llegó entonces el olor fuerte y penetrante del alcohol que llevaban en el botiquín para limpiar heridas y rozaduras.

—¡Ajá! —dijo el licántropo, con sonrisa triunfal—. ¡Te he engañado, me lo he echado *todo*! ¡Ahora seré el rey de los licántropos; seré más *malo*, más *peligroso* y más *horrible* que nadie! ¡Y voy a empezar por zamparte a ti, licánzapo miserable, a ti el primero!

—Ezo lo veremos —dijo Gundemaro, y cogiendo de la hoguera una rama encendida se la tiró al rabo. Al instante se prendió el alcohol, y todo el rabo del licántropo se convirtió en una llamarada.

—¡Arr...! —chilló el licántropo—. ¡Mi rabo! ¡Mi rabo!

—Azi no tendráz frío —dijo el sapo.

—¡Au, au, au! —aulló el licántropo, dando vueltas y vueltas alrededor de la hoguera—. ¡Mi rabo! ¡Mi rabo!

—Yo que tú me iría al mar a ponérmelo en remojo —le aconsejó Gundemaro—. A ver zi azí ze refrezca.

Sin dejar de aullar de dolor, el licántropo siguió el consejo y salió corriendo en dirección al mar, seguido de lo que, más que rabo, parecía una hoguera andante.

—Eze ya va calentito y bien zervido —dijo Gundemaro triunfante, al tiempo que se arrancaba el disfraz de algodón—. Pazemos ahora al rezcate.

—Gundemaro, eres maravilloso —dijo Penélope.

—Genial —dijo Pedro.

—Increíble —dijo Simón.

—Bueno, bueno, no ez para tanto —dijo el sapo, sonrojándose—. Ez lo que tiene que zaber hacer un ezpía de primera. Pero me parece que eztoz nudoz no loz voy a poder dezatar.

—Yo tengo una navaja en el bolsillo —dijo Simón.

—¿Cómo has conseguido encontrarnos? —preguntó Penélope,

Gundemaro había abierto ya la navaja, y estaba muy afanado cortando sus ataduras.

—Puez cuando volví al bote —empezó—, y vi que uztez no eztaba, puez cazi me da un patatúz, y cuando eza pata tonta con hipo me contó lo que le había contado a uztez y lo que uztez iba a hacer, puez cazi me dan *doz* patatuzez, de verdaz.

Soltó a Penélope, y ella se puso a frotarse las muñecas, lastimadas por las cuerdas. El sapo pasó a desatar a Pedro.

—En fin, zeñorita —prosiguió—, que zalí detráz de uztez brincando todo lo

depriza que podía, pero ¡anda que no corre uztez ni nada! Pero bueno, conzeguí alcanzarla ahí en el Bozque de laz Mandrágoraz, donde zalían todoz loz caminoz, y a punto eztaba de darle a uztez una voz cuando, ¡recarape!, ze le echaron encima todoz ezo z monztruoz.



Desatado Pedro, pasó a hacer lo mismo con Simón.

—Zeamos zinceroz, yo no habría podido hacerlez frente a todoz a la vez — confesó el sapo—. De uno en uno zí me habría atrevido, pero eztoz bicho z no pelean

azí. Conque me limité a zeguirlez hazta aquí, y cuando vi que loz otroz ze marchaban para preparar «El Gran Mordizco», como lo llamaban, y que dejaban aquí zólo a eze tonto, me dije: «Gundemaro», dije, «aquí ez donde va a zer útil tu maeztría en el arte del dizfraz». Pero rezulta que no me había traído loz dizfrazez; lo único que encontré en el botiquín fue el algodón y eza coza que huele tan fuerte, y con ezo me tuve que apañar.

—Eres enormemente valiente —dijo Penélope.

—Más listo que el hambre —dijo Pedro.

—Tienes recursos para todo —dijo Simón.

—Paren, paren, que van a hacer que me ponga colorado otra vez —dijo Gundemaro.

—Nadie más lo habría hecho tan bien —dijo Penélope con convicción.

—Bueno, vámonos —dijo Pedro—. Tenemos que salir de aquí antes de que vuelvan esos desgraciados.

Así que salieron de la cueva con mucha cautela, y con las mismas precauciones atravesaron el Bosque de las Mandrágoras y cruzaron el campo de ruda en dirección al mar. A lo lejos se oía aullar a los licántropos, y Penélope se estremeció. Llegados a la playa se pusieron a caminar a lo largo de la orilla, mientras Pedro y Simón buscaban el lugar donde habían quedado citados con Loro. De pronto Penélope, que se había vuelto a mirar hacia atrás, exhaló un grito de horror.

—¡Mirad! —exclamó—. ¡Los licántropos!

Por la punta de la playa venía tras ellos toda la manada de licántropos, corriendo a cuatro patas; sus ojos centelleaban, sus lenguas ondeaban como banderas, y a la luz de la luna sus dientes parecían blancos champiñones. Marchaban con el hocico pegado al suelo, siguiendo el rastro de los niños,

—Vamos por el promontorio a la ensenada siguiente —dijo Pedro—. Simón y yo intentaremos detenerlos a pedradas, y mientras Gundemaro y tú buscáis el bote.

Corrieron al promontorio y treparon por las rocas. De repente, Pedro, que iba delante, se detuvo.

—¡Silencio! —susurró—. Hay alguien al otro lado. A ver si es que hay otra manada de licántropos, y han venido por aquí para rodearnos.

Todos se pararon a escuchar, con el corazón a cien por hora. Durante unos instantes no se oyó nada, y luego una voz dijo:

—Para que la empanada salga verdaderamente deliciosa yo siempre le echo una pizca de romero y de tomillo, además de la salvia y la cebolla, y lo que se dice una gota de vino de Madeira de la mejor calidad.

—¡Qué curioso, hip! —dijo otra voz.

—¡Es Osvaldo! —exclamó Penélope—. ¡Osvaldo y Pantita!

Corrieron a asomarse por encima de las rocas, y, efectivamente, allá abajo estaba el bote con Loro y Pantita a bordo, y Osvaldo tendido en el agua baja.

A sus espaldas se oía ya el jadeo y el gruñido de los licántropos, y el ruido de las

piedras que se desprendían al paso de la manada. Rápidamente los niños y Gundemaro se descolgaron hasta la playa siguiente, y echaron a correr hacia el bote.

—¡Loro, Loro, socorro! —gritó Penélope—. ¡Los licántropos nos persiguen!

—¡Licántropos! —dijo Osvaldo—. ¿Licántropos? Van a ver ésos.

De un coletazo cruzó la ensenada y se deslizó a la playa, colocando su corpachón azul como el martín pescador entre los licántropos y los niños; y, sorbiendo un gran trago de agua de mar, lo escupió hacia la manada, como si fuera una manguera. El fuerte chorro dio de lleno a los licántropos que iban en cabeza y los revolcó, haciéndolos rodar por tierra entre gañidos y gruñidos.

—¡Bestias repelentes, groseras y tirapiedras! —rugió Osvaldo, y volvió a llenarse la boca y a soltarles otro manguerazo a los licántropos, que estaban ya en franca retirada. Entre tanto, Loro había volado al hombro de Penélope, y le dio un beso en la oreja.

—¡Queridísima, queridísima Penélope! —dijo—. ¡Qué alegría verte sana y salva! ¡Venga, todos al bote rápidamente!

Al instante saltaron al bote y lo apartaron de la orilla, y cuando ya estaban a bastante distancia llamaron a Osvaldo, que lo estaba pasando en grande con sus disparos de agua, corriendo a los licántropos por toda la playa. Por fin los dejó en paz, empapados, contusionados e iracundos, y nadó hasta el bote.

—Así aprenderán —dijo con satisfacción—. Así aprenderán a no tirar piedras a los forasteros.

—¡Bueno, bueno! —gorjeó Loro muy contento, mientras los gemelos pasaban la sogá alrededor del cuello de Osvaldo—. ¡Lo hemos conseguido, qué caramba! ¡Todo el mundo sano y salvo, y cuatro sacos de ruda! ¡A esto es a lo que yo llamo un éxito rotundo!

—De camino paramos a recoger la lavanda —dijo Pedro—, y ¡chatatachán! ¡Basiliscos, sálvese el que pueda!

—¡Van a ver lo que es bueno! —dijo Simón.

—¿Nos va a remolcar Osvaldo durante todo el viaje? —preguntó Penélope.

—Sí —dijo la serpiente de mar—. Por suerte ahora mismo no tengo nada metido en el horno, así que me da igual entretenerme un día más.

—Estupendo —dijo Penélope—, porque quiero darte algunas recetas.

—¡Oh, joven generosa y encantadora! —dijo Osvaldo.

—¡Pues adelante! —gritó Loro.

Y Osvaldo dio una tremenda arrancada y puso rumbo al sol naciente, arrastrando tras de sí el bote que conducía a los niños hacia la última etapa de su extraña aventura.



Capítulo 8

El asalto al castillo de los Basiliscos

Con la llegada de los expedicionarios a las Cuevas de Cristal, con su valioso cargamento de ruda y lavanda, se abrió un período de intensa actividad. Para empezar, tanto a Gundemaro como a Pedro y Simón se les ocurrieron ideas brillantes. La de Gundemaro fue pedir la colaboración de Osvaldo y de las sirenas para quitar el gran tapón que había en el fondo del foso del Castillo. Al bajar el nivel del agua, explicó el sapo, quedarían al descubierto muchos desagües que conducían a la zona de las mazmorras, donde se guardaban los Grandes Libros. Lo que todos temían era que, al verse atacados, los basiliscos quemaran los Libros por despecho, y sin ellos H. H. no podía hacer nada. Por eso, la idea de Gundemaro era que un grupo escogido de animales entrara por los desagües, redujera a los centinelas e impidiera que los Grandes Libros sufrieran ningún daño hasta que el Castillo fuera tomado. Todo el mundo convino en que era un plan espléndido, y en consecuencia mandaron a Osvaldo a hablar con la señorita Escámez y Escámez de la Lenguadina, para explicarle todo el asunto y asegurarse la ayuda de las sirenas.

A Simón y a Pedro se les ocurrió su idea viendo a Pantita. Entre los tres niños, y con ayuda de un poco de lacre, cordel y una vela, habían conseguido entablillarle el ala, que se había curado con sorprendente rapidez. Un día, mientras conferenciaban sobre la mejor manera de poner cerco al Castillo de los Basiliscos, Simón y Pedro miraban cómo la fueguipata hacía prácticas de vuelo por la sala, tirándose desde el respaldo de una silla.

—Lo que nos haría falta sería un avión, para lanzar gente dentro del propio Castillo —dijo Pedro.

—¿Y hacerlo con globos? —sugirió Simón.

—¿Globos? —repitió Pedro—. ¿Y de dónde sacamos los globos?

—Los hacemos..., con gelatina de minovaca.

—¿Y cómo los mantenemos en el aire?

—Pues ya sabes que el aire caliente sube —dijo Simón—, conque todo consistiría en llenarlos de aire caliente.

—Sí, pero ¿cómo? —preguntó Pedro, despistadísimo.

—Con fueguipatos —dijo Simón—. Fíjate la cantidad de *calor* que produce Pantita. Yo creo que con unos veinte fueguipatos que metiéramos en un globo sería suficiente para mantenerlo en el aire, y, además, podrían dirigirlo batiendo las alas y volando todos en una misma dirección.

Aquella idea les emocionó mucho a los dos, y a Pantita también, por la posibilidad de colaborar; de modo que hicieron un globito experimental, y la fueguipata se metió dentro. Para gran satisfacción de Simón, la prueba salió perfectamente, y Pantita no tuvo ninguna dificultad para pasear el globo a su antojo por toda la sala. De la emoción que le produjo su hazaña, le dio un ataque de hipo.

—Lo he conseguido, ¡hip!, ¿verdad que sí, Simón? ¡Hip! —decía, loca de contento—. Pedro, ¿has visto, ¡hip!, cómo he girado al llegar a esa, ¡hip!, esquina?

—Has estado magnífica —le aseguró Pedro.

—Ahora la cuestión es, ¿cuántos fueguipatos hay? —preguntó Simón.

—Uy, centenares, ¡hip! —dijo Pantita—. Por lo menos, ¡hip!, doscientos, si no somos más.

—¿Tú podrías conseguir que se unieran a nosotros? —preguntó Simón.

—Seguro, ¡hip! En cuanto les cuente lo buenos, ¡hip!, que habéis sido conmigo, y lo importante que es todo esto, ¡hip!, ¡hip!

—Bueno, pues ¿por qué no vas y les dices que vengan a reunirse con nosotros aquí, a las Cuevas de Cristal? —dijo Simón—. Les dices que éste va a ser nuestro cuartel general para la gran ofensiva.

Conque Pantita, entusiasmada al ver que se le confiaba una misión de tan trascendental importancia, partió inmediatamente, hipando, a solicitar la colaboración de los fueguipatos.

Entre tanto, Loro y los niños habían hecho otra visita a Comadreja, donde Camemberto les recibió muy cordialmente. Cuando llegaron estaba tomando el té con Clementina, en el campo de croquet.

—¿La conseguisteis, la conseguisteis? —chilló, dando saltos muy excitado—. ¡Ay, qué nervioso estoy! ¡Qué pena, qué pena que el lumbago me impidiera ir con vosotros!

—Tenemos mucha ruda —dijo Loro—, pero H. H. la tiene guardada bajo siete cerrojos. No queremos que también las comadreas os desmandéis como los basiliscos, así que H. H. sólo ha preparado un frasco.

—¡Pero qué tontería! —exclamó Camemberto—. ¡Pensar que nosotras fuéramos a desmandarnos! ¡Como si no supierais lo tranquilas y apacibles que somos!

—Bueno, pues por si acaso —dijo Loro—. En fin, éste es el extracto de ruda. ¿Quién lo va a probar, tú?

—En circunstancias normales, me *encantaría* —dijo Camemberto—, pero, aay,

uuf, au, todavía tengo un *poco* de lumbago, uuuuf. No me parece aconsejable. No, yo creo que sería mejor probarlo en el jardinero de segunda. Es buen chico, pero muy mal jardinero, así que si la cosa resultara..., um..., en fin, *entiéndeme*, si por alguna razón resultara ser peligrosa, no se habría perdido tanto.

—No es peligrosa, tontaina —dijo Loro—. ¿Crees que H. H. no la ha probado?

—De todos modos —dijo Camemberto, intranquilo—. Es mejor que sea el jardinero de segunda. Está *tan* ilusionado con probarlo, que no quisiera defraudarle.

Conque mandaron llamar al jardinero de segunda, que se llamaba Camparildo, y le situaron en medio del campo de croquet para hacer la prueba.

—Escucha, Camparildo —le dijo Loro—: este líquido es absolutamente inofensivo, pero después de beberlo me vas a decir si te notas algo distinto, ¿me comprendes?

—Sí, señor —respondió Camparildo, que llevaba sombrero hongo y grandes gafas de concha, y que además de ser dentón moqueaba mucho—. Usted va a beber ese líquido, y yo le tengo que decir si me noto mejor. Muchas gracias.

—Ahora comprenderás lo que te decía —dijo Camemberto, desesperado—. El otro día me arrancó todos los bulbos de narciso y se los llevó a la cocina, creyendo que eran patatas.

—No me has entendido del todo —dijo Loro—. *Tú*, Camparildo, eres el que va a beber esto, y luego *tú mismo*, Camparildo, me dirás si te sientes mejor. ¿Comprendes ahora?

—Sí, señor, ya lo creo —dijo Camparildo, y, cogiendo el frasco, bebió un trago.

—Qué nombre tan curioso..., Camparildo —bisbiseó Pedro a Simón, mientras esperaban a ver qué ocurría.

—Es muy raro —asintió Simón.

Camparildo permaneció inmóvil, parpadeando detrás de sus gafas, con la mirada de todos los demás clavada en él. Pasaron más de cinco minutos, y parecía seguir estando exactamente igual. ¡Qué desilusión! ¿Sería posible que hubieran sufrido tantos trabajos y peligros para nada?

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Loro.

Camparildo parpadeó.

—¡He dicho que cómo te encuentras! —repitió Loro, alzando la voz.

—¡Ya te oí la primera vez; no hace falta que grites! —rugió Camparildo—. ¿Y a ti qué demonios te importa cómo me encuentro, eh? ¡Tú ocúpate de tus asuntos, pájaro metomentado, si no quieres que te parta el pico de un guantazo!

—¡Qué barbaridad! —dijo Pedro, estupefacto.

—Y *vosotros dos* —continuó Camparildo, acercándose a ellos a grandes zancadas para gritarles mejor—, ¿con qué derecho *insultáis* mi nombre? ¡Os voy a dar un par de patadas que os voy a saltar los ojos!

—¡Cielos, esto es milagroso! —dijo Camemberto—. ¡Jamás vi cosa igual!

Camparildo dio media vuelta, y, sin que nadie tuviera tiempo de impedirlo, agarró

a Camemberto por la pechera de encaje y se puso a zarandearle.

—¡Y por lo que a ti respecta —vociferó—, te diré que me tienes más que hartos que estoy hasta la coronilla de ti y de tus manías, y que ya va siendo hora de que alguien te dé una lección!

Y así diciendo, le propinó tal puñetazo en un ojo a Camemberto, duque de Comadreja, que éste cayó de espaldas sobre el carrito del té y lo volcó. Estupefactos, los niños contemplaron el espectáculo de Camemberto tirado patas arriba y cubierto de merengues y tostadas con mantequilla, con Camparildo bailoteando a su alrededor.

—¡Levántate y lucha, cobarde! —gritaba—. ¡Levántate, armiño blanco vestido de lila, que vas a ver cómo te hago tajaditas! ¡Te voy a cortar las dos orejas, te voy a arrancar los dientes a bofetadas!

Fueron necesarios los esfuerzos combinados de los otros seis jardineros para reducir a Camparildo y encerrarle en el cobertizo donde se guardaban los útiles de jardinería.

—Opino —dijo Loro, contemplando el traslado del rugiente Camparildo hasta el cobertizo—, opino que la prueba ha sido lo que podríamos llamar un éxito indiscutible, indubitable e incomparable. ¿No estáis de acuerdo?

Los niños asintieron, absolutamente convencidos.

Cuando Camemberto se recuperó un poco (aunque seguía teniendo el ojo muy hinchado), prometió que toda Comadreja se uniría a la lucha contra los basiliscos, con lo cual Loro y los niños regresaron a las Cuevas desbordantes de alegría.

A partir de ese momento, en las Cuevas de Cristal todo fue movimiento, bullicio y trabajo.

Los grifos habían reunido un rebaño de minovacas y las acomodaron en uno de los túneles secundarios, donde fabricaban hoja tras hoja de gelatina, que luego Penélope, Dulcimila y H. H. convertían en globos y otras cosas que iban a hacerles falta. Allí en un campo de panahorias apartado, Pedro estaba en su elemento, entrenando a su batallón de caballería de unicornios. Les enseñaba el trote, el medio galope y la vuelta todos a la vez, formando una sola unidad. Los unicornios parecían ser muy avispados, y al poco tiempo Pedro estaba realmente orgulloso de su precisión y su destreza.

Gundemaro llevaba varios días ausentándose durante largo rato, y los demás, aunque se dieron cuenta, estaban demasiado ocupados como para prestar mucha atención a sus ausencias. Un buen día apareció, en el momento en que Penélope acababa de transformar una enorme cantidad de gelatina de minovaca en setecientos trajes ininflamables para las comadreas, y el esfuerzo mental necesario la había dejado un tanto exhausta. Con gran asombro, vio que Gundemaro se cubría con un sombrero de tres picos y vestía un uniforme muy elegante, con hombreras doradas y toda clase de entorchados en las mangas. La levita era de un color verde botella muy oscuro, y los pantalones eran blancos. El sapo iba armado de un gran sable en vaina

de plata.

—¡Pero Gundemaro! —exclamó Penélope—. ¡Tienes un aspecto impresionante!

—Ezpero que le guzte —dijo Gundemaro—. Ez mi uniforme de comandante en jefe.

—¿Ah, sí? ¿Y de qué eres comandante en jefe? —preguntó Penélope.

—Venga conmigo y lo verá —dijo el sapo.

Y la condujo a uno de los túneles secundarios. Allí, para gran sorpresa y deleite de Penélope, estaban formados unos cincuenta sapos, todos ellos ataviados con preciosos uniformes de color escarlata con botones de latón, cubiertos con gorros cilíndricos adornados con grandes plumas negras, y armados de largas y afiladas picas, arcos y flechas. Al ver a Penélope se pusieron firmes con gran destreza.

—Pero ¿de dónde han salido? —preguntó Penélope, asombrada.

—Del Caztillo de loz Bazilizcoz —dijo Gundemaro—. Yo no quería zer el único zapo que lez ayudara a uztedez, azí que me colé en el caztillo dizfrazado de armador griego con cuarenta y doz galeonez de alquiler, y convencí a todoz miz parientez para que ze noz unieran.

—¡Qué maravilla! —dijo Penélope, con sincera admiración—. ¡Menudo alegrón se va a llevar H. H.!

Gundemaro se quitó el sombrero y se aclaró la voz:

—Zi uztez da zu permizo, zeñorita, yo quiziera dar a ezta panda..., quiero decir, a ezta brigada, el nombre de «Brigada de Zapoz Terroríficocz Zeñorita Penélope».

—Por supuesto que te lo permito, es muy halagador —dijo ella.

—Graciaz, zeñorita —dijo el sapo muy satisfecho—. Me loz voy a llevar a hacer un poco de prácticaz de tiro, azí que, ¿zería uztez tan amable de pazar revizta?

—No faltaba más —dijo Penélope.

—¡Brigada, firmez! —gritó Gundemaro, y todos los sapos uniformados de rojo se cuadraron.

—¡Derecha! ¡Pazo ligero!

La brigada obedeció.

En el momento en que desfilaban por delante de Penélope, Gundemaro gritó: «¡Vizta a la derecha!», y Penélope hizo el saludo militar.

—Graciaz, zeñorita —dijo Gundemaro, cuando ya la brigada había pasado—. Ahora lez llevo a hacer un rato de ejercicioz de puntería. Loz hay que no dizparan nada mal. Ayer uno cazi me atravieza el zombrero con una flecha.

Pedro y Simón pasaban mucho tiempo en la extensa biblioteca de H. H., informándose sobre la mejor manera de atacar castillos, y en un libro encontraron un dibujo de una máquina que les pareció que podría ser útil. Era una clase de catapulta, con un brazo largo, que acababa en una especie de cacillo. Se llevaba hacia atrás el brazo, se ponía la munición en el cacillo y se soltaba. Conque entre los dos hicieron una catapulta de esa forma con gelatina de minovaca, a título experimental, y pareció que la cosa daba resultado. El problema era qué disparar, y eso lo resolvieron los

grifos, sugiriendo que ellos podían hacer balas de cañón de oro. No sólo resultaron ser las balas un gran éxito, sino que además los grifos demostraron tener excelente puntería.

Entre tanto, Pantita había vuelto de la Isla de los Licántropos, acompañada de todos sus amigos y parientes. Llegaron volando un día, cuando ya había anochecido, y para los tres niños fue uno de los espectáculos más bonitos que habían visto en Mitología: la masa de fueguipatos volando sobre el mar iluminado por la luna, formando una larga cinta centelleante y multicolor, era como un arcoiris muy intenso que hubiera cobrado vida. Apenas instalados en las Cuevas de Cristal, Simón comenzó a hacer pruebas con sus globos. Descubrió que eran necesarios cuarenta fueguipatos para suministrar al globo la potencia suficiente para levantar una cesta con treinta comadreas armadas; por tanto, se podía preparar una flotilla de quince globos. Fueron un gran éxito, y los fueguipatos se llenaron de orgullo al ver con qué facilidad los pilotaban por el aire.

Así se fue preparando todo: los corredores estaban llenos de sapos y comadreas haciendo instrucción, los grifos y Tabita trabajaban con ahínco en la fabricación de grandes montones de balas de oro, y Penélope se pasaba horas y horas sujetando las cestas a los globos, con una seda especialmente gruesa que había hecho Dulcimila con ese fin. En la víspera de la ofensiva, Simón quería enseñarles a todos, con una maqueta grande del Castillo de los Basiliscos que él mismo había construido, qué era exactamente lo que tendría que hacer cada uno. El problema era encontrar un sitio donde reunir a todos los animales.

—Eso es fácil —dijo H. H., cuando Simón le expuso el asunto—. En el comedor de gala.

—No sabía que lo hubiera —dijo Simón.

—Claro que lo hay —dijo el mago—. Ven a verlo.

Condujo a Simón por varios corredores, y al abrir de par en par unas enormes puertas dobles apareció un salón inmenso, con un suelo muy bonito de cristal pulimentado, e iluminado por centenares de maravillosos candelabros de setas.

—¡Pero si es *perfecto*! —dijo Simón embelesado—. Si hasta podemos traer a Osvaldo.

—Me alegraré utilizarlo —dijo H. H.—. En un principio lo hice para celebrar aquí los bailes y banquetes en caso de lluvia, olvidando, claro está, que yo mismo me encargo del tiempo que hace, de manera que, si no quiero que llueva, no llueva. Así que está sin estrenar, y es una lástima.

—Pues bien que lo vamos a estrenar ahora —dijo Simón.

El día de la gran ofensiva se congregaron todos en el comedor de gala. Había filas y filas de excitadas comadreas y sapos, una gran multitud de unicornios haciendo ruido con los cascos y meneando la cabeza, y una masa compacta de grifos, en cuyos mandiles de cuero brillaban las gotas y salpicaduras de oro fundido de las balas de cañón. Había un amasijo temblón y ruidoso de fueguipatos, que parecía un enorme

macizo de flores agitado por la brisa. Allí estaban también Desdémona Escámez y Escámez de la Lenguadina y sus señoritas (que habían hecho el viaje a lomos de Osvaldo, y estaban encantadas de verse en tan familiares relaciones con el rey de los unicornios y el duque Camemberto); el propio Osvaldo, azul como una pluma de pavo real, con su trompetilla preparada, y Tabita, que de la emoción parecía más sonrosada de lo normal. En la gran mesa de comedor, colocada en un extremo de la sala, tomaron asiento los componentes de lo que Simón llamaba el Alto Mando: H. H., Loro y Culcimila, Gundemaro, Penélope y los gemelos. En otra mesa situada delante de ellos estaba la maqueta del Castillo de los Basiliscos. Una vez reunidos todos, Simón, que hacía de portavoz, se puso en pie, y con un puntero golpeó la mesa pidiendo silencio. Poco a poco todo el mundo dejó de chillar, bisbisear y revolverse, y se hizo el silencio.

—Señoras y señores —empezó Simón—: H. H. me ha pedido que les dirija la palabra. Todos ustedes saben por qué estamos aquí: nuestro objetivo es tomar el Castillo de los Basiliscos, darles una buena lección y, por encima de todo, rescatar los Grandes Libros del Gobierno.

Al llegar a este punto hubo una gran aclamación, con pataleo y aplausos de patas, pezuñas y manos.

—Pues bien —continuó Simón—, lo importante es esto: que disponemos de una única oportunidad, de modo que no podemos cometer errores. Por eso estamos aquí reunidos, para que cada uno de nosotros sepa qué es lo que tiene que hacer. Lo que hay que impedir a toda costa es que los basiliscos, para vengarse, quemen o destruyan los Grandes Libros, cosa que, como bien saben ustedes, son muy capaces de hacer. Así que nuestro plan de ataque debe ser tal que el enemigo esté tan ocupado que no tenga ni tiempo de pensar en destruir los Grandes Libros, hasta que ya sea demasiado tarde para hacerlo. Ahora bien, tenemos alguna idea de lo que proyectan los basiliscos, gracias a la audacia de dos miembros de nuestro grupo: en primer lugar, el sapo Gundemaro, aquí presente, que con valor y astucia increíbles se disfrazó, de manera magistral, de encantador de serpientes hindú y logró entrar así en el Castillo.

Hubo un coro de «Ooooohs» y estalló una ovación, y Gundemaro se puso colorado.

—Con la ayuda de un amigo suyo, que es una serpiente de agua, entretuvo a los basiliscos con juegos de manos y encantando a la serpiente. Y averiguó que, aunque los basiliscos no saben *qué es exactamente* lo que estamos tramando, sí saben que estamos tramando *algo*, y están muy nerviosos. Gundemaro soltó un cohete, y dice que todos se pusieron a correr en círculos, chocándose unos con otros.

Al oír esto hubo un estallido de carcajadas y aplausos.

—A primeras horas de esta mañana —prosiguió Simón, con una ancha sonrisa— nuestro *incomparable, indomable, inimitable e intrépido* señor Loro llevó a cabo una audaz inspección aérea del Castillo.

Hubo gritos de «Bravo» y «Hurra por Loro», y muchos aplausos. Loro saludó con

inclinaciones a derecha e izquierda.

—Bajó planeando sobre las almenas, y vio que los basiliscos tienen varios cañones situados en posición, y disponen también de calderos para arrojar aceite hirviendo. A eso parecen reducirse sus medios defensivos. Aparte de eso, parece que fían su protección al foso y al gran portón. Añadiré que el señor Loro pasó en vuelo rasante sobre los centinelas apostados en las almenas y les gritó: «Vigilad, vigilad, que vuestra ruina se aproxima»; ante lo cual tengo el gusto de comunicarles que dos de ellos se asustaron tanto que se cayeron al foso.

Esto fue acogido con una explosión de aclamaciones y muchas risas.

—Sin embargo —siguió diciendo Simón—, aunque nos hagan reír, no debemos subestimar a nuestros adversarios. Son malvados, crueles y peligrosos. Para mostrarles a ustedes lo importante que es que les vencamos, quiero que Gundemaro les lea un nuevo conjunto de ordenanzas que los basiliscos piensan poner en vigor cuando gobiernen el país.

Simón tomó asiento, y Gundemaro, puesto en pie, desplegó un rollo de pergamino y empezó a leer:

—«Artículo primero.

Todoz loz féniz zeran dezterradoz de Mitología, junto con toda zerpiente de mar de más de metro y medio de longitud».

—¡Qué desvergüenza! —rugió Osvaldo.

«Artículo zegundo.

Todoz loz dragonez arraztrarán carroz de carga pezada, verbigracia de materialiez de conztrucción, para loz bazilizcoz».

—¡Qué cinismo! —dijo Tabita, roja de indignación.

«Artículo tercero.

A todoz loz unicornioz ze lez cortará el cuerno, y arraztrarán carruajez para los bazilizcoz».

Del grupo de unicornios se elevó un gran relincho de ira, y un tremendo golpeteo de cuernos y cascos.

«Artículo cuarto.

Todoz loz zapoz incubarán huevoz de bazilizco, fregarán loz zueloz y zervirán a la meza en el Caztillo».

A todos los sapos se les saltaron los ojos de espanto.

«Artículo quinto.

Todaz laz zirenaz remolcarán embarcacionez y balzaz para loz bazilizcoz, y fregarán el fozo del Caztillo trez vecez por zemana».

—¡Qué descaró! ¡Qué insolencia! ¡Ponerme a fregar fosos a mí, a una sirena de tanta alcurnia! —exclamó Desdémona, furibunda.

«Artículo zezto.

Todaz laz comadrejaz trabajarán como niñeraz, cocineraz, lacayoz, jardineroz, etc., en el Caztillo de loz Bazilizcoz».

—¿Quién, yo? ¿El duque de Comadreja? ¿Yo niñera de los basiliscos? — exclamó Camemberto, horrorizado—. ¿Yo *lacayo* de los basiliscos?

«Artículo séptimo.

H. H. accederá a trabajar para los bazilizcoz y lez ayudará a hacer hechizoz».

—¡Jamás! —gritó H. H.—. ¡Jamás, jamás, jamás!

Y todos aplaudieron y le vitorearon.

«Artículo octavo.

Hay que fomentar:

Un incremento enorme del número de bazilizcoz, a fin de que éztoz puedan gobernar el paíz.

Un incremento gradual del número de mandrágoraz, licántropoz y demáz miembroz zobrioz, inteligentez y zimpáticoz de la comunidad».

Ante eso se desató tal oleada de cólera y de furia, tal revuelo y tales gritos, que fue como el estallido de una tormenta. Camemberto se excitó tanto que sin darse cuenta golpeó a Clementina en la cabeza con su bastón de puño de oro. Los sapos agitaron sus picas con tal indignación que pusieron un ojo morado a varias comadreas, y cuatro de los fueguipatos más sensibles se desmayaron. Hubieron de transcurrir más de cinco minutos antes de que se restableciera el orden y Simón pudiera hacerse oír.

—Ahora —dijo—, ahora comprenderán ustedes por qué es tan importante que venzamos.

—¡Sí, sí! —gritaron todos.

—Muy bien —dijo Simón—. Seguidamente, quiero que todos presten atención mientras explico cómo vamos a atacar, y lo que cada uno de ustedes tiene que hacer.

Bajo la mirada atenta de todos, Simón corrió la maqueta del Castillo de los Basiliscos hasta el centro de la mesa, para que todos la vieran.

—Esto es una maqueta del Castillo de los Basiliscos —dijo, señalando con el puntero—. Como ven, tiene más o menos forma de tarta, con el centro hueco y cuatro torres. El centro hueco es el patio. Por aquí alrededor está el foso, y aquí están el puente levadizo y el portón que da acceso al Castillo. ¿Está claro todo esto?

—¡Sí, sí, *clarísimo!* —dijeron todos.

—Pues bien, vamos a atacar de la siguiente manera: a izquierda y derecha del Castillo estarán los grifos, con cinco catapultas por cada lado. Antes del disparo, Tabita calentará las balas de cañón, que son de oro, para que prendan fuego a todo lo que toquen; esto es sólo para fastidiar. En el momento en que los grifos disparen la *primera* salva, un sapo muy entrenado, primo de Gundemaro, llamado Godofredo (que está ya en el Castillo), cortará las cuerdas que sujetan el puente levadizo, de modo que éste caiga. Desdichadamente, él solo no puede abrir el portón, pero, tan pronto como el puente levadizo haya bajado, el noble escuadrón de caballería de unicornios que manda mi hermano Pedro echará las puertas abajo mediante topetazos repetidos. Mientras tanto, sucederán dos cosas a la vez:

1ª Doña Desdémona Escámez y Escámez de la Lengüadina y sus señoritas, acompañadas por nuestro buen amigo Osvaldo, entrarán en el foso y levantarán el gran tapón del mismo, con lo cual el nivel del agua empezará a bajar.

2ª En ese momento yo despegaré con una flotilla de globos propulsados por fueguipatos, y con cestas llenas de comadreja. Sobrevolaremos el Castillo y aterrizaremos en el patio y en las almenas. Cada comadreja irá equipada con un traje ininflamable y una pistola de agua de lavanda; su misión consiste en atacar a los basiliscos y hostigarles todo lo que puedan.

«Una vez que haya bajado el nivel del agua del foso, dejando al descubierto los desagües, se verán dos o tres de éstos que Gundemaro ha marcado con banderas rojas. Esos serán los desagües que conducen directamente a las mazmorras donde están guardados los Grandes Libros.

»Entonces, un grupo numeroso de comadreas, a las que se unirá la Brigada de Sapos Terroríficos Penelope, entrará por los desagües, reducirá a los centinelas y montará guardia junto a los Grandes Libros hasta que el Castillo sea tomado.

»—¿Está todo claro?».

Todo el mundo dijo que estaba más claro que el agua.

—Muy bien —dijo Simón—. Quiero que todos ustedes estén en sus puestos *exactamente* a las seis en punto de la mañana, y *exactamente* a las seis y media los grifos dispararán la primera salva. Esto es todo, y buena suerte.

Según salían del comedor de gala, Penélope se acercó a Gundemaro.

—Gundemaro, has sido *valentísimo* al atreverte a entrar de esa manera en el Castillo de los Basiliscos y organizarlo todo tan maravillosamente bien —le dijo.

—Bueno, no ha zido para tanto —dijo el sapo—. Ya le dije que mi talento para loz dizfracez era una de miz mejorez habilidadez.

—Eres listísimo —dijo Penélope—. Ahora quisiera pedirte un favor especial.

—Lo que quiera, lo que quiera, zeñorita —dijo Gundemaro con vehemencia—. Dígame lo que dezea, que yo lo haré.

—¿Me lo prometes?

—¡Puez *claro que zí*, zeñorita!

—Bueno —dijo Penélope—. Tú entrarás por los desagües con los Sapos Terroríficos, ¿verdad?

—Zí, zeñorita. Yo voy al frente de elloz.

—Pues quiero ir contigo.

—¡Eh, eh! ¡Un momento, un momento, zeñorita! —dijo Gundemaro, aterrado—. Ezo no ez *juzto*, yo no la puedo llevar conmigo, *de verdaz*. Zi le pazara algo yo jamáz me lo perdonaría, ni me lo perdonaría nadie.

—Lo prometido es deuda —dijo Penélope—. No pienso quedarme aquí *sentada* mientras todos los demás *hacen cosas*. Por favor, Gundemaro: ¡tengo que ir contigo! Me pondré uno de esos uniformes rojos tan bonitos y me recogeré el pelo debajo del sombrero, y nadie se dará cuenta. Te prometo que haré exactamente lo que tú me

digas, y tú me protegerás.

—¡Ay, zeñorita! —gimió el sapo, muy afligido—. Zi alguno de loz demáz ze entera de ezto, me dezuellan vivo, ya lo creo que zí.

—Entonces, ¿me dejas? —exclamó Penélope.

—¡Qué le voy a hacer, zi ze lo he prometido! —dijo el sapo—. Zupongo que no me queda otro remedio. Pero, por favor, zeñorita, cuídeze mucho, en zerio ze lo digo, que ezto va a zer la mar de peligrozo.

—Tendré mucho cuidado —prometió Penélope.

Loro había decidido ser Supervisor General de toda la batalla; iba a volar sobre el Castillo, supervisando las líneas generales de la acción y llevándole informes a H. H., el cual ocuparía un globo particular, estacionado en el lugar y a la altura convenientes para divisar desde él todo lo que pasara.

Así pues, a las seis menos diez de la mañana siguiente el globo de H. H. se elevó lentamente por el aire, atado a una larga soga de seda que Dulcimila había fabricado especialmente para el mago. H. H. iba provisto de una pistola de agua de lavanda por si acaso, un paquetón de emparedados, una botella de gaseosa de panahoria y el catalejo de Loro. Este iba posado en el borde de la cesta, dispuesto a alzar el vuelo apenas se iniciase la batalla. Desde su cesta, que se balanceaba a gran altura, H. H. veía el Castillo de los Basiliscos allá muy abajo, y podía observar el movimiento de sus tropas.

A las seis en punto los grifos colocaron en posición sus catapultas, y un batallón de comadreas apiló cuidadosamente un montón de balas al lado de cada una. Tabita fue corriendo de un montón a otro, echándoles el aliento hasta ponerlas refulgentes y tan calientes que poco faltó para que se fundieran.

Entre tanto, las comadreas, los sapos, las sirenas y Osvaldo se habían escondido en el bosque taponero, a poca distancia del borde del foso; Pedro tenía formada su caballería detrás de unos montículos que había frente al puente levadizo, y Simón tenía sujetos todos sus globos.

Ya estaba todo a punto, y todos esperaron pacientemente, y también con un poquito de miedo, a que H. H. diera la señal. A las seis y media exactamente, el mago se asomó al borde de la cesta y agitó una gran bandera verde con barras de oro, que era la bandera de Mitología, y el asalto al Castillo de los Basiliscos dio comienzo.

Ocho grifos, con sus largos cazos, cargaron las balas de oro en las catapultas. A una señal de su jefe, otros ocho grifos apretaron las palancas, y las catapultas dispararon las refulgentes balas de oro, que, silbando por el aire, fueron a estrellarse en las almenas del Castillo. Allí quedaron humeando mientras los basiliscos corrían de acá para allá con cubos de agua, tratando de enfriarlas. Al cabo de tres salvas la parte superior de las almenas estaba casi deshecha y ardía por varios puntos, y la desorganización de los basiliscos demostraba claramente que el ataque les había cogido desprevenidos. A pesar de todo, lograron arrastrar varios cañones a otras posiciones e hicieron unos cuantos disparos contra los grifos, pero su puntería, a

diferencia de la de aquéllos, era bastante mala.

Mientras eso sucedía, cayó de pronto el gran puente levadizo, retumbando como un trueno: el sapo Godofredo había conseguido cortar las sogas. Inmediatamente, Pedro, luciendo un bonito uniforme azul y oro que Penélope había hecho especialmente para él, dio la señal de ataque con su corneta, y ciento cincuenta unicornios azules y blancos asomaron por la cresta del monte, en formación compacta. Al principio marcharon al trote, y luego, ya cerca del ancho puente levadizo, Pedro dio una orden y formaron columna de a cuatro. A otra orden pasaron del trote al medio galope, y de éste al galope, y, con los ollares bien abiertos y los cuernos centelleantes a la luz del amanecer, corrieron derechos hacia el puente.

Al entrar en él la primera oleada de unicornios, sus cascos resonaron como un trueno en el bosque, e inmediatamente se oyó el crujido de sus cuernos al clavarse con fuerza en el gran portón de madera. A cada oleada de unicornios siguió otra, tronando por el puente hasta estrellarse en el portón, que ante aquella acometida empezó a astillarse y deshacerse poco a poco. Los basiliscos, a la desesperada, arrastraron algunos de sus enormes calderos de aceite hirviendo hasta el borde de las almenas, sobre el puente levadizo, para verterlos desde allí; pero Loro, que sobrevolaba en círculos aquel sector, daba una voz de aviso, y los unicornios se apartaban de un salto en el momento mismo en que el aceite se derramaba borboteando sobre el puente. A continuación, un cuerpo escogido de comadreas provistas de cubos corría al puente y echaba arena y grava sobre el aceite, para que los unicornios que venían detrás no resbalasen.



Al tiempo que la primera oleada de unicornios galopaba por el puente levadizo, Osvaldo, con Desdémona y sus señoritas montadas a la mujeriega sobre su lomo, salió del bosque taponero y se dirigió al foso. Viendo un objetivo tan grande, los basiliscos apuntaron hacia él sus cañones y dispararon una y otra vez. Silbaron las balas por el aire y empezaron a caer alrededor de Osvaldo, abriendo cráteres en la hierba morada, pero, milagrosamente, ni él ni las sirenas sufrieron el menor daño. Llegaron al foso ilesos, y se sumergieron bajo el agua.

En ese instante daba comienzo, desde detrás de los montes, el ataque aéreo de

Simón. Se elevaron hacia el cielo los globos transparentes, que por los fueguipatos que llevaban dentro resplandecían con todos los colores del arco iris, y de cada uno de los cuales pendía una cesta llena de comadreja furibundas. En efecto, habían bebido tanta ruda que a Simón le costó mucho trabajo impedir que se atacaran *unas a otras* mientras esperaban la señal de partida. Al pasar los globos sobre las almenas, basiliscos furiosos les arrojaban grandes lenguas de fuego, pero volaban a demasiada altura. Las comadreas, sin embargo, contestaron con disparos de sus pistolas de agua de lavanda, y pronto los basiliscos de las almenas no hacían más que toser, boquear y tambalearse, con la vista nublada por los lagrimones. Uno de ellos dio un estornudo tan fuerte que se cayó en un caldero de aceite hirviendo y sufrió graves quemaduras. Poco a poco, los globos y su carga de comadreas enardecidas pasaron las almenas y empezaron a descender sobre el patio.

Entre tanto, Desdémona y sus damas habían encontrado el gran tapón en las profundidades del foso. Les costó trabajo dar con él, porque sólo tenían una idea aproximada de dónde pudiera estar, y además estaba cubierto de fango y lodo, por lo que en un primer momento no lo vieron. Descubierta al fin, ataron una soga a la anilla, y después ataron la soga a Osvaldo, no sin dificultades. El problema estaba en que, cuando intentaron pasársela alrededor del pecho, él, que tenía muchas cosquillas, se puso a reír tanto que tuvo que salir a la superficie a tomar aire. Al final hubo que sujetársela al cuello, y, tirando a la vez Osvaldo y las sirenas, consiguieron por fin levantar el tapón. Hubo un gran *glup* de agua fangosa, y H. H. vio por el catalejo cómo sobre el sumidero se formaba un remolino y se producía un borboteo y un rugido como si se vaciara una bañera gigantesca, y el nivel del agua del foso empezó a bajar rápidamente.

Los basiliscos estaban absolutamente aturcidos ante tantos ataques diferentes, pero aun así luchaban con denuedo. En las almenas seguían estrellándose las balas de los grifos. El portón del Castillo estaba ya prácticamente deshecho por las cornadas de los unicornios. Los globos de Simón acababan de aterrizar en el patio, y los basiliscos se vieron atacados entonces por comadreas sanguinarias armadas de pistolas de agua de lavanda.

Entonces acabó de salir el agua por el gran sumidero, y el foso quedó vacío y tapizado de lodo. Efectivamente, en los muros del Castillo se veían numerosos desagües como el que los niños habían utilizado para entrar en él la primera vez. De la boca de dos de ellos colgaban banderas rojas. Era el momento que esperaba el comandante en jefe Gundemaro: al punto sacó del bosque taponero a los cincuenta sapos impacientes y enfurecidos que componían la Brigada de Sapos Terroríficos «Penélope», y a sus no menos sanguinarias comadreas, y los condujo al foso. Todos iban equipados con escudos ininflamables y pistolas de agua de lavanda. Penélope, muy guapa con su uniforme rojo y su sombrero emplumado, corría junto a Gundemaro.

—Por favor, zeñorita —jadeó el sapo en el momento en que se descolgaban al

foso y empezaban a abrirse camino entre el lodo pegajoso—. Por favor, zeñorita, uztez no ze aparte de mí y no haga nada peligroso.

—De acuerdo, prometido —dijo Penélope, colorada de emoción—. ¿A que es emocionante?

—No, recarape, no lo ez —dijo Gundemaro, al tiempo que una bala de cañón se estrellaba en el fango al lado de ellos—. Ez demaziado peligroso para zer emocionante.

Llegaron a los túneles marcados, y allí Gundemaro dividió sus fuerzas en dos grupos. Recordándoles a todos la necesidad de guardar silencio absoluto, para coger por sorpresa a los centinelas, envió a las comadreas por uno de los desagües, en tanto que Penélope y él mismo conducían a los Sapos Terroríficos por el otro. A Penélope, que trotaba en la oscuridad detrás de Gundemaro, le pareció como si el desagüe no se acabara nunca. De pronto apareció ante ellos una reja de hierro, y más allá el pasadizo que llevaba a las mazmorras donde estaban ocultos los Grandes Libros. Los sapos quitaron la reja con mucho cuidado y se escurrieron hasta el pasadizo. Un poco más arriba las comadreas habían hecho lo propio con otra reja, y se derramaban ya por el hueco. Volvieron a reunirse con los sapos, y todos juntos avanzaron en silencio por el pasadizo, con Gundemaro y Penélope a la cabeza.

Al llegar a una esquina, Penélope y Gundemaro se asomaron y vieron a un grupo de unos diez basiliscos, a quienes evidentemente se había encomendado la tutela de los Libros, y que discutían al pie de las escaleras. Estaba claro que no se les había ocurrido la posibilidad de verse atacados por la retaguardia, porque lo que discutían era si deberían subir o no para incorporarse a la lucha en el patio. Al fin el jefe decidió que uno de ellos se quedara y prendiera fuego a los Grandes Libros si era necesario, en tanto que los otros subían a combatir. Abrieron, pues, la puerta de la mazmorra donde estaban los Libros, y el basilisco se situó junto a ellos, dispuesto a envolverlos en llamas. Los demás subieron al patio, haciendo mucho ruido.

—¿Qué hacemos? —susurró Penélope—. Si salimos todos al pasadizo, nos verá y prenderá fuego a los Libros.

—Zí —dijo Gundemaro—. Ayúdeme a quitarme el uniforme, deprisa.

Rápidamente Penélope le ayudó a quitarse el uniforme, y, antes de que pudiera detenerle, el sapo salió dando brincos y, armado con su pistola de agua de lavanda, dobló la esquina y avanzó por el pasillo hacia la mazmorra.

—¡Hola! —gritó al centinela—. ¡Centinela! ¿Dónde eztán loz demáz?

—No te acerques —le advirtió el basilisco—. Si te acercas, te tuesto vivo.

—¿Qué te paza? —dijo el sapo—. Zólo venía a traeroz una información interezante, creo yo. Mira ezto.

Y agitó la pistola de agua de lavanda.

—¿Qué es eso? —preguntó el centinela, con desconfianza.

—Acabo de encontrar a una comadreja en uno de loz dezagüez —dijo Gundemaro—, y le di con una piedra en la cabeza. Llevaba ezto. Con eztaz cozaz ez

con lo que oz eztán zacudiendo laz comadrezaz ahí arriba. Zon una coza mortífera. Lo que no zé ez cómo funciona ezactamente.

Gundemaro se había parado junto a la puerta de la mazmorra y estaba jugueteando con la pistola, como si realmente no supiera usarla.

—Trae, dámela que se la lleve al sargento —dijo el basilisco, y apartándose de los Grandes Libros salió al pasillo. Pero en ese instante Gundemaro le lanzó un chorro de agua de lavanda directamente al pico. Inmediatamente el basilisco, reculando con paso inseguro, empezó a toser y a estornudar, echando grandes llamaradas y medio ahogado. Penélope comprendió que era el momento de actuar; volviéndose hacia las filas de sapos y comadrezas, gritó: «¡A la carga!», y echó a correr por el pasillo, seguida por sus tropas.

El basilisco, al ver aquella masa enemiga que se le venía encima, quiso escapar, pero inmediatamente le alcanzaron cincuenta disparos de agua de lavanda de las pistolas de cincuenta sapos, y tras ellos otros cincuenta de las pistolas de las comadrezas. El basilisco exhaló un extraño grito ahogado, giró sobre sí varias veces y cayó inconsciente, dándose un morrón en el pico.

—Depriza —dijo Gundemaro—. Diez comadrezaz y diez zapoz ahí dentro, para cuztodiar loz Libroz.

Y, apenas los vio instalados en la mazmorra, los encerró y entregó la llave a Penélope.

—Uztez quédeze aquí, señorita —dijo, sin aliento—. Yo me voy arriba con loz demáz.

Dicho esto, subió la escalera y salió al patio a la cabeza de los restantes sapos y comadrezas. Allí la batalla prácticamente había terminado; las comadrezas victoriosas estaban reuniendo en montones y atando a los basiliscos, que, medio asfixiados por el agua de lavanda, no paraban de estornudar. Viendo que allí no podía ser de mucha utilidad, Gundemaro dejó a sus sapos y comadrezas para que ayudaran a atar a los basiliscos y bajó de nuevo a las mazmorras; pero, al llegar al último escalón, se detuvo horrorizado.

Penélope, de guardia junto a la puerta de la mazmorra, no se había dado cuenta de que el basilisco había vuelto en sí, y se arrastraba hacia ella, con los ojos encendidos de ira. Gundemaro miró a su alrededor desesperado, porque iba sin armas. Afortunadamente, en el suelo había una pica que se le había caído a uno de los sapos. Gundemaro la cogió, apuntó con cuidado y la arrojó, y, en el momento en que iba a envolver en llamas a Penélope, el basilisco recibió el impacto entre los ojos y cayó al suelo sin sentido.

—¡Gundemaro! ¡Me has salvado la vida! —exclamó Penélope, temblando al ver al basilisco derribado, que todavía echaba un poco de humo y fuego por la nariz.

—No ha zido nada —dijo Gundemaro modestamente—. Uztez me la zalvó antez a mí, zeñorita.

En ese momento estalló un coro ensordecedor de vítores en el patio: H. H. estaba

cruzando el puente levadizo, a lomos del rey de los unicornios. Pasó bajo las almenas calcinadas y deshechas por la artillería de los grifos; atravesó los restos del portón, que los unicornios habían dejado hecho añicos, y entró en el patio, donde las comadreas y los sapos montaban guardia junto a los tristes grupos de basiliscos estornudadores. H. H. se detuvo en el centro del patio, y desde las mazmorras subieron en procesión los Sapos Terroríficos de Penélope, llevando entre todos los tres Grandes Libros del Gobierno, sobre sus atriles de oro y plata. A la vista de los libros sanos y salvos resonó una aclamación tan fuerte que se pudo oír en toda Mitología.

Luego el rey de los unicornios, cargado con H. H., encabezó la marcha hacia las Cuevas de Cristal. Le seguían Penélope y los Sapos Terroríficos, con los Grandes Libros, y tras ellos todos los unicornios, los grifos, Osvaldo y las sirenas, Tabita muy orgullosa con su canasta de huevos, y todas las comadreas y sapos, mientras por el aire navegaban los globos llenos de fueguipatos. Así, acompañados por aquel desfile triunfal, regresaron los Grandes Libros del Gobierno a las Cuevas de Cristal y a la tutela de Hircio Horacio Salsiflán.

No queda mucho más que contar. H. H. desterró a los basiliscos a una isla remota del Mar Musical, hasta que aprendieron otra vez a ser animales decentes.

En cuanto a su Castillo, se decidió repararlo y entregárselo a Osvaldo para que pusiera en él un restaurante, cosa que le produjo una inmensa alegría. *Todos* los huevos de Tabita se abrieron a su debido tiempo, quedando de ese modo asegurado que siempre hubiera dragones en Mitología.

El día fijado para la partida de los niños, H. H. les ofreció un almuerzo especial de despedida y agradecimiento. Se celebró en una playa a orillas del Mar Musical, instalando varias mesas largas que se adentraban en el mar a manera de muelles o embarcaderos, para que los animales marinos pudieran sentarse en el extremo del mar, y los animales terrestres en el extremo de tierra. Fue un banquete magnífico, preparado especialmente por Osvaldo, y hubo muchos discursos y brindis. Al final fue el discurso de H. H.

—Querida Penélope, querido Pedro, querido Simón —dijo—: gracias a vuestra bondad, a vuestra inteligencia y a vuestra valentía se ha podido salvar Mitología. Nos entristece veros marchar, pero sabéis que siempre que queráis volver os recibiremos con los brazos abiertos.

Ante esto hubo grandes gritos de «Eso, eso».

—Y ahora —continuó H. H.—, quisiera entregaros, en nombre de todos nosotros, este regalo.

Y entregó a Penélope un hermoso estuche tallado. Ella lo abrió, y no pudo contener una exclamación de asombro: dentro había tres collares para ella, uno de perlas, otro de rubíes y otro de diamantes. Había también gemelos y alfileres de corbata de perlas, diamantes y rubíes para Pedro y Simón; y había, en fin, tres condecoraciones: la Orden del Basilisco. Cada medalla, finamente trabajada con

piedras preciosas diminutas, perlitas y filigrana de oro y plata, mostraba la figura de un basilisco caído, y al fondo, triunfantes, todos los demás animales de Mitología. El estuche entero era como un cofre de tesoro. Los niños se quedaron abrumados. Entonces todos, al ver su emoción, cantaron: «Son muchachos excelentes, son muchachos excelentes», y Penélope notó que los ojos se le habían llenado de lágrimas. Finalmente abrazaron a todos sus amigos, y, el ultimo de todos, a H. H.



—Volved pronto —dijo el mago—. Os esperaremos.

—Volveremos —prometieron los niños—; volveremos.

Montaron en tres unicornios, y Gundemaro y Loro montaron en otro para acompañarles, y emprendieron la marcha, dejando que todos sus amigos prosiguieran alegremente la fiesta a orillas del Mar Musical.

Al cabo de una hora de fuerte galope llegaron a la boca del túnel por el que habían entrado en Mitología.

—Zeñorita —susurró Gundemaro según descabalgaban—. ¿Podría decirle doz palabraz en privado?

—Claro que sí —dijo ella, y le siguió detrás de unas peñas.

—Ez que había penzado, zeñorita, zi uztez podría hacer una coza por mí —dijo el sapo, sonrojándose.

—Lo que tú quieras, Gundemaro; no hace falta que yo te lo diga —dijo Penélope.

—Puez ze trata de ezto —dijo Gundemaro, poniéndose cada vez más colorado—: ez que..., una vez leí eza hitoria de un zapo, ya zabe uztez, y había aquella, puez..., aquella princeza, ¿no?, y entoncez ella, puez..., puez bueno, que le da un bezo al zapo, y él, recarape, ze convierte en un príncipe apueyto.

—¿Así que tú quieres que yo te dé un beso? —preguntó Penélope.

—Zi uztez no ez una princeza, no zé yo cómo pueden zer laz princezaz —dijo Gundemaro con gran seriedad—. Azi que, zi no le importa, zeñorita, zólo una vez, para probar.

—Pues claro que sí —dijo Penélope.

Conque Gundemaro cerró los ojos con fuerza, y Penélope se inclinó y le besó.

—Recarape —dijo Gundemaro, sin abrir los ojos—. ¿Ze me nota algo, zeñorita?

—Me temo que no —dijo Penélope.

Dos grandes lagrimones salieron de los ojos de Gundemaro y rodaron lentamente por sus mejillas.

—Y *me alegro* mucho —dijo Penélope.

Gundemaro abrió los ojos, asombrado.

—¿Ze alegra uztez, zeñorita? —dijo—. ¿Por qué?

—Porque yo no quiero que seas un horrible príncipe apuesto. Yo quiero que sigas siendo el sapo apuesto, valiente y bueno que eres.

—Carape, zeñorita, ¿lo dice de verdaz? —preguntó Gundemaro, radiante—. ¿De verdaz de verdaz de la buena, palabra de honor?

—Palabra —dijo Penélope; y, para demostrarlo, le dio otro beso.

—¡Vamos, Pempi —chilló Pedro—, que a este paso no llegamos nunca!

Se encaminaron a la boca del túnel. Allí los dos gemelos le estrecharon la pata a Loro, y Penélope le besó a los dos lados del pico.

—Adiós, mis buenos, valientes y queridos amigos —dijo Loro—. Volved pronto, por favor.

—Zí, vuelvan lo antez pozible —dijo Gundemaro.

—Intentaremos volver el año que viene —dijo Penélope—. Prometido. Os

avisaremos por *madame* Hortense.

Echaron una última mirada a Mitología, con sus hermosos bosques azules de árboles taponeros y su hierba morada, el destello lejano del dorado Mar Musical y el cielo de color jade, con sus grupitos de nubes de colores. Miraron una vez más a sus amigos Gundemaro y Loro, y, tras ellos, a los unicornios azules y blancos, que les despedían subiendo y bajando la cabeza. Y, saludando con la mano por última vez, Penélope, Pedro y Simón se internaron en el túnel que les devolvería al mundo de todos los días.



Hijo de un ingeniero británico destinado en la India, nació en la ciudad de Jamshedpur, el siete de enero de 1925. En 1928 la familia Durrell regresó a Inglaterra, y después de residir en diferentes lugares de Europa, se instaló en la isla griega de Corfú, en la que permanecería hasta 1939. Allí, el pequeño Gerry recibió educación privada y desarrolló la pasión que habría de dominar su vida: los animales. Después de regresar a Inglaterra y desempeñar algún curioso trabajo relacionado con animales, como el que se narra en el segundo cuento del presente volumen, ingresó en la plantilla de cuidadores del zoo londinense de Whipsnade. En 1947 financió, organizó y dirigió la primera de una serie de expediciones destinadas a la captura de animales salvajes, actividad ésta que también queda reflejada en el tercer cuento de este libro. A lo largo de veinte años siguió dedicado a viajar por países como Camerún, Guayana, Paraguay, Nueva Zelanda, Australia, Malasia, Sierra Leona y Méjico, destinando los animales capturados a los principales parques zoológicos de Europa. En 1958 fundó el Jersey Zoological Park, convertido desde 1964 en cuartel general del Jersey Wildlife Preservation Trust, entidad cuyo propósito es el de preservar especies en peligro de extinción mediante aportaciones privadas. Se casó en 1951, el mismo año que inició su carrera literaria con artículos periodísticos. Su primera obra, *The Overloaded Ark*, se publicó en 1952. Tanto este libro como todos los que le siguieron están basados en la vida de los animales, contada con sencillez e ingenio, y perfectamente accesible a cualquier tipo de lector. El éxito de su primer libro se repitió con sus otras novelas: *Three Singles to Adventure* (1953), *The Bafut Beagles* (1954), *The Drunken Forest* (1956), *My Family and Other Animals* (1956),

Encounters with Animals (1958), *A Zoo in My luggage* (1960), *The Whispering Land* (1961), *Menagerie Manor* (1964), *Two in the Bush* (1966), *Rosy is My Relative* (1968), *Birds, Beasts and Relatives* (1969), *Fillets of Plaice* (1971) y *Catch Me a Columbus* (1972). Ha escrito también dos libros para niños: *Beasts in My Belfry* (1973) y *The Talking Parcel* (1974), y ha colaborado en documentales de la BBC sobre algunas de sus expediciones.